

UNIV. OF ARIZONA

PQ8549.M265 A17 1851

mn

Maitin, Jose Antoni/Obras poeticas de Jo



3 9001 03820 1573

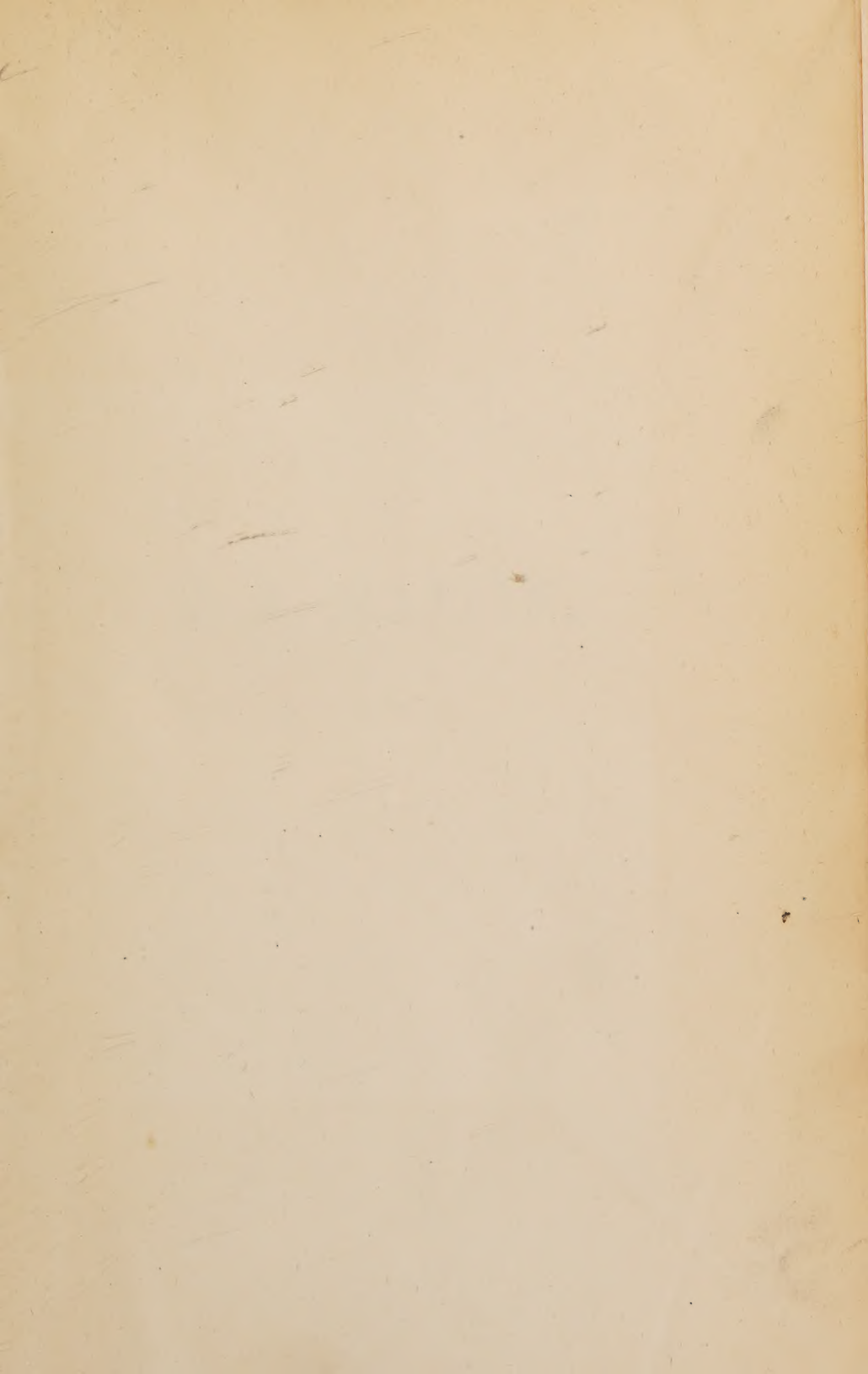


521

1st Edn -

(95)

Scarc  
—  
~  
~





Digitized by the Internet Archive  
in 2024



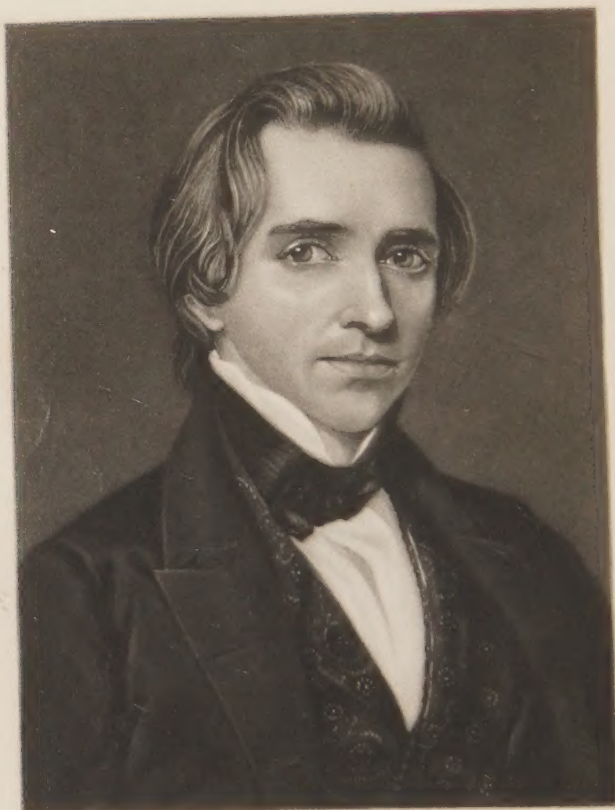
J. A. MAITIN.

~~~~~  
CARÁCAS.—IMPRESA DE MANUEL A. CARREÑO.  
CALLE DEL COMERCIO N. 149.





MERCANTILE LIBRARY,  
—\*—  
OF NEW YORK.



Thomas pinx<sup>t</sup>

Doney, sculp.

JOSÉ ANTONIO MARTÍN.

# OBRAS POÉTICAS

PQ  
8549  
M265  
A17  
1851

DE

## JOSÉ A. MAITIN.

COMPRENDE ESTA EDICION

LAS OBRAS PUBLICADAS POR EL AUTOR, EN DIVERSAS ÉPOCAS,

Y ALGUNAS OTRAS PIEZAS INÉDITAS.

259831.



MERCANTILE LIBRARY,

OF NEW YORK.

CARÁCAS.

ALMACEN DE JOSÉ MARÍA DE RÓJAS.

CALLE DEL COMERCIO N. 143.

1851.

JOHN A. ELLIOTT

JOHN A. ELLIOTT

1891





OF NEW YORK.

CHORONÍ ENERO 16 DE 1848.

SEÑOR \* \* \*

MI querido amigo :—Cuando publiqué mis primeras composiciones en verso, estaba mui léjos de pensar que ellas tuviesen una acogida favorable, y quedé sorprendido cuando ví la indulgencia y la fraternidad con que fueron recibidas. Hechas sin pretensiones, sin designios ambiciosos, esperaba que fuesen tan fugaces como el papel que las llevaba, y creía que se libertarian del rigor de la crítica á favor de su misma oscuridad y de la rapidez de las publicaciones periódicas ; pero nunca juzgué que mereciesen el honor de ser recopiladas en un tomo para hacer mui seriamente de ellas una presentacion al público. Usted se ha empeñado en llevar á cabo esta arriesgada empresa ; á usted le tocará, en todo caso, hacer la justificacion de un proyecto que yo, por mi parte, no me hubiera atrevido á concebir.

TEMO que algunos de mis versos, en los que el descontento, la vaga melancolía del ánimo se ha deslizado á pesar mio, sean recibidos con disgusto ; porque yo mismo, al expresarlos, los he condenado y me he visto tentado á suprimirlos. Se han salvado, sin embargo ; pero lo deben á la circunstancia de no haber yo tenido otra cosa algo mejor con que reemplazarlos. Ellos me han causado á veces el mismo hastío que la poesía de una gran parte de los escritores de la época, esa poesía de gemido, que á pesar de la afectacion de las ideas, de la desesperacion de las palabras, no produce una emocion siquiera, no encuentra ni un solo eco, ni una sola simpatía en el corazon de los lectores.

Yo siento por instinto que la literatura del dia, y mucho mas la poesía, debe resentirse de cierto tinte de melancolía, de cierto espíritu de displicencia, no porque fué el género de Byron y de Lamar-

## VI

tine, y que han continuado algunos otros con un éxito mas ó ménos feliz, sino porque la sociedad ha llegado á tal altura de civilizaci6n, de conocimientos y de saber; el espíritu de análisis de tal manera ha desgarrado todos los velos de las quimeras, que el corazon del hombre, vacío de sus agradables ilusiones á fuerza de saber, no ve mas que realidades en torno suyo; y la realidad para el corazon es como el cadáver de una belleza á quien la muerte ha despojado de sus encantos y transformado en un esqueleto descarnado. De allí viene, á mi parecer, el carácter de la literatura del dia; carácter propio de la época, que aumentará con la civilizaci6n, que decaerá con ella, y que no morirá hasta que la sociedad no degenera y vuelva á su primitiva sencillez é inocencia.

Esto no es defender las lamentaciones; yo las hallo insufribles, porque están, por lo comun, llenas de afectaci6n, y la afectaci6n en todas cosas es intolerable. La melancolía de la época no consiste en la exageraci6n, en el ruido de las palabras, en la falsa desesperaci6n de las ideas, sino en el fondo de las cosas. Es una melancolía sublime y apacible que resalta en el último término del cuadro; es el resultado invisible de los desengaños y de la experiencia.

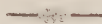
He aquí por qué es tan difícil apoderarse del tono propio de este género: he aquí por qué nosotros, poetas adocenados, llevando una vida prosaica y entre ciudades mucho mas prosaicas todavía, con el gozo en el corazon y en la pluma la exageraci6n de la tristeza, en vez de aparecer como las víctimas de la fatalidad, somos para los demas insoportables y ridículos.

Byron y Lamartine llenaron sus composiciones de una tristeza encantadora: ellos escribían lo que sentían, y escribieron y sintieron así porque eran unos genios de primer orden.

Las hermosas creaciones de la literatura moderna, excluyen de las bibliotecas todo lo que no sea tan hermoso como ellas. Estas obras maestras que abundan con extraordinaria profusi6n y que se encuentran en manos de cuantos quieran admirarlas, han debido hacer en demasía descontentadizos á los lectores, y mal podrán ellos avenirse con las frivolidades que les presentamos los entendimientos mediocres. Las composiciones de esta especie, tan imperfectas, tan diminutas, tan desiguales, solo pueden pasar entre las ráfagas del periodismo, entre el torbellino incesante de las ideas que viven solo un dia, cuya memoria se pierde en un instante para dar lugar á nuevas impresiones que pasan y perecen á su vez. Solo las producciones de un mérito sobresaliente merecen el honor de un libro.

Si á pesar de lo que llevo apuntado arriba persiste usted en la idea de recopilar en un tomo y publicar mis composiciones, que esta manifestaci6n de mi parte sirva al ménos para disculparme con el público, por haber consentido en lo que no he podido negar á la amistad.

JOSÉ A. MAITIN.



LIBRARY OF THE  
NEW YORK

# JOSÉ A. MAITIN.

---

**P**OCO variado es el cuadro que nos proponemos delinear. La historia de MAITIN presenta apenas cortos incidentes que pudieran referirse como propiamente de su vida, pasada, la mayor parte, en el silencio doméstico, ajena de las cosas y de los hombres que han sobresalido en sus días, y consagrada exclusivamente al estudio de las letras. Vida de gabinete, por decirlo así, en que todo pasa en círculo mui reducido, donde sin mucha dificultad no pueden penetrar las inquisiciones del observador, por escrupuloso que sea.

JOSÉ ANTONIO MAITIN nació en Puerto Cabello, esa sonrisa de Venezuela, poblacion pintoresca y mas que pintoresca desgraciada, que desplegó á sus ojos la privilegiada naturaleza de las Américas, con sus melancólicas palmas, sus montes, sus torrentes, y su vegetacion colosal que la hacen el verjel del mundo.

En Puerto Cabello pasó los primeros años de su niñez en la casa paterna, gozando de las comodidades que le brindaba no escasa fortuna, hasta el año de 1812 de gloriosos recuerdos para la patria.

En la edad en que el alma comienza á impresionarse, y en que las ideas entónces adquiridas son como la raíz de las que han de guiar al hombre en la vida, MAITIN fué testigo de grandes acontecimientos que prepararon su ánimo al porvenir, decidiendo de su suerte.

El terremoto horroroso de 1812 fué el primero en despertar su espíritu del letargo en que vivimos de niños los años de la infancia. Luego vino la guerra comenzada en 811 y mantenida por la España, mucho tiempo en pro suyo y detrimento de los republicanos, que fueron batidos en mas de un encuentro por Monteverde, el imbécil de mas fortuna que en la historia haya ocupado lugar.

No confiados en el lote que pudiera caberles, si esperaban al Pacificador, muchas familias abandonaron el patrio suelo buscando en las Antillas seguro asilo contra la cuchilla española, ya ensangrentada. La familia de MAITIN siguió la suerte que muchas otras, y salió de la Guaira con rumbo á Curazao en un bergantin norteamericano, fiada en la neutralidad prometida por la República de Washington, y el respeto que la España debia guardar á un pabellon po-



tente, y que no era de ningún modo enemigo suyo. Pero corrió diversa fortuna de la que se prometia, porque simulando el Capitan del bergantin una traicion de parte de los españoles, y á pretexto de la carencia absoluta de medios de defensa, se rindió á una balandra que montaba un venezolano, partidario de las armas de Castilla, y que armado en corso merodeaba cuantas embarcaciones podia en las costas que corren desde la Guaira hasta Coro. A este último lugar condujo en calidad de PRISIONERAS DE GUERRA, cuantas familias encontró en el bergantin el Capitan de la balandra, y alerrojadas las encarceló á nombre del Rei de las Españas. Allí permanecieron las infelices por espacio de dos meses, sufriendo todas las amarguras y agonías de la desnudez y el calabozo.

Y en medio de escenas de miseria y abandono, á través de oscuras rejias, vió MARTIN alzarse el sol de su juventud, triste, bien triste para su alma, porque á sus rayos veia iluminado el cuadro de necesidades y quebrantos que le rodeaba, y apénas si vivia la vida de agonías que le dejaba, amarga y azarosa, la reiterada amenaza de que presto serian llevados al cadalso como INSURGENTES.

Por motivos que importan poco, el corsario venezolano dió suelta á sus prisioneros, permitiéndoles que se embarcaran, si bien llevando su mal proceder hasta mandar á unas cuantas mujeres y muchachos que los acompañasen con grito de bochorno y á pedradas hasta el mismo embarcadero. Cubiertas de andrajos y descalzas, las desgraciadas venezolanas atravesaron las playas ardientes de Coro, seguidas por una turba desvergonzada y vagabunda, que á golpes é improperios las acompañaron hasta la orilla de la mar.

Cuba dió asilo en su perla mas hermosa, la ciudad de la Habana, á la familia Martin.

Ninguno de los que presenciaron los borrascosos acontecimientos de aquellos tiempos, ignora las penalidades que sufrieron los emigrados. Casi todas las familias que hoy componen nuestra sociedad venezolana, saben por experiencia propia cuántos fueron los sufrimientos de una emigracion trabajosamente llevada á cabo, con una precipitacion suma, y huyendo de una soldadesca furiosa que pedia sangre en expiacion de la rebeldía á los imprescriptibles y sacrosantos derechos que en vidas y haciendas pregonaban tener S. M. el Rei nuestro Señor y sus Gobernadores. Y saben tambien que la miseria con su hambre y sus angustias esperaba en las Antillas á los pobres expatriados. Por eso, excusado nos parece relatar aquí la vida que en la Habana llevó MARTIN, participante con los suyos de la comun desgracia. Y poco se necesita para comprender qué ideas pudieran impresionar su alma de suyo sensible. Melancólicas debieron ser con mucho, cuanto y mas que sus dias ántes de los sucesos de Coro, habian corrido bonancibles y llenos de la dicha doméstica, inseparable compañera de la infancia.

En Cuba fué que conoció MARTIN al Sr. José Fernández Madrid, emigrado como él, y poeta ademas, que le cobró particular afecto y lo hizo secretario suyo, á la vez que al Sr. Pedro de Las Cásas, cuando Madrid fué nombrado Embajador de Colombia á Lón-

dres. Tal vez este conocimiento despertó en él ese gusto por las letras que siempre lo ha distinguido y que tan felizmente cultiva.

Pasados los años de la guerra á muerte, y firmado el armisticio de Santa Ana, tornaron á sus hogares las familias de los republicanos, y el año de 1824 volvió MAITIN á su casa del Puerto, con ideas bien diversas de las que en 1812 tenía, con el corazón lacerado por los sinsabores, y perdidas las ilusiones mas queridas en la ausencia de la patria, ilusiones que principiaron á desgajarse en los calabozos de Coro y que debían morir en la colonia española.

Pero no sabe el corazón resistir á la desgracia, sin defenderse. Es lei de la humanidad que el alma se escude contra la desventura, si el sér animado no ha de perecer en el combate. Y MAITIN, rico de poder intelectual, buscó en sí mismo ese escudo que la naturaleza le demandaba con imperio. Concentrado en su interior se complacía en analizar, uno despues de otro, los instantes de su malaventurada existencia, y así, halló en la contemplacion un amparo contra el infortunio.

Cuál fué el resultado de ese trabajo que por distraccion emprendió, nos lo dicen sus escritos, su poesia divina y embelesadora. Pero no anticipemos los sucesos. Aun falta algun pormenor que puede marcar la carrera de poeta que ha seguido y debió seguir.

En 1826 fué nombrado el Sr. Santos Michelena, Enviado Plenipotenciario de la República de Colombia, para los arreglos de la deuda, que con el objeto de sostener la guerra de la Independencia contrajo esta República con la Inglaterra, y MAITIN fué escogido por el Enviado para compañero de su viaje á Lóndres. Con el carácter de Adjunto á la Legacion fué á la Corte de S. M. B. En ella ganó conocimientos muchos que le fueron de primera importancia en lo sucesivo; y recibió ese tinte de idealismo, que hijo de su carácter, necesitaba ser desarrollado por influencias distintas de aquellas á que hasta entónces habia estado sujeto.

En Lóndres perfeccionó sus conocimientos en la música. En Lóndres conoció á las personas de mas nombradía que á la sazón figuraban y con las que se hallaba en contacto en su calidad de diplomático. Vió nuevos usos y costumbres, que le engendraron nuevas ideas, y le presentaron vasto campo de observaciones que ha sabido aprovechar. Y cuando volvió á su país, su talento venia esclarecido y aventajado con gran copia de conocimientos.

Con las ideas que trajo de Lóndres y presentes los recuerdos de la emigración, que no pudieron ser olvidados por él, (eran los de la infancia) escribió diversas composiciones que nunca ha publicado. No nos detendremos por eso en ellas. Baste decir que, no comparables si bien con las que el público ha visto despues, en ellas se deja ver la inspiracion del poeta y la facilidad del fluido y correcto versificador. Si el autor no las publicó, fué porque en los tiempos en que se escribieron, no se estilaban mucho las publicaciones, y ahora las guarda en su bufete porque las considera, á lo que juzgamos, tan solo como ensayos.

Tócanos sí, hablar de dos dramas que dió á la prensa, aun cuan-

do no corran con su nombre: LA PROMETIDA en 1835 y DON LUIS ó EL INCONSTANTE en 1838, dedicada la primera al Señor Santos Michelena y la segunda á la reunion de aficionados al teatro de Carácas. Ambas á dos fueron escritas segun el gusto literario que nos dominaba, bien es verdad que no fué mui feliz en ellas. Aunque no destituidas de mérito, con diálogos animados y fluida versificacion la una, y prosa castiza la otra, no son tal vez, como debieran, expresion fiel de la sociedad en que escribia. Acaso se resienten de indeterminacion y vaguedad en el plan, y una que otra mui rara vez de descuido ó poca lima, de algo de extranjero.

Pero no son estas las que fijaban el mérito del poeta. Solamente las hemos recordado para seguir las épocas de su vida por el órden en que se han sucedido. Estos dramas no deben considerarse, sino como los pasos primeros de su carrera literaria.

Entramos ya en la parte mas brillante de su vida de poeta.

El año de 1841 llegaron á nuestras librerías unos cuadernos impresos en Madrid, firmados con un nombre que por primera vez llegaba á nuestros oídos, un nombre sin antecedentes para nosotros que leímos JOSÉ ZORRILLA, sin poner en ellos mas atencion que si hubiéramos leído otro nombre cualquiera. La curiosidad nos hizo leer la primer página del prólogo, escrito por D. Nicomédes Pastor Diaz, nombre que tampoco sabiamos que valiese; pero en esa primer página vimos tambien el de Fígaro: ilustre, prestigioso nombre que nos hizo leer por entero el prólogo brillante, fascinador, y luego las poesías de los cuadernos, mas brillantes y mas fascinadoras aun, que de luego á luego fueron reimpresas, y generalmente conocidas por los amantes de la literatura. El gran poeta que tan espléndidamente apareció en la tumba de Larra, el poeta cuyo nombre llenaba los periódicos de la Península, afamado ya en el orbe literario, Don José Zorrilla, fué admitido entre nosotros con aplauso general, expresion espontánea de la acogida que merecia. La grande influencia que las poesías de Zorrilla han ejercido en nuestros jóvenes escritores, es asunto de mas larga nota que la que pudiéramos dedicarle. Nos contentaremos con referir la que ejerció en MAITIN.

Solazábase este en Choroni, pescando á orillas del rio, bajo una arboleda frondosa de cacao, á tiempo que le avisaron la llegada de un paquete que le era dirigido. Fuése á la casa y halló la primera entrega de Zorrilla.

“Miréla con desconfianza, dice él mismo, porque no sé qué sentimiento tenia de que no me hubieran de gustar aquellas poesías.”

Fácil es la explicacion de este dicho. MAITIN en su retiro de Choroni estaba entregado á la lectura exclusiva de Corneille, Racine y Moliere y sabia casi de memoria el “Arte Poética” de Boileau. Imbuido en su lectura, veia, si no con ojeriza, desconfiado al ménos la escuela llamada ROMÁNTICA, que presentaban como antagonista de la de Racine. Que Zorrilla pertenecia á la escuela romántica, bien lo sabia por dichos, aunque no hubiese leído sus escri-



tos. Y este motivo era bastante para no admitirlo francamente en calidad de amigo. Debió reconocerlo ántes; y para ese reconocimiento se tomó sobrado plazo, mas del que necesitaba y era justo.

Mas, vindicado plenamente quedó para con MAITIN, el mérito del escritor español, leído que hubo la primera página. Tras una leyó otra composicion y otra despues de esta, siempre de seguida, hasta que llegó á EL DIA SIN SOL. Entónces no pudiendo ocultar la impresion que le habia causado, corrió en busca de álguien á quien leerle el sublime cantar, y él mismo cuenta que hallándose á solas, se dirigió á un operario que se ocupaba en macstranzas de carpinteria y de extremo á extremo le relató cuantos versos tiene la composicion á que nos referimos.

Así comenzó el amor que de todas veras profesa al Cisne de las Españas, y así tambien la segunda brillantísima época de su vida de cantor.

Pocos dias transcurrieron despues de la presentacion de la primera entrega de Zorrilla, cuando apareció en las columnas de "El Liberal" una cántiga, firmada con las iniciales J. A. M. tan solo, y que era, como si dejéramos, el heraldo de una serie de producciones que le hicieran nómrar con admiracion en el mundo venezolano.

Si gustó, y mucho, este su primer ensayo en género para él y para nosotros los venezolanos del todo nuevo, dígalo la general plegaria que se dirigió á los Editores de "El Liberal," á quienes todos pedian la insercion de algun otro canto de MAITIN: dígalo asimismo la competencia que se estableció entre los directores de los periódicos de Carácas para ser cada cual el preferido en las publicaciones del trovador. Y mas que todo, venga en apoyo de nuestro aserto la presentacion que de la cantata de MAITIN se hizo al Liceo Madrileño, el mas apto juez en esta materia, que la acogió con general asentimiento y aplauso.

Merecida acogida á nuestros ojos, porque en ella no se hizo mas que apreciar un mérito distinguido. La poesía de MAITIN mas que bastantes presentaba los títulos que la hicieran valer.

En ella se propuso su apreciable autor, si algo mas que cantar se propuso, describirnos la historia de sus primeros años, de tristes recuerdos, que narrados en la apacible tranquilidad de su retiro de Choroní, le dan un colorido melancólico y resignado que bien se aviene con su carácter.

Dichoso de toda la dicha que se puede esperar sobre la tierra, idolatrado por su familia, gime en sus versos el minado poeta de los venezolanos. Y es esta una inculpacion que ha solido hacérsele. Injusta nos parece, y entendemos que poco se necesita meditar para dar los motivos que justifiquen sus gemidos.

Es el de MAITIN de aquellos caractéres á los que la naturaleza acarició benigna, dándoles con sus palabras de madre, destellos de la creacion siempre variada é inspirándoles los acordes del concierto universal que se levantó infinito y sonoro á la primera salida del sol: caractéres que mirando lo pasado, sienten el porvenir y lo profetizan: esos viven de una atmósfera aparte, que no á todos nos fué

concedida, y morirán con ella, así como perece el azahar del café cuando le falta la sombra cariñosa del bucare. Para ellos hai

“ Altares  
Y fe y religion,”

y es la vida una flor columpiada por las brisas; y ven la mujer como su hurí los de Mahoma, como la ondina de las aguas doradas, como la Eva de un paraíso eternamente renovado en sus transportes de placer ó de entusiasmo.

Mas encuentran esos caractéres que la Eva tiene aun manzanas vedadas que envidiar y que las profecías de la hurí quedaron mentidas, y la ondina oculta su rostro con veleidad caprichosa; palpan en fin, un mundo que les presenta por do quiera obstáculos, y esencialmente distinto del mundo que habian imaginado.

Las quejas entónces ó llenas de resignacion salen del pecho dolorido que esperó en vano, ó sarcasmos exasperados ahogan la voz piadosa de la religion.

Y este el origen de las dos faces, distintas aunque hermanas, que presenta al mundo la poesía del siglo en sus cantos. Resignada la primera, y religiosa, esperanzada hasta en la desgracia y conforme en medio de los sufrimientos como el mártir de los tiempos de Nerón. La segunda, rebelde y maldiciente, sarcástica y blasfema, que agoniza lentamente en la desesperacion, como la hambrienta mendiga que oye el ruido de las copas de un festin; y no ve sino un MAS ALLÁ, negro como el abismo y tormentoso como las dudas que envenenan su renegada existencia.

Como campeón valentísimo de la primera citaremos al cristiano LAMARTINE, autor de las MELODÍAS, y á CHATEAUBRIAND, cantor de ATALA y de LOS MÁRTIRES; enumerando en la segunda al escritor gigante de HAN DE ISLANDIA y NUESTRA SEÑORA DE PARÍS, al escéptico padre de ANTONY y CATALINA HOWARD, á BYRON, tan libre como el genio, tan fantástico como la sombra de Hamlet, tan inhumano como el águila hambrienta; y al prepotente delineador de EL DIABLO-MUNDO, que pertenecen todos á la escuela deslindada con el nombre de ROMÁNTICA por los que aspiran á la division perfecta de las producciones literarias del siglo; sin acordarse que todas, clásicas ó románticas, son inspiraciones hermanas que solo se diferencian en la manera de dar la luz á sus cuadros y personajes, pero que no por eso deben considerarse, como pretenden, antagonistas, enemigas irreconciliables, sino mas bien como partes de una misma familia—la del Genio: como ramas de un solo tronco—la inspiracion.

Como digno cantor citaremos en la primera tambien al Sr. MAITIN. Y no se piense que en ello procedemos de ligero: no, consideramos que es en esta y no en otra alguna que debe inscribirse el nombre del cantor de Choroní. Sus trovas tan sentidas, tan apacibles, tan deleitosas, respiran el encanto del que gime en oscuro encierro y ve á su frente un cielo de bienaventuranza. El espíritu delicadamente sensible de la poesía de Lamartine llena sus cantos y los hace envidiables por su dulzura y resignacion. Recuerdos hai

en su pecho que impregnan sus trovas de tristeza, y una vida entera de sinsabores está referida en ellas.

Si el poeta gime en lugar de reir, si canta como Zorrilla y tiene la inspiracion del genio de las tristezas, es que así cual Zorrilla, tiene memorias tristes que se refieren con lágrimas en los ojos y pesar en el corazon; es que las desventuras pasadas que llegaron en sus primeros dias, dispusieron su alma para un porvenir melancólico. Es que la historia de las borrascas, son en calma los recuerdos. Y que es mui grato decir:

Y sé cuánta es la ventura  
De quien suspira escondido;  
Que no probó la amargura,  
Ni lo irritó la impostura  
De un corazon fementido.

Yo sé cuánto es el encanto  
De una lágrima piadosa  
Vertida en el templo santo,  
Y que cuando cesa el llanto  
Queda el ánima gozosa.

Suele culparse á MAITIN, repetimos, porque sus trovas respiran tristeza, y algun consejo importuno le ha dado en cara con tal reproche. Ignoramos qué razones puedan tener los inculpadores; no las alcanzamos, porque nunca le concedemos á la sociedad el derecho de inquirir del cantor ¿por qué canta de este modo ó del otro? Para concederle este, seria preciso darle tambien el de preguntar ¿por qué el cantor siente de este ó del otro modo?

Juzgan por exterioridades, y juzgan mal. Las exterioridades no son ni pueden ser la medida de los sentimientos. Malhadado el que mire sus creencias y sus afecciones así valoradas, que ese tiene que devorar sus quejas, las quejas de su corazon, en el sigilo de su alcoba, no sea que venga la risa de las gentes á responder á sus dolores, que juzga mentidos, á sus pensamientos de amarga tristeza del corazon con fatuas reconvenciones que si valen de algo, es para aumentar esos dolores, para reagravar esas penas con una pena mas, el sarcasmo y acaso el ridículo.

Si la sociedad, al anatomizar los sentimientos del poeta, hubiera de examinar una á una todas las causas que puedan producirlos, hallaria que hai en su corazon un vacío, mansion de recuerdos que pesan en las creencias y en las afecciones del alma, ahogándola y torturándola: hallaria que no se finjen siempre las pasiones, y que si el Bardo porteño gime, no es por ROMANTICISMO ni por imitacion, sino porque su alma está bajo la terrible influencia de lo pasado, que mas de un motivo le ofrece de melancolía.

Al comienzo de estos apuntes lo dijimos: en la meditacion halló MAITIN un escudo contra el infortunio. Sus endechas, expresion de su alma, están por eso llenas de la apacible tristeza que siente el pecho con la contemplacion de las desgracias pasadas.

Y por otra parte, ¿no sigue en ello el espíritu de la poesía actual? ¿Por qué no se inculpa del mismo modo á todos los escritores contemporáneos?

Nosotros admitimos y leemos las poesías de MAITIN, porque en ellas vemos las inspiraciones del poeta. Nunca nos hemos preguntado ¿por qué canta sus tristezas? porque juzgamos absurda la pregunta; y saboreamos una endecha suya, porque en su lectura sentimos placer. Sabe MAITIN dar á sus composiciones un idealismo que embelesa; y cuando leemos la meditacion *Á LA LUNA*, ó las endechas *Á LA ESPERANZA*, quedamos satisfechos.

Y si nos detenemos un instante en la lectura de *UN CONVENTO DE MONJAS*, no podremos ménos que aumentar con el nuestro el coro de aplausos con que es recibido el cantor de Zorrilla.

Reputacion es esta que ha sostenido MAITIN en todas sus trovas, haciéndose digno del aura que goza, no ya en Venezuela únicamente, sino en los pueblos todos del Sud-América.

Y ni pudiera ser de otro modo. Los pueblos americanos sienten la necesidad de proporcionarse, á mas de los goces, por decirlo así, materiales, el solaz y complacencia que dan al alma los productos literarios. Buscan libros de divertimento, y á la par se ven en sus librerías con los de artes y ciencias, los de bellas letras y poesía.

MAITIN ha satisfecho en mucha parte esa ansiedad por lecturas del género de las que él cultiva. Con la recomendacion de ser americano, tiene el valimiento que su talento le ha grangeado.

Lleno de grandiosas inspiraciones, ha templado la cítara en época feliz para que su cancion resonase libre extendiéndose sin obstáculos. Adorador entusiasta de las teorías del idealismo, ese hermoso arco iris de nuestros pensamientos, nos ha cantado su vida, los sitios de su residencia, su Eden de Choroní, sus amores tan tiernos como sus cantares y mas poéticos, si posible; y embelleciendo así cuanto le pertenece, esmaltando lo pasado, nos ha deleitado agradablemente.

La poesía de MAITIN, un tanto imitadora, como debe serlo por necesidad toda poesía americana, tiene suyas la naturaleza sencilla que la ennoblece y aquella voluptuosa melancolía que causa en el alma la vista de la luna medio oculta por nubes de color cambiante en una noche de los trópicos.

Si imitadora en las formas y en alguno que otro giro, no siempre, de la poesía de España que por otra parte es la nuestra, posee propiamente suyo un fondo de ideas originales y grandiosas, ó tiernas y sentidas, que la dan mérito.

En ella descubrimos un talento claro, que si no lleva un fin humanitario en sus publicaciones, cumple á satisfaccion con el de dar salida á los suspiros que se agolpan en su pecho de artista y que nosotros acogemos con alegría.

No queremos detenemos en citar los pasajes mas brillantes entre los publicados, porque seria empresa larga: queremos sí, no pasar en silencio el lindo romance leído en el Liceo, tiempos pasados, y que el público no conoce.

*EL MÁSCARA*, escrito sobre un asunto de tradicion que apenas presenta corto interes, quedó bajo la pluma de MAITIN, hermosa é interesante leyenda que sin temor puede ponerse al lado de una cualquiera de las de Zorrilla.



Es su asunto el proverbialmente conocido de un ratero caído en las redes que le tendió una astuta señora. Tal como es, parece hasta insípido, por decir lo ménos, y de manos de nuestro poeta ha salido bellísimo, digno de él. Presto, á lo que sabemos, se dará á la estampa la coleccion de sus tan largo tiempo deseadas poesías y nuestros lectores juzgarán. Vayan por ahora algunos retazos, que pueden calificar su valía.

En el cuadro primero se lee:

Sí, diré que es Henriqueta  
Tan sencilla como hermosa,  
Como una flor, candorosa,  
Como un lirio, virginal;  
Como un arroyo escondido,  
Inocente y apacible,  
Como tórtola, sensible,  
Como un niño, angelical.

Y en LA QUEJA (tercer cuadro del Romance) el siguiente, digno competidor de cualquier pasaje descriptivo de Zorrilla.

Está el cielo despejado,  
Fresca y serena la tarde,  
Azulado el firmamento,  
Puro y transparente el aire.  
Hacia el rosado Occidente  
El sol desmayado cae  
Y arrebola con sus rayos  
Del contorno los paisajes.  
Perfumado está el ambiente,  
Y los zéfiros fugaces  
Estremecen con su aliento  
El verde y rico follaje  
De los granados silvestres  
De los tupidos rosales.  
Ya columpian un narciso  
Que se abre al sol de la tarde,  
Ya estremecen una rosa  
Que al sacudimiento suave  
Se desprende de sus hojas  
Que una á una al suelo caen &c.

Y como muestra de la sonora dición del poeta, copiaremos de entre otras muchas que pudieran disputarle la preferencia, esta lindísima octava.

Como el quejido lejano  
De alguno que se lamenta  
Y al aire su pena cuenta  
En profunda soledad;  
De Henriqueta en el oído  
La voz que así la llamaba,  
Confusamente sonaba  
Como ensueño celestial.

Y estas cuartetas:

Mas se escucha en la calle de repente  
El dulce preludiar de un trovador  
Que sus quejas exhala blandamente  
De la apacible luna al resplandor.

Oye Henriqueta el celestial acento  
Y se mitiga un tanto su pesar,

Y atenta el alma, el corazón atento,  
Moverse teme y teme respirar.

El mundo yace en mágico reposo.  
¡Horas de calma, de placer, de amor!  
Y en medio del silencio misterioso,  
Esta canción entona el trovador.

Hemos dicho nuestro modo de pensar, franco y sin interés, con respecto á las poesías del Sr. MAITIN. Pero añadiremos dos palabras. El que tanto bueno ha escrito, el que sabe escribir tan bien, no ha encontrado asuntos nacionales que cantar? Por qué se habrá contentado con hablar, y eso muy poco, de su hogar campestre y de las orillas de su río? Inmensa perspectiva, y mas que todo hermosa y grande, inspiradora siempre, ofrece al bardo el país venezolano. No es sin embargo por pocos afectos hácia él. Lo conocemos y estamos persuadidos de que él no trocaría por ningún otro

El valle delicioso,  
Feliz aunque apartado,  
Hermoso aunque olvidado,  
Del blando Choroni.

Y lástima es también que nuestro poeta, solazándose en ese valle bajo las sombras de sus árboles, contemplando el columpio de sus palmeras, y sentado sobre las peñas de su cristalino río, deje muchas veces en olvido sus cantares, ora por una apatía que le reprochamos altamente, ora por una infundada desconfianza en sus fuerzas, ora por dedicarse á pasatiempos y estudios de los cuales, ni él ni la sociedad recogerán provecho alguno. Con un alma mas contemplativa y solitaria, mas filosófica y amiga de la naturaleza que amiga de los hombres, calla muchas veces lo que debiera cantar.

Acaso será una contradicción; pero el alma de cada individuo tiene un temple particular, como lo tiene el acero salido de la fragua. Otros al sentirlos, cantan sus placeres, sus tristezas, sus dolores: él no los canta siempre. ¿Guarda él sus canciones porque quiere solazarse con ellas en medio de su soledad y su retiro?

Muy bueno ó muy dulce será para él esta especie de egoísmo; pero nosotros los que le conocemos y los que leemos sus producciones, nos lamentamos de ello.

Escuchemos el poeta cuando habla:

¡Cuán dulce es ver las aguas cristalinas  
Ir por el valle susurrando amores,  
Y salpicar las hojas purpurinas  
Con sus blancas espumas, á las flores!

Y ver como sin tregua y sin descanso  
Con giros mil la retozona brisa  
En ondulantes pliegues del remanso  
La transparente faz arruga y riza.

Y cuando tarda el sol y esplendoroso  
Su lumbre cuelga en la mitad del cielo,  
Y con su rayo ardiente y caluroso  
Deslumbra y quema el fatigado suelo,

¡Cuán dulce es reposar bajo la sombra  
De la ceiba ramosa y extendida,  
Y entre la yerba ver que el suelo alfombra  
Correr la fuente que á beber convida!

Y esa ráfaga ver, arrebolada,  
Manto oriental de púrpura y de grana,  
Que el sol tiende en la bóveda azulada  
Al ocultar su lumbré soberana.

Y cuando al aclarar, en Occidente  
Su luz sepulta al fin la última estrella,  
¡Cuán grato es ver en el opuesto Oriente,  
La aurora despuntar cándida y bella!

Y ver las perlas diáfanas, redondas,  
Que la noche al pasar dejó prendidas  
Sobre la abierta flor, colgando en ondas  
Al borde de las hojas suspendidas.

Y entónces escuchar en la espesura  
De la paloma la sentida queja,  
Que mas que la expresion de su ternura,  
Un lamento tristísimo semeja.

Y al jilguero cantor que se estremece  
Al desatarse en dulce melodía,

Y que desde la rama en que se mece,  
Con sus himnos de amor saluda el día.

¡Oh descuidado y bello pajarillo  
Que vagas libre en pos de tus amores!  
¡Ah! cuánto envidio tu vivir sencillo,  
Tus colinas, tus bosques y tus flores!

El trino encantador y apasionado  
Con que su amor tu compañera llora,  
El gorgceo sentido y delicado  
Tú puedes escuchar, ave canora.

Tú eliges á tu gusto tus amores  
Sin que te paren importunas leyes,  
Que del aire los plácidos cantores  
No han menester repúblicas ni reyes.

.....

Yo buscaré la dicha en tus cantares,  
En tus bosques la paz y la ventura,  
Y acallaré la voz de mis pesares  
De quieta soledad en la espesura.

¿Por qué pues, ya que sus amores, sus ilusiones, su ventura, su universo en fin, se ha reconcentrado en la hermosa naturaleza de Choroní, se entrega tan decididamente á los recreos campestres, dejando olvidada el arpa en que sabe preludiar tan bellas armonías? ¿Por qué se ciñe el poeta á cantarnos tan solo, de tarde en tarde, las bellezas de ese paraíso que ha escogido por morada?—Bien pudiera ser el trovador mas generoso y condescendiente con un público que lo apreciaba tanto.

Así como ha cantado á Catuche, por qué no nos ha ofrecido otros muchos mas asuntos que saliesen poetizados en sus versos? Nos absteneremos de fijar causas, que pudieran no serlo, para determinaciones que le son exclusivas.

Sí, corroboraremos nuestra opinion, escasa de mérito por desgracia, pero sincera opinion, de que son por su valor sobresalientes, ya sea en asuntos locales, ya en otro cualquiera, las cánticas del bardo de Choroní. Que si se resienten, alguna rara vez, de imita-

cion en los pensamientos de algun otro autor, en ello no ha hecho mas que dejarse arrastrar por un defecto necesario de la poesía americana en general. Que la imitacion en las formas nada amerita en contra suya. La poesía americana será siempre imitadora en forma y en ideas: esta es su mision.

Sirvan de término á estos apuntes, mas largos ya de lo que nos propusimos, las siguientes palabras de Balzac, que se avienen perfectamente al poeta de que nos hemos ocupado:

“ El éxtasis y la mala ventura hicieron nacer en él sueños divinales que doraron su imaginacion, enriquecieron su ternura y fortificaron sus facultades pensadoras. Muchas veces he atribuido esas visiones á la aparicion de ángeles encargados de aleccionar su alma para destinos celestiales: y son esas visiones las que han dotado sus ojos de la facultad no apetecible de ver el espíritu íntimo de las cosas: han preparado su corazon á las magias que hacen desgraciado al poeta cuando posee el poder fatal de comparar lo que es á lo que siente, lo mucho que desea con lo poco que obtiene; y han escrito en su cabeza un libro donde ha podido leer lo que debia cantar, y puesto en sus labios la fascinacion del improvisador.”

Simon Camacho.

Carácas, Setiembre de 1844.





# OBRAS POÉTICAS

DE

## JOSÉ A. MAITIN.

### A ZORRILLA.

---

#### I.

Ya escuché tu dulce canto  
; Oh poeta! y tus lamentos;  
Tu tristísimo quebranto,  
Que arranca á los ojos llanto  
Y al corazon sentimientos.

Te escuché hablar con los muertos,  
Entre ruinas solitarias;  
Entre sepulcros desiertos,  
Á los reflejos inciertos  
De lámparas funerarias.

Escuché ya los cantares  
De tu dulce inspiracion,  
Y á la voz de tus pesares  
Las lágrimas á millares  
Abortaba el corazon.

Y tus versos peregrinos,  
Y tu expresion celestial,  
Mas tiernos son que los trinos,  
Que los cánticos divinos  
De vírgen angelical.

Dar vida sabes al viento,  
Al campo, al agua, á la flor;  
Vida al vasto firmamento;  
Á los céfiros aliento,  
Á la fuentecilla, amor.

Á la tarde das colores,  
Á la mañana arbol,  
Matiz á los ruiseñores  
Que celebran sus amores  
Saltando de flor en flor.

Y sus copas elevadas  
Mecen los olmos silvestres,  
Lánguidamente agitadas  
Por las brisas perfumadas  
De soledades campestres.

Y blandamente ilumina  
El soto umbroso y ameno  
Del sol la luz peregrina,  
Y el aura fresca y divina  
Riza su enamorado seno.

Y la aurora en el oriente  
Nevada sale, tocadas  
Su cabellera y su frente  
Con el velo transparente  
De nubes arreboladas.

Á la noche silenciosa  
Das flotantes vestiduras,  
Que recoge majestuosa  
Cuando la aurora pomposa  
Se eleva por las alturas.

Ora ese campo de estrellas  
Libre de nube importuna,  
Es un coro de doncellas  
Que va siguiendo las huellas  
De su señora la luna.

Ya la luna silenciosa  
No tiene tocas ni velo,  
Que es la lámpara dudosa  
Que la noche misteriosa  
Cuelga en los altos del ciclo.

Ya la luna transparente,  
 Matrona de las alturas  
 Camina lánguidamente  
 Arrastrando en occidente  
 Azules sus vestiduras.

Ora es el cielo azulado  
 Un pabellon de reposo  
 Bajo el cual, aletargado,  
 Dormita el mundo, velado  
 De cortinaje pomposo.

Entónces callan los vientos,  
 Inmóvil duerme la flor,  
 Y hallas tú dulces acentos,  
 Un campo de sentimientos  
 Y un mundo de inspiracion.

Esa religion que cantas,  
 Consoladora en tu boca,  
 El alma estéril provoca  
 Á piedad y contricion,  
 Dulce parece á tu acento  
 Nuestra religion clemente,  
 Dulce la llama inocente  
 De la fé del corazon.

¿Qué otro pintor pintar sabe  
 Mejor que tú, de la vida  
 El sendero en que perdida  
 Lucha el ánima infeliz?  
 ¿El llanto que oculta en vano  
 El oropel y la seda,  
 Y en que al hombre no le queda  
 Mas consuelo que morir?

Al escuchar de la vida  
 La historia imperfecta y vana  
 La torpe ilusion mundana  
 Se borra del corazon;  
 El hombre entónces levanta  
 Su vista abatida al cielo,  
 Y lo que pierde en el suelo  
 Lo halla en el seno de Dios.

Entónces nos estremece  
 El ruido de los festines,  
 Las danzas de los jardines,  
 De la orgía loca el rumor,  
 De su baquica algazara  
 Nos sobrecoje el exeeso,  
 Y de torpe amor el beso  
 Cruje con horrible son.

Las Nayades han perdido  
 En tí su mejor cantor;  
 Y las Gracias y Cupido,  
 Y la belleza de Gnido  
 Su ya caduco esplendor.

Que esas bellezas gastadas,  
 Que esas graciosas ficciones,  
 Son ninfas abandonadas  
 Que por el tiempo ultrajadas  
 No rinden los corazones.

¡Ah! permite que te admire,  
 Que pruebe tu inspiracion,  
 Que, si deliras, delire,  
 Con tus suspiros suspire  
 Y llore con tu dolor.

## II.

Entónces tu voz resuena  
 En la soledad mundana  
 Como lóbrega campana  
 Anunciando un funeral;  
 Cual llamamiento que aterra,  
 Solemne, triste, profundo,  
 Al pecador moribundo  
 Que parte á la eternidad.

Entónces de los sepulcros  
 Las figuras descarnadas  
 Se levantan, asombradas,  
 Al llamamiento de Dios;  
 Y el relámpago amarillo  
 Cruza el negro firmamento  
 Para alumbrar un momento  
 Tan horrible aparicion.

Y el rayo suena espantoso,  
 Y las tempestades braman,  
 Y las sombras se derraman,  
 Y desaparece la luz;  
 Y se abre en grietas la tierra,  
 Y se oye la voz del juicio,  
 Y tiembla aterrado el vicio,  
 Y se asusta la virtud.

Entónces la vil caterva  
 De fieros conquistadores,  
 De la tierra los señores  
 Son esclavos á su vez;  
 Y á la virtud que vejaron,  
 Al infeliz que oprimieron,  
 Al triste que persiguieron  
 Besan los desnudos piés.

Entónces la cortesana  
Que en blando lecho de flores  
Alquilaba sus favores  
Sin amor y sin placer,  
Por ocultar se desvela  
Su esqueleto carcomido,  
Y de su sér corrompido  
La espantosa desnudez.

Entónces el avariento  
Que riquezas atesora  
Y al pobre hambriento que llora  
Jamás la mano alargó,  
Escucha allí los gemidos  
De la gente desgraciada  
Que del hambre atormentada  
A su presencia murió.

Allí se ve del ingrato  
Vagar la sombra execrable  
La mirada inevitable  
Huyendo del bienhechor;  
Esa mirada que en vano  
Huye la espantada sombra,  
Que la acosa, que la asombra  
Cual fantasma aterrador.

Del mal hijo la congoja,  
Los gemidos del perjuro  
En aquel cóncavo oscuro  
Mezclan su confuso son;  
Y el estampido del rayo,  
Y el hondo silbo del viento,  
Y el temor, y el desaliento  
El mundo llenan de horror.

Tales son las impresiones  
Que con versos celestiales  
En tus cuadros inmortales  
Nos produces sin cesar;  
Y en tropel nos amontonas  
Imágenes gratas, nuevas,  
Con que nuestras almas llevas  
A un mundo de idealidad.

Perdona que yo te cante  
Con mi lira destemplada;  
Ella ha sonado agitada  
De tu dulce inspiración;  
Que admirar sabe ¡oh poeta!  
La gente venezolana,  
De tu pluma sobrehumana  
La sublime creación.

## UN ADIOS.

### A CATUCHE.

¡Oh cómo me interesa,  
Catuche silencioso,  
Tu bosque misterioso  
De lirio y de jazmín;  
Y tus frondosos techos  
Que aparan, solitarios,  
Los rayos incendiarios  
Que bajan del zenit!

Y el dirfano rocío  
Que en la hoja se menea  
Y el vienteillo oreo  
Algero y sutil,  
Y del copei altivo  
La verde, la ancha copa,  
Y la pintada tropa  
De mariposas mil.

¡Oh cómo me deleitan  
Tus palmas y tus flores,  
Y alados los cantores  
Que beben tu cristal;  
Y el colibrí pintado  
Que gira en vuelo incierto,  
Y el plácido desierto  
Que fecundando vas!

Tú, arroyo, me recuerdas  
Con esa tu verdura,  
Tu pompa y tu frescura,  
Y con tus flores mil,  
El valle delicioso  
Feliz, aunque apartado,  
Hermoso, aunque olvidado,  
Del blando Choroni.

¿Acaso algun mancebo  
De la ciudad vecina,  
Catuche, no encamina  
Sus pasos hacia tí?  
¿Acaso no hai un triste  
De tu silencio amigo  
Que venga sin testigo  
A suspirar aquí?

¿No vienen á quejarse  
Al son de ese tu arrullo,  
Al lánguido murmullo  
De aquesta soledad?  
La soledad que vierte  
Suspiros misteriosos  
Y sonos armoniosos  
Calmantes del pesar?

¿No vienen á tu orilla  
Los dulces trovadores?  
¿No cantan sus amores  
Al son de tu compas?  
¿No buscan en tu seno  
Las bellas creaciones  
Que den á sus canciones  
Dulzura celestial?

¿Catuche! pues me inspiras  
Un solo sentimiento,  
No esperes que un momento  
Me olvide yo de tí.  
No esperes, pues te debo  
Una ilusion siquiera,  
Que tu memoria muera  
Quimérica y gentil.

Y cuando yo retorne  
Al sitio que he dejado,  
Al valle afortunado  
Del blando Choróni,  
Al recorrer gozoso  
Los bosques y las breñas,  
Las fuentes y las peñas,  
Me acordaré de tí.

¿No hai quien venga, claro arroyo,  
Á suspirar en tu seno,  
Bajo el enramado ameno  
Con que te engalanas tú?  
¿No hai un misero que pruebe  
En esa ciudad gigante  
En su vida un solo instante  
De indefinible inquietud?

Solo yo busco ¡oh torrente!  
La paz de tu blando arrullo,  
En tanto que tu murmullo  
Los demas huyen, tal vez;  
Que el enfado que me abruma  
Otro encanto no resiste,  
Y el alma no encuentra ¡ai, triste!  
Ilusion en el placer.

Y es por eso que sentado  
Mis horas paso en tu orilla,  
Una mano en la mejilla  
Y en fantástica inaccion;  
Con un suspiro en los labios  
Y la vista en tu corriente;  
Un pensamiento en la frente  
Y un ¡ai! en el corazon.

Por eso es que solitario  
Con la vista voi siguiendo  
Tus aguas, que transcurriendo  
Hacia la represa van,  
Y acercándose al conducto  
Van su perfil estrechando  
Y á la reja murmurando  
Entran con gracioso afan.

Y su ignorado camino  
Siguen tristes y calladas,  
Hasta que al aire lanzadas  
Dejan luego su prision,  
Cual virgen que se sepulta  
Entre una carcel y un velo  
Y de allí se eleva al cielo  
En pos de un mundo mejor.

Tal vez tus limpios cristales  
Irán de alguna hermosura  
Á lavar la frente pura  
Ó los delicados piés,  
Y en el pintado lebrillo  
Á reflejar de sus ojos  
Ya el amor, ya los enojos,  
Las angustias ó el placer.

¿Y qué será cuando corras  
Por el cútis reluciente  
De un brazo torneado, ardiente,  
De hermosura angelical?  
¿Qué será cuando humedezcas  
El abundante cabello  
Y descieras por el cuello  
Transparente y virginal?



¿ No encontrarás en tal punto  
 Una vista que perciba,  
 Un corazon que conciba  
 Tu felicidad sin fin ?  
 ¿ No sentirás á tu modo  
 Cierta delirante anhelo ?  
 ¿ No perderás ese yelo  
 Con que vas corriendo aquí ?  
 ¡ Cuántas habré, blanco arroyo,  
 Que en el secreto del baño  
 Lamenten, ya un desengaño,  
 Ya de un desden el rigor,  
 Y con llanto apasionado  
 Sus pesares acaricien,  
 Y en los misterios te inicien  
 Que encierra su corazon !

Catuche, cuando en tus ondas  
 Se mire alguna hermosa  
 Y en tu fondo su figura  
 Le reflejes celestial,  
 Le dirás que en estos sitios,  
 En estos mismos lugares  
 Un trovador sus pesares  
 Y su amor vino á cantar.

Le dirás, si algun gemido  
 Del pecho lanza amorosa,  
 Que en tu mïrgen silenciosa  
 Un bardo tambien gimió ;  
 Y le dirás, si entonare  
 Patética una letrilla,  
 Que en tu deliciosa orilla  
 Tambien un bardo cantó.

Catuche, con Dios te queda,  
 Adios bosques, adios flores,  
 Adios alados cantores  
 Que mas, tal vez, no veré ;  
 Mas cuando en mis soledades  
 Recorra el bosque y las breñas,  
 Los torrentes y las peñas,  
 En vosotros pensaré.

## AL AVILA.

¡ Oh coloso, en cuya cima  
 Se encienden las tempestades,  
 Y á cuyos piés las ciudades  
 Cual una mancha se ven,  
 Cómo sorprenden mis ojos  
 Tus peñascos imponentes,  
 Tus cumbres, y esos torrentes  
 Que se estrellan á tus piés !

El templo altivo y suntuoso,  
 El palacio artesonado,  
 Son juguetes á tu lado,  
 Estupenda creacion ;  
 Ni es extraño que á tu vista  
 Su pequeñez no me asombre :  
 Aquella es la obra del hombre  
 Y tú eres la obra de un Dios.

¡ Oh ! parece que se arrastra  
 Esa ciudad por el suelo,  
 Mientras que sube hasta el cielo  
 Ese monte colosal ;  
 Esa rama de los Andes  
 Que se levanta orgullosa ;  
 Esa mole ponderosa  
 Que ante mis ojos está.

Cuando te miro tan grande,  
 Tan estupenda y sublime,  
 Débilmente el labio esprime  
 Su profunda admiracion ;  
 Y un fin no temo que debe,  
 Segun mis luces escasas,  
 Incorporarme á esas masas,  
 Maravillas del Criador.

## A LA CIUDAD.

Ciudad, desde esta eminencia,  
 De la tarde al sol rojizo  
 Esas cúpulas diviso  
 Con que coronas tu cien ;  
 Y tus blancos edificios,  
 Tu catedral con su torre  
 Y el Guaire veloz que corre  
 Entre calles de cipres.

¡ Las cinco !... cuando resuene  
 Esta hora otra vez mañana,  
 Los ecos de esa campana  
 Escuchar no podré yo,  
 Ni admirar desde esta altura  
 El sol que baja á Occidente  
 Por ese rastro esplendente  
 De grana y de tornasol.

Que otra fila de peñascos,  
Y otras cumbres, y otro monte  
Del apartado horizonte  
Los confines cerraron;  
Y cuando ansiosos te busquen  
En la llanura mis ojos,  
¡Oh ciudad! troncos, abrojos  
Y desiertos hallaran.

¡Ciudad! desde aquí descubro  
Tu catedral con su torre  
Y el Guaire veloz que corre  
Entre calles de cipres.  
Tal vez en esta eminencia  
Hagó mi último paseo;  
Tal vez ciudad, yo te veo  
Por la postrimera vez.

## LA FUENTECILLA.

Fuentecilla solitaria  
De aqueste bosque sombrío,  
¿Si vas a morir al río  
Para qué corres así?  
¿Á quién el presente llevas  
De esas perlas que derramas?  
Fuentecilla si no amas  
¿Á dónde las llevas, di?

Entre sus pliegues undosos  
Recoge ambicioso el viento  
El embalsamado aliento  
De la flor matutinal,  
Y al escuchar el concierto  
De tu inocente murmullo,  
Lo aspira con un arrullo  
Sobre tu onda de cristal.

Tu corriente cristalina  
El campo fecunda hermoso,  
Y tu giro caprichoso  
Placer a la vista da:  
Tu linfa clara y serena  
Sirve a las aves de espejo,  
Que se miran al reflejo  
De tu luminosa faz.

Si tus cristales recoges  
Al abrigo de un remanso  
Para dar algún descanso  
Á tu curso triunfador,  
Allí te halaga amorosa  
La vaga, la blanda brisa,  
Y tu faz tranquila riza  
Con sus suspiros de amor.

Así corres, fuente clara,  
Entre auríferas arenas,  
De tus márgenes amenas  
Delicia a la vez y honor.  
Mas ¡ay del bien que disfrutas!  
¡Ay de tu correr sereno!  
Si llega a agitar tu seno  
Un pensamiento de amor.

Tu corriente retozona  
Pasa libre entre las flores  
Y desdena los amores  
De campos, aves y flor;  
Mas ¡ay de tu curso grato!  
Que el bien se torna en fatiga  
Cuando en el seno se abraza  
Un pensamiento de amor.

Cerca de mi ingrata ¡oh fuente!  
Al pasar tus ondas bellas,  
No la retrates en ellas  
Para no mirarla yo;  
Porque si distante lloro,  
Si los ojos de ella suspiro,  
¿Qué haré si en tu fondo miro  
Su retrato encantador?

Muerte es para mí la noche,  
Muerte para mí el día claro,  
Y muerte es el desamparo  
En que me tiene mi bien.  
Turbio me parece el cielo;  
Turbia tu onda me parece;  
Turbio el césped que florece  
Bajo mi lánguido pié.

Ay! del triste que olvidado  
 Por una ingrata suspira,  
 Y por sus ojos delira,  
 Y por su cuerpo gentil;  
 Mientras ella indiferente  
 De su pena no se cura,  
 Ni de su horrible amargura,  
 Ni de su dolor sin fin.

Maldicion en la mujer  
 Que turba nuestro sosiego  
 Con su mirada de fuego,  
 Con su sonrisa de amor:  
 Y despues alegre rie  
 Mientras el amante llora;  
 Mientras el pecho devora  
 En silencio su dolor.

¡ Oh fuente ! si no has amado  
 Huye de amor el veneno :  
 Triste de tí si en el seno  
 Facil cabida le das :  
 Que si encuentras por acaso  
 Quien á tu amor no responda,  
 Mas vale que turbe tu onda  
 El cierzo y el vendabal.

## AL MARINO.

Habitador perenne de esos mares  
 Que en estrecho bajel cruzando vas,  
 Sin otra voz que endulce tus pesares  
 Que el horrible crujir del huracan :

Tú, que en vez de letrilla lastimera  
 O blanda nota de amorosa voz  
 De la onda azul que azota la ribera  
 Oyendo estas el incansable son :

Tú, que entre escollos de ese mar desierto  
 Tu oscilante bajel ves discurrir  
 Sin norte, sin timon, por rumbo incierto,  
 Entre el cóncavo son de nubes mil :

Peregrino del mar, deja las ondas  
 Y ven al valle donde habito yo.  
 Aqui, cantor, cuando la vida escondas  
 Te aguardaran la calma y el amor.

Aquí se ostenta el coco delicado  
 Que cria y sazona liberal el sol,  
 Y en cuyo seno limpio y nacarado  
 Nectareo abunda divinal licor.

Aquí flexible crece y se dilata  
 El vastago donoso del maíz,  
 Y un mar nos finge de oscilante plata  
 Cuando su espiga lame aura sutil.

Ora parece extensa una laguna  
Que ondula cual flotante aparicion  
Que á los pálidos rayos de la luna  
En sus delirios nuestra mente creó.

Aquí la planta delicada crece  
Que el fruto cuaja ENTRE URNAS DE CORAL, (\*)  
Y un pabellon silvestre nos ofrece  
Que paz nos brinda y dulce libertad.

Aquí su carga succulenta y sana  
El platano sustenta bienhechor,  
Y con blanda indolencia americana,  
SUS OJAS DESMAYADAS TIENDE al sol.

Aquí bajo la sombra deliciosa  
Entonarás tus cánticos de amor,  
Y en el aura fugaz y revoltosa  
Tú beberás la tierna inspiracion.

Aquí discurre caudaloso el rio  
Por entre bosques de eternal verdor.  
Aquí disfruto del ambiente frio  
Que en su orilla gentil respiro yo,

Y tú, cual bardo errante y peregrino  
Desde una roca lo verás tambien  
De peña en peña abriéndose camino  
O manso murmurar bajo tus piés.

Aquí en la calma, en el feliz sosiego  
Que dulce canto inspira al Trovador,  
No dejarás que se aniquile el fuego  
Que anima, celestial, tu corazon.

Que esos soberbios y copados robles  
Que apenas mueve altivo el huracan,  
Que esas cumbres altísimas, inmóviles  
Que en su base se asientan inmortal,

Darán tono á tu voz, alma á tu acento,  
Arrebato indecible á tu cancion,  
Y con sublime y celestial concento  
Las glorias cantarás de tu Criador.

Peregrino del mar, deja las ondas  
Y ven al valle donde habito yo;  
Aquí, cantor, cuando la vida escondas  
Te aguardarán la calma y el amor.

¡ El amor ! No : que la mujer tirana  
Ama falaz para olvidar despues,  
Ya lleve altivo el nombre de sultana,  
Ya el de pastora ó de vulgar mujer.

¿ Mas á qué peligrar en la contienda  
Del favor vano y del fatal desden ?

(\*) Pensamiento de Bello.



¿ A qué querer que nuestra paz dependa  
Del capricho trivial de una mujer ?

Cantor, en vano tu alma de poeta  
Buscará ansiosa una ilusión feliz ;  
Buscará en vano tu esperanza inquieta  
Una mujer que te comprenda á tí.

Canta, mas bien, las bellas creaciones  
Que por do quiera germinar se ven,  
Que quien sabe entonar blandas canciones  
Del inconstante amor no ha menester.

Miraremos cual cruzan las estrellas  
El limpio cielo de la luna en pos,  
Y estudiaremos en sus luces bellas  
Lo que baste á elevarnos hasta Dios.

Que está la mano del Criador pintada  
En ese techo cóncavo, sin luz,  
Cuando la noche lánguida y callada  
Envuelve el mundo en su celeste tul.

Tú, que en vez de letrilla lastimera  
Oyes del trueno el pavoroso son,  
¡ Oh ! deja el mar, desciende á la ribera  
Y ven al valle donde habito yo !

Que aquí en la calma, en el feliz sosiego  
Que dulce canto inspira al Trovador,  
No podrá nunca aniquilarse el fuego  
Que anima, celestial, tu corazón.

## EL RELÓ DE CATEDRAL.

Reló mudo, misterioso,  
Que sobre muros gigantes  
Descontando los instantes  
De nuestra existencia estás ;  
Fantasma que en el espacio  
Elevas la altiva frente,  
¡ Cómo desmaya la mente  
Que te viene á contemplar !

A tu pié la muchedumbre  
Hierve, se estrecha, se agita,  
Se agolpa y se precipita  
Como las olas del mar ;  
Y tú, cual genio del tiempo,  
Desde el trono en que te asientas  
Los instantes le descuentas  
De su existencia fugaz.

Cuando en medio de la noche  
La luna lánguida y grata  
Derrama su luz de plata  
Del mundo en la soledad,  
Tú, reló, desde tu altura  
Ves la ciudad dormitando,  
Y las horas que rodando  
Sobre su cabeza van.

Rompe entónces el silencio  
El clamor de tu campana,  
Y nos anuncia lejana  
Que una hora ha pasado ya ;  
Y sus ecos se consumen  
En la atmósfera extendida,  
Cual se consume la vida  
Del tiempo en la inmensidad.

Sí, tu círculo trazado  
En esa torre empinada  
El emblema es de la nada  
De nuestra vida infeliz;  
Es la mirada del tiempo,  
Muda, tétrica, sombría,  
Que ve en la noche vacía  
Del oscuro porvenir.

El sonido lamentable  
Que de tu garganta sale  
A una sentencia equivale  
Que nos condena a morir;  
Sí, la voz de tu campana  
Es la voz de un anatema,  
Diabólico, horrible tema  
Que nos persigue sin fin.

¡ Ah! mira como se agita  
De novedades ansiosa  
La multitud bulliciosa  
De la plaza hasta el confin;  
Y se siente de las auras  
Con los retozones vuelos  
El oscilar de los velos,  
De las sedas el crujir.

Mira el sol como ilumina  
Al traves de ancho celaje  
Los rasos y el fino encaje  
Que ostenta el sexo gentil,  
Y p lido se refleja  
Multiplicando sus luces  
En los broches y en las cruces  
De diamante y de rubí.

¡ Ah! mira como se embriaga  
Esa turba sin camino,  
Desorientada sin tino,  
Con su vanidad pueril;  
Mientras que de tu garganta  
Se desprende un anatema,  
Diabólico, horrible tema  
Que la persigue sin fin.

¡ Oh! cuántos, muestra inflexible,  
Tus horas habrán contado  
Y al abismo se han lanzado  
De la oscura eternidad!  
¡ Ah cuántos de los que escuchan  
Hoi tu fúnebre campana  
Cuando salga el sol mañana  
No la podran escuchar!

Todo el tiempo lo destruye;  
Todo lo muda en el suelo;  
Él arrebatá en su vuelo  
Montes, torrente y ciudad.  
Todo lo borra y consume  
En su marcha destructora,  
Y lo que un pueblo es ahora  
Un cimiterio será.

Tú mismo, reló gigante,  
Descenderas de tu asiento,  
Y tu ruinoso cimiento  
Te sepultara tal vez.  
Si, tú sentirás del tiempo  
Las iras devastadoras,  
Y si cuentas nuestras horas  
Las tuyas cuentas tambien.

Tú serás, genio del tiempo,  
Por el tiempo al fin vencido,  
En tu base conmovido,  
Roto y deshecho despues.  
¡ Hoi vives!... habra un mañana  
Y otro mundo, y otra historia,  
Que borre hasta la memoria  
De lo que fuistes ayer.

¡ Reló! las cuatro señala  
Tu puntero misterioso.  
Ayer tambien silencioso  
Que las apuntaba ví.  
¡ Reló! tu mismo puntero  
Las señalará mañana.  
¡ Mas sabes si tu campana  
Resonara para mí?



## UN CONVENTO DE MONJAS.

Tiernas, humildes, tristes peregrinas  
Que oculta al mundo ese manchado muro,  
Cual fantasmas que vagan entre ruinas  
De gótico castillo, ancho y oscuro.

Solas, marchitas, olvidadas flores  
Con que su suelo el mundo coronaba,  
¿Qué se hicieron la aroma y los colores  
Con que el vívido sol os matizaba?

Perdisteis la apariencia seductora  
Que el arte daba á vuestro rostro bello,  
Y cayó de la fuente encantadora  
El luengo, ondeante y virginal cabello.

Cubre la blanca y candorosa frente,  
Áspera, dura y penitente toca,  
Y besa silenciosa y reverente  
La tierra impura la inocente boca.

Decid, ¿os basta, humildes prisioneras,  
La religion sublime, encantadora,  
Con sus puras, suavisimas quimeras,  
Y con su dulce voz consoladora?

Cuando en las sombras de la noche oscura  
Los párpados cerráis al sueño blando,  
¿No llena el aire de fragancia pura  
De ángeles mil el luminoso bando?

Decid, cuando en el coro congregadas,  
En esa tosca cruz véis á Dios fijo,  
¿Entre nubes suavisimas, rosadas,  
No baja el padre á consolar al hijo?

¿No sentís una voz, dulce, lejana,  
Que llena la ancha y celestial mansion?  
¿No percibís la música liviana  
Del arpa melodiosa de Sion?

Cuando en lóbrega noche y silenciosa  
Tocan esas campanas á maitines,  
¿No bajan en comparsa misteriosa  
Sobre el altar los blancos serafines?

Decid, ¿qué siente el corazon inestable  
En ese igual, eterno cautiverio?  
Romped el velo espeso, impenetrable,  
Que llena vuestra vida de misterio.

Rompedle, y pueda mi mirada ansiosa  
 Penetrar en la noche que os rodea,  
 Y traspasar la venda nebulosa  
 Que os vela al mundo por que nadie os vea.

Rompedle, sí, rompedle, que me angustia  
 Esa oscura prision y me amedrenta,  
 Y vuestra frente cabizbaja y mustia  
 La cifra del pesar me representa.

¿Qué dice ese silencio pavoroso,  
 Ese muro macizo y enrejado,  
 Ese enclaustrado tétrico, espantoso,  
 Que el espíritu turba acongojado?

¿Qué dice ese gemido que tremendo  
 Por el templo circula, hondo, profundo,  
 Y el claustro asorda con medroso estruendo  
 Como la última voz de un moribundo?

Ilusiones, adios. Adios contento;  
 Adios cadenas del placer doradas;  
 Sacrificólo todo el juramento  
 Hecho al Eterno ante el altar postradas.

No hai una madre que amorosa venga  
 A besar vuestra frente delirante,  
 Y que la llama lánguida, mantenga  
 De vuestra fe dudosa y vacilante.

No tenéis un esposo enamorado  
 A cuyo blando y cariñoso acento  
 Del corazon se borre alborozado  
 Dios con su altar, las tocas y el convento.

Que santamente crueles habéis hecho  
 La promesa fatal y rigurosa  
 De no habitar en el paterno techo,  
 De dejar una madre cariñosa.

¿Y cuando á vuestra celda solitaria  
 Llegan los sonos del mundano ruido,  
 No rompe vuestra mística plegaria  
 Algun recuerdo de un placer perdido?

¿Qué os dice al corazon ese tumulto  
 En que el mundo se embriaga en su contento,  
 Esa pujante voz que vuestro culto  
 Daña con torpe y mundanal acento?

¿Qué os dice al corazon la turba insana  
 Que asorda el templo con mundano son?  
 El esplendor que la altivez humana  
 Ostenta allí ¿qué os dice al corazon?

¿Cuando al cerrarse las enormes puertas  
 De la ancha iglesia en oracion quedáis,  
 En vuestras celdas lóbregas, desiertas,  
 Ese mundo perdido no lloráis?



¿ No vagáis por el claustro silencioso  
Como sombras proscritas, degredadas,  
Que el ofendido mundo, rencoroso,  
En oscuro rincón dejó olvidadas ?

¿ Alguna maldición horrible, impura,  
No lanza el corazón ?.... Perdon, Dios mío :  
Perdona de mi labio la impostura  
Y de mi entendimiento el extravío.

Perdona los delirios de una mente  
Que el bien buscando en el mundano ruido  
Y hallando un anatema en cada frente,  
En cada labio un impostor sonido,

Que hallando abiertos en el mundo externo  
Tras cada bien mentido hondos abismos,  
El mismo afán, desesperante, eterno,  
Pensó encontrar en tus altares mismos.

Que en cada punto de la tierra hallando  
De las pasiones la mortal gangrena,  
Juzgó que en guerra estaban ó triunfando  
Bajo el tosco sayal que las condena.

¡ Perdon ! y en ese virginal concierto  
Que al cielo elevan las mujeres santas,  
Irá también mi corazón incierto  
A humillarse de Dios ante las plantas.

Perdonad, cándidos séres,  
Mi pensamiento profano ;  
Me han dicho, castas mujeres,  
Que en vuestros santos deberes  
Se encierra un bien soberano.

Me han dicho que entre los velos  
De esas cárceles oscuras  
No os alcanzan los desvelos,  
La agitacion, ni los zelos  
De las pasiones impuras.

Me han dicho que el maldiciente,  
Que el alborotado mundo  
El pecho os turba inocente,  
Como de alma impenitente  
El estertor moribundo.

Me han dicho, castas mujeres,  
Que al son de las oraciones  
Y los santos misereres  
Os visitan blancos séres  
Y celestiales visiones.

Y sé cuánta es la ventura  
De quien suspira escondido ;  
Que no probó la amargura,  
Ni lo irritó la impostura  
De un corazón fementido.

Yo sé cuánto es el encanto  
De una lágrima piadosa  
Vertida en el templo santo,  
Y que cuando cesa el llanto  
Queda el ánima gozosa.

Yo sé que en recogimiento  
Vuestro cántico de amor  
En alas sube del viento,  
Y cruzando el firmamento  
Llega al trono del Señor.

Sé que el gemido que lanza  
El pecho entre sinsabores  
Vuestro espíritu descansa,  
Porque allí está la esperanza  
Donde están vuestros dolores.

Sé que sois blancas palomas  
Que sobre el altar sagrado  
Quemáis fragantes aromas  
En riquísimas redomas  
De oro puro acrisolado.

Sois las flores inmortales  
Que en el jardín de los cielos  
No sufrís los temporales,  
Ni los recios vendabales,  
Ni el huracán, ni los yelos.

Sois las cándidas visiones  
De los ensueños de un niño  
Cuando alzais los corazones  
Del Señor de las naciones  
Hasta los tronos de armiño.

Sois las sombras invisibles  
De los espíritus santos  
Que en coros vagan movibles  
Y las auras apacibles  
Estremecen con sus cantos.

Sois ángeles candorosos  
Cuyas alas desplegadas  
Por los aires vagarosos  
Forman doseles pomposos  
A las vírgenes sagradas.

¡ Oh ! perdonad, santos séres,  
Mi pensamiento profano.  
Yo sé, piadosas mujeres,  
Que en vuestros santos deberes  
Se encierra un bien soberano.

Entonad cantos sagrados  
Y piadosas oraciones  
Por los hombres desdichados ;  
No nos dejéis entregados  
A nuestras viles pasiones.

Que yo pienso que hai un dueño  
Que nos prepara inmortal  
Un porvenir mas risueño,  
Vida de amor y de ensueño  
Fantástico y celestial.

Que si vive solo un día  
El hombre y encuentra luego  
Una eternidad vacía,  
¡ Vive Dios ! que una ironía  
Fuera la vida y un juego.

## RECUERDOS A LOS LUGARES DE LA INFANCIA.

Lugares gratos, risueños,  
De mi juventud primera,  
Do mi dulce primavera  
Pasé entre placidos sueños ;

Palmas bellas, bosque umbrío,  
Fuentecilla, aves canoras  
Que llenabais, seductoras,  
De embriaguez el pecho mío.

Me encantó vuestra presencia  
Cuando el alma no gemía,  
Cuando el corazón dormía  
El sueño de la inocencia.

Cuando la vida á mis ojos  
Era espléndido un jardín.  
Un horizonte sin fin,  
Sin espina y sin abrojos.

Ahora ese vasto horizonte,  
Ese jardín de ventura  
Es cual honda sepultura  
Al pie de un aspero monte.

Ahora es la vida un letargo.  
Que solo finge á la mente  
El cuadro oscuro y doliente  
De nuestro sufrir amargo.

Es como nave ligera  
Que impelida por el viento  
Sobre un lago turbulento  
Va á estrellarse en la ribera.

Y no pudiendo evitar  
El naufragio la tormenta,  
Tranquilo a mirar se sienta  
El escollo en que ha de dar.

Es fatídica una llama  
Que sin alumbrar devora,  
Que sobre el pecho, traidora,  
Su incendio voraz derrama.

Y si en el alma nos queda  
Oculta alguna pasión,  
Es lava de destrucción  
Que quemando el pecho, rueda.

¡ Oh ! ¿ por qué corren los años  
De la niñez inocente,  
La niñez, en cuya frente  
No se sientan los engaños ?

Veloz el tiempo y sutil  
Prendidas lleva en sus alas  
Las visiones y las galas  
De la juventud gentil.

Por eso es dulce el placer  
De recordar lo pasado,  
De ese tiempo afortunado  
Que jamás ha de volver.

Por eso, si recordamos  
Un bien que ya no tenemos,  
Que nos alejamos creemos  
Del mal que experimentamos.

Que la desventura misma  
Solo por haber pasado  
La mira el pecho encantado  
Al traves de lindo prisma.

¡ Oh sitios blandos, risueños,  
De mi juventud primera,  
Do mi dulce primavera  
Pasé entre plácidos sueños.

Aun os quedan esas flores  
Que en mi niñez conocí,  
Os queda el bosque que ví  
Rico en matiz y en olores.

Aquí todo entre ilusión  
Sigue su marcha invariable ;  
Aquí todo es inmutable  
Excepto mi corazón.

Ese lago en cuya hondura  
Brilla la luna argentada  
Sigue en paz sin perder nada  
De su transparencia pura.

A ese bello firmamento  
Le queda su fondo azul ;  
Le queda el flotante tul  
De nubes que lleva el viento.

Ellas se disuelven hoy  
Para aparecer mañana  
Sirviendo al alba temprana  
De cortejo y de convoi.

Le queda al limpio horizonte  
Su tarde y su blanca aurora,  
Le queda ese sol que dora  
El verde y distante monte.

Y esos celajes risueños  
Que hacen su lujo y su gloria,  
Pero á mí.... solo la historia  
De mis pasados ensueños.

¿ A dónde voló el encanto  
De la inocencia pasada ?  
¡ Nuestra ventura es soñada  
Y despertamos al llanto !

En esa edad de ventura  
El mundo y su falso aliño  
Deslumbra y ciega de un niño  
El alma candida y pura.

Yo creía ver en mi anhelo  
Un Dios en cada mujer,  
En cada objeto un placer  
Y en cada placer un cielo.

Yo entonces no sospechaba  
Que hubiese hombre engañador ;  
Yo creía en el amor  
Porque entonces deliraba.

Yo pensaba en mi contento  
Que el labio jamás mentía,  
Y que el tiempo sucumbía  
A la fe de un juramento.

Yo miraba á la mujer  
Linda como errante estrella,  
Y creí al verla tan bella  
Que era eterna en su querer.

Ahora busco en mi fatiga  
Una ilusión hechicera,  
Alguna blanda quimera,  
Alguna esperanza amiga.

Y solo hallo en mi ansiedad  
Orgullo, mentira, nada....  
Y la imagen descarnada  
De la estéril realidad.

Sí, volaron las visiones  
De la candida inocencia,  
Y en hiel trocó la experiencia  
Mis ántes blandas canciones.

En tanto la tierra rueda  
Entre un mundo de ilusion;  
¡Solo al seco corazon  
Una sola no le queda!

Y yo correré anhelante  
De la vida en el sendero,  
En pos de un bien que no espero  
Y que toco á cada instante.

Y en este vivir ansiando,  
Y en este morir viviendo,  
Vase el tiempo transeuriendo  
Y nuestra vida menguando.

¿Qué nos importa vivir  
Si aunque cien años contemos  
Se tocan en los extremos  
El nacer con el morir?

¿De qué vale un año mas  
De existencia pasajera  
Si es la vida una carrera  
Mas inquieta que fugaz?

¿De qué sirve que el espacio  
Eterno corras ¡oh sol!  
Y tiñas con tu arrebol  
Esos techos de topacio?

¿Dé qué vale que tu luz  
Mi vista ansiosa deslumbre  
Si al fin es fuerza que alumbre  
Un sepulcro y una cruz?

Porque habremos de llegar  
Á nuestro término impío,  
Como las ondas de un río  
Á los abismos del mar.

Vendrá el día en que renuncie  
Á esta gran naturaleza,  
Á su pompa, á su belleza  
Y mi último adios pronuncie.

Llegará la hora en que todo  
Lo mire desaparecer,  
Cuando se borre mi sér  
Entre gusanos y lodo.

Llegará la hora en que otro hombre  
Me cave en la tierra dura  
Una estrecha sepultura  
Y ponga en ella mi nombre.

En vano entónces la tierra  
Brotará plantas y flores;  
No mas veré los primores  
Que ella en sus senos encierra.

En vano soberbio el mar  
Ostentará su presencia;  
No mas desde una eminencia  
Yo lo podré contemplar.

En vano el ambiente aquí  
Embriagará con su aliento,  
En vano, sí, porque el viento  
No soplará para mí.

En vano levantará  
Su blando arrullo la fuente,  
Que su murmurio inocente  
Para mí no sonará.

Ni habrá un eco en el oído  
Ni para el pecho habrá amores,  
Para la vista colores,  
Ni un placer para el sentido.

Entónces, luna, del cielo  
Emperatriz y señora,  
Benigna dispensadora  
De la calma y del consuelo;

Entónces tú seguirás  
En tu marcha misteriosa  
Y mi tumba silenciosa,  
Blanca luna, alumbrarás.

Tú correrás el espacio  
Para no acabar tal vez,  
Del firmamento al traves  
Que te sirve de palacio.

Y tu lúgida lumbrera  
De la noche en el misterio  
Alumbrará un cimiterio  
Y una seca calavera.





OF NEW YORK.

## LA ESPERANZA.

Esperanza, deidad encantadora,  
Magnífica vision, hija del cielo,  
Dulce descanso, celestial consuelo  
Del infeliz que sus dolencias llora ;

Ilusion apacible y venturosa  
De nuestra frágil vida pasajera,  
¿ En dónde no estás tú, blanda quimera,  
Con tu antorcha benigna y misteriosa ?

Tú cual madre amorosa y vigilante  
Velas de noche nuestro blando sueño,  
Tú nos mientes fantástico y risueño  
El bien que el corazón busca anhelante.

Tú de la vida allanas el camino,  
Tú vas delante como blanca estrella,  
Y sigue el rastro de tu limpia huella  
Triste el mortal, errante y peregrino.

Por tí el mendigo arrastra carcomida  
Su mísera existencia pordiosera ;  
No sé qué aguarda, ignoro lo que espera,  
Pero lo animas tú y ama la vida.

Por tí la enferma, la caduca anciana  
Que cerca está de su última agonía,  
Aguarda ver la conclusion del día  
Y en su angustia mortal piensa en MAÑANA.

Por tí el marino en débil barquichuelo  
Del viento arrostra el formidable empuje ;  
Ve sin turbarse el vendabal que cruje  
Y el relámpago rápido en el cielo.

Por tí se duerme en su destino incierto,  
Ni teme el choque de la mar violenta ;  
En medio del peligro y la tormenta  
Tú le señalas el ansiado puerto.

El delincuente mísero que pena  
Entre el muro de fétida mazmorra,  
Sin amigo, sin deudo que le acorra,  
Por tí cantando arrastra su cadena.

El mercader que corre en pos del oro  
Y de adquirir riquezas vive hambriento  
Olvidando huracán, borrasca y viento  
Por tí á la mar arriesga su tesoro.

Por tí el anacoreta en su destierro  
Lleva una vida oscura y penitente ;  
Por tí ve el cielo abierto y esplendente  
Desde el hendido muro de su encierro.

Por tí el mancebo en su pasión sin tino  
Pasa una noche en vela á una ventana  
Esperando que se abra de un mañana  
Al benéfico rayo matutino.

Por tí la madre que en su seno lleva  
Fruto feliz de conyugal cariño  
Paciente aguarda al inocente niño  
Y ya en su mente sus caricias prueba.

Por tí temple su cítara el poeta  
Y pulsa con primor sus cuerdas de oro  
Y derrama á torrentes el tesoro  
Que recóndito oculta su alma inquieta.

Por tí, celeste y plácida Esperanza,  
Por tí la hermosa en su ilusión delira,  
Y el inocente corazón suspira  
Por un placer que a comprender no alcanza.

Bella ilusión, dulcísima quimera,  
Feliz quien siente tu poder divino :  
Dulce es vivir sin norte y sin camino  
Si alucinado el corazón espera.

Dulce es sentir nuestro mortal quebranto  
Si en medio tanto afán, tanto desvelo,  
Una leve esperanza de consuelo  
Enjuga y seca nuestro amargo llanto.

Dulce es vivir entre la sombra vana,  
Entre lúgubre noche pavorosa,  
Para esperar la luz esplendorosa  
Del nuevo sol que alumbrará mañana.

Dulce es el llanto fervido que lanza  
Derribado ante Dios el penitente  
Si del polvo al alzar la mística frente  
En ella brilla un rayo de esperanza.

¿ Sin tí qué fuera el eternal concierto  
De sombra y luz, de vida y de colores ?  
Un espejo de falsos resplandores,  
Un campo erial, un lóbrego desierto.

¿ Sin tí qué fuera esa visión risueña,  
Ese azulado pabellón del ciclo ?  
Error, mentira, nada . . . un mar de yelo  
Sin ese MAS ALLÁ que tu fé enseña.

¿ Qué es la victoria espléndida, hechicera,  
Y el atambor y el canto de alegría ?  
Fuego trivial, risible algarabía  
Sin los laureles que la sien espera.

Do quiera estás, angélica esperanza ;  
 Do quiera te halla el ánimo abatido :  
 Estás con él si lanza algún gemido,  
 Estás con él si goza ó si descansa.

Ya en el placer busquemos la ventura,  
 Ya en oración humilde nos postremos,  
 Ya altaneros ú opresos habitemos  
 Soberbio alcázar ó mazmorra oscura ;

Siempre al hombre socorres bienhechora,  
 Siempre le buscas tú, benigna diosa,  
 El en tu seno virginal reposa  
 Y tú arrullas su mal consoladora.

Vencido ó triunfador, rico ó mendigo,  
 Mezquino ó liberal, jóven ó anciano,  
 Siempre le tiendes la benigna mano,  
 Siempre le acorres con tu amparo amigo.

Esperanza, benéfica lumbrera  
 Del incierto camino de la vida,  
 Préstame un rayo de tu luz perdida  
 Hasta mi hora fatal y postrimera.

Será fuerza perder el bien presente  
 Con la ilusión risueña de la vida ;  
 Tú tambien, esperanza, serás ida  
 Con tu brillante séquito esplendente :

Mas al perder la frágil existencia,  
 Cuando el aura vital falte en el pecho,  
 Al bajar al sepulcro hondo y estrecho  
 Baje conmigo un rayo de tu esencia.

---

## LA LUNA.

---

¿ Me alumbras otra vez ? ¿ Para mí enciendes  
 Tu blanca antorcha, cándida viajera ?  
 Sí, para mí, que mi pesar comprendes  
 Puesto que lo mitigas lisonjera.

Para mí, que tus luces transparentes  
 Miro entre dulce y lánguido desmayo,  
 Mientras que mil habrá que indiferentes  
 Ni ven siquiera tu celeste rayo.

¡ Y aun me sigues prestando tus favores  
 Cuando un tiempo tu luz puse en olvido !  
 ¡ Aun sigues mitigando mis dolores  
 Cuando infiel trovador contigo he sido !

Cuando dejé por la ciudad ruidosa  
La paz del valle donde alegre moro,  
Aun eras tú la vírgen misteriosa  
Que me inspiraba mis ensueños de oro.

Bajo el amparo de tu rayo ¡ oh Luna !  
Surqué del mar el anchuroso seno :  
Viéndote á tí bendije mi fortuna,  
Y claro el cielo hallé y el mar sereno.

En mi nocturno viaje, blanca diosa,  
Amante y bienhechora me seguiste :  
Me viste en la ciudad, y silenciosa  
En extrañas regiones te perdiste.

No te volví á encontrar. Yo, preocupado,  
Hasta el gusto perdí de tu hermosura,  
Y olvidé por el mundo alborotado,  
Campos, vergel, arroyos y espesura.

Tal vez prendida en el azul del cielo  
Estabas tú, cual nunca seductora ;  
Tal vez tu vírgen faz plateaba el suelo  
Con su mágica luz encantadora.

Mas yo no te buscaba. En mi extravío  
No me acordaba acaso de tu nombre ;  
Ingrato trovador te olvidé impío,  
Cortesano trivial buscaba al hombre.

Pero si ingrato fui, tampoco ignoras  
Que el valle abandoné por las ciudades,  
Y por sus glorias mil engañadoras  
La quietud de mis dulces soledades.

Sabes que allí se mengua tu hermosura  
Que el alma aquí y el corazon fascina,  
Temiendo acaso de la plebe impura  
Una mirada estéril ó mezquina.

Sabes que aquí tu faz limpia y serena  
Fragancia da á la flor, frescura al prado,  
Gloria al pensil, y á la floresta amena  
Misterio, amor y ambiente regalado.

Aquí yo te creyera en mi transporte  
La reina de la noche soñolienta,  
Que en medio viene de su linda corte  
A ser de mi dolor la confidenta.

Aquí juzgara que esa luz preciosa  
Que esparces tú sobre el vergel risueño,  
Es tu rico cendal, que cariñosa  
Tiendes sobre él para velar su sueño.

¡ Oh Luna ! no me niegues las visiones  
De tu amoroso rayo postrimero,  
Que yo sin tus nocturnas ilusiones,  
Sin tu opaco esplendor, vivir no quiero.



Si apagaras los rastros luminosos  
Que pintas al pasar en la laguna,  
¿Dónde fuera á buscar cantos quejosos  
De esperanza y de amor, cándida Luna ?

¿Una luz cual la tuya, quién me diera  
De paz tan llena y de melancolía  
Que con mis pensamientos estuviera  
En tan tranquila y plácida armonía ?

Tu vista infunde imágenes gloriosas  
Al corazón que en soledad suspira,  
Y cuando brillas tú, suenan quejosas  
Las gemebundas cuerdas de la lira.

Por tí inspirado ensayaré la mía,  
De tu fulgor entre el celeste halago,  
Entre el secreto de la noche umbría  
Y su misterio indefinible y vago.

Yo sé que en la ciudad, mal acogidas  
Ahora serán mis tímidas canciones,  
Que allí se mueven guerras fratricidas,  
Con implacable encono las pasiones.

Mi trova allí tendrán por importuna,  
Por cansadas y locas mis querellas,  
Por necio el rapto que me causan, Luna,  
Tu claridad, tu cielo, tus estrellas.

Para el que vive en tanto afán no lanza  
El corazón sus hondos alaridos,  
Ni su canción de duda ó de esperanza,  
Ni la doliente lira sus gemidos.

Mi canto no es para él. Yo lo encamino  
Al inspirado joven sin ventura,  
Que perdido en el mundo, sin camino,  
Su suerte llora irrevocable y dura.

Él también como yo, Luna inocente,  
Puede que busque en tu fulgor escaso  
Para su lira algún compás doliente,  
Ahora que el Sol desapareció en su ocaso.

Ahora tal vez extático contempla  
Tu riquísimo manto de zafiro ;  
Tal vez su lira en tu alabanza temple,  
Y suspira también cual yo suspiro.

Tal vez en tí se goza : acaso á esta hora  
Busca en tu luz una ilusión querida  
De paz y de esperanza ; acaso llora  
SU VIDA SIN AMOR, SU FE PERDIDA.

¡ Oh Luna ! si es así, tráeme en el viento  
Un eco dulce de tu voz liviana ;  
Tráeme una nota de su blando acento  
Cuando á comparecer vuelvas mañana.

Dile que yo tambien, cuando fulgura  
En ese campo azul tu vírgen rayo,  
A veces pienso en su fortuna dura,  
Y mi doliente voz, como él, ensayo.

¡ Oh, dílo ! y euando el Sol en occidente  
Hunda su último rayo desmayado,  
Vendré á esperar tu aparicion luciente  
Sobre esta misma peña aquí sentado.

## A LA NOCHE.

Llega, benigna noche, yo te aguardo :  
Ven, opaca deidad, reina del sueño,  
Que ya del alba el resplandor risueño  
No mas me presta su ilusion falaz.  
Porque hasta el hondo corazon inquieto  
Proyecta el sol su luz deslumbradora,  
É iluminando el mal que le devora  
Hace que su inquietud resalte mas.

Ven, pues, oh noche, y llegarán contigo  
Tu dulce paz, tus vagas impresiones,  
Las movibles, fantásticas visiones  
Que errantes vagan en tu opaco tul.  
Arrastra en pos tus fúlgidas estrellas,  
Tu aura fugaz, fragante eual ninguna,  
Tu querida quietud, tu casta luna  
Gloria y honor del firmamento azul.

Vengan contigo tus tranquilas horas,  
La dulce calma de tu sueño amigo ;  
Tu sueño, sí, benéfico al mendigo,  
Al oprimido esclavo y al señor.  
Benigno huésped del alcázar regio  
Y de las pobres chozas olvidadas ;  
Mensajera de imágenes doradas  
Que envueltas lleva en mágico sopor.

Sí : tu sueño, cual ángel de consuelo,  
Su benigno letargo á nadie esquivá.  
Él extiende su sombra compasiva  
Sobre el feliz y el mísero mortal.  
Para él no hai distincion. Lleva sus dones  
Á la choza del pobre y al serrallo,  
Nivelar al señor con el vasallo  
Es su excelsa mision angelical.

El mendigo infeliz en la alta noche  
 Su pena olvida en su quietud bendita.  
 Al monarca mirad: ved cual dormita  
 Bajo su rico y regio pabellon.  
 El sueño á entrambos con su paz nivela;  
 Su destino es igual, una es su suerte;  
 Entrambos son la imágen de la muerte:  
 En su letargo ignoran lo que son.

El uno piensa en su único tesoro,  
 Su solo bien, en su constante amigo,  
 En su leal perro, EL PERRO DEL MENDIGO,  
 Siempre á su lado vigilante y fiel.  
 Sueña tal vez que le acaricia y besa,  
 Que le lame los piés, y aun se figura  
 Que en pago de su amor y su ternura  
 Su escasísimo pan parte con él.

Tal vez piensa el magnate en sus placeres,  
 Le ocupa todo su ambicion extrema;  
 Fulgurar mira la imperial diadema  
 Al vivo resplandor de antorchas mil.  
 Oye el son armonioso de la orquesta,  
 De la lisonja el susurrar liviano,  
 Y ve á sus piés al pueblo cortesano  
 Que le tributa adoracion servil.

Mas si turba ¡oh monarca! tu reposo  
 El temor de las negras rebeliones,  
 Si el horrible clamor de las traiciones  
 Arruga el seño de tu régia faz,  
 La oscuridad prefiero en que yo vivo,  
 La inquietud vaga de mi pecho incierto,  
 Mi mal soñado cuando estoy despierto,  
 Y de mi sueño la tranquila paz.

Si me forjo quiméricas desdichas  
 Que á herirme el corazon vienen traidoras,  
 Mil visiones tambien consoladoras  
 Del alma expulsan el ideal dolor.  
 Placer me da la noche en mi quebranto  
 Con sus lejanos vientos sonadores,  
 La luna con sus ténues resplandores,  
 Con su fragancia la nocturna flor.

Placer me dan las lóbregas figuras  
 Que por do quiera cruzan fugitivas,  
 Sombras de horror, fantasmas vengativas  
 Que espantan al impuro corazon.  
 Pero á mí me deleitan, me consuelan,  
 Esas ténues quimeras vagarosas,  
 Y las movibles sombras misteriosas  
 De la alta noche mi embeleso son.

Á mí me dan placer y me consuelan  
 Los vapores sutiles del rocío ;  
 Siento el contacto del ambiente frio  
 Que refresca, al pasar, mi ardiente sien.  
 Oigo el ruido lejano de las fuentes,  
 De la vecina selva la armonía,  
 Y en los secretos de la noche pía  
 Encuentra mi alma el suspirado bien.

Ven, pues, ¡ oh noche ! de consuelos llena ;  
 Yo no apetezco el sol, su luz me ciega :  
 Cuando él desde el zenit sus rayos riega  
 Mustio, sin voz, me siento fenecer.  
 Bajo su ardiente luz del medio dia  
 La flor desmaya, el céfiro enmudece,  
 Y el corazon rendido desfallece,  
 Torpe la mente, el alma sin poder.

No tú, que vienes como casta vírgen,  
 Tu mal llorando con extinto acento.  
 Yo escucho tus gemidos en el viento  
 Y tus suspiros lánguidos de amor.  
 En el eco lejano oigo tu llanto :  
 Y las lágrimas puras que derramas  
 Pendientes miro en las salientes ramas  
 Y en el abierto cáliz de la flor.

No tardes, pues. Ya el sol veló su frente  
 En pos dejando sanguinosas huellas.  
 Ya te miro llegar ; miles de estrellas  
 Te ciñen y coronan la amplia sien.  
 ¡ Benigna noche ! Yo estaré contigo  
 Hasta que se hunda tu último lucero.  
 Ven, pues, reina del sueño : yo te espero ;  
 Para mi dicha y mi consuelo ven.

---

## EL TIEMPO.

---

Entra el hombre á la escena de la vida  
 Al desgarrar los velos de la nada  
 Noble la frente, altiva la mirada,  
 La mente libre, erguida la cerviz.  
 Extiende en derredor la vista ansiosa  
 Y se lanza al placer entusiasmado :  
 Aun no brama para él el cierzo helado ;  
 Todo es ventura en su ilusion feliz.



De luz avaro, henchido de existencia,  
Es á su corazon estrecho el suelo,  
Y hácia el espacio remontando el vuelo  
Juzga suya la inmensa creacion.  
Para él los orbes son que en el espacio  
Girando van en eternal concierto ;  
Para él las luces, el vibrar incierto,  
Y el fulgurar de los cometas son.

Para él se agolpa en la eminencia calva  
Ese tropel confuso de vapores  
De donde ve bajar murmuradores  
Limpios arroyos entre flores mil :  
Para él descienden ellos destrenzados,  
Levantando sus toldos campesinos  
Por do quiera que tienden cristalinos  
El susurrante y desigual perfil.

Para él derrama su esplendor el dia,  
Su luz la luna en la serena noche ;  
Para él despliega el nacarado broche  
La vírgen flor, señora del vergel ;  
Y los vistosos pasajeros bandos  
De los sueltos y libres ruiseñores  
Guardan su melodía, sus colores  
Y sus ricos matices para él.

Para él ostenta el lujo sus primores ;  
Para él se elevan templos y palacios ;  
Para él cuaja la tierra sus topacios,  
Su esmeralda, su diáfano cristal.  
Para él hai cincelados artesones,  
Plumas, sedas, y gasas y perfume,  
Y el pebete para él que se consume  
Entre preciadas copas de metal.

Juzga suyo en su sueño mentiroso  
Cuanta pompa y primor ostenta el suelo ;  
El de la blanca aurora ténue velo,  
El del cielo magnífico dosel ;  
Y es la vida para él, lago que ondula  
Cercado en torno de eternal verdura,  
Y cuya linfa transparente y pura  
Surca, adormido, en plácido bajel.

¿ Mas qué vapor en el confin del cielo  
Cual fatídico espectro se levanta  
Y en confusion medrosa se adelanta  
Espanto y sombras arrastrando en pos ?  
¿ Qué dicen esos densos torbellinos  
Que torvos ruedan por el aire vago ?  
¿ Quién nos dará favor contra el estrago  
Que sorda anuncia su gigante voz ?

Crece la confusion, crece el nublado ;  
 Medroso apaga su fanal el día ;  
 Brama tenaz la tempestad bravía  
 Entre círculos densos de vapor.  
 Por entre los grotescos precipicios  
 Impetuoso el torrente se derrumba,  
 Y por los aires cóncavos retumba  
 Ronco y violento el rayo abrasador.

Ya no derrama su esplendor el día ;  
 Perdió su luna la serena noche ;  
 Ya no despliega el nacarado broche  
 La virgen flor señora del vergel :  
 Y los vistosos pasajeros bandos  
 De los sueltos y libres ruiñeñores,  
 Perdieron su armonía y los colores  
 Que juzgó el hombre creados para él.

Pasó la tempestad. En la llanura  
 El grito se oye retumbar de guerra,  
 Y hace gemir y estremecer la tierra  
 Con su estrépito lúgubre el cañon.  
 La sangre hermana viértese á torrentes,  
 Y el hombre iluso, con mejor aviso,  
 Ve que lo que él juzgaba un paraíso  
 Es un ancho, sangriento panteon.

Cesó la guerra un punto, y detras viene  
 Disfrazada la muerte en el contagio,  
 Que es la guerra frenética el presagio  
 De hambres, miseria y de viudez fatal.  
 Perdió el hombre dorados sus palacios,  
 Sus plumas, sedas, gasas y perfume :  
 Ya el pebete para él no se consume  
 Entre preciadas copas de metal.

¿ De qué te vale á tí, Rei ó vasallo,  
 Que gimes hoi entre mortal dolencia,  
 Haber vivido ayer en la opulencia  
 Con mullidas alfombras á tus piés ?  
 Si eres conquistador ¿ de qué te sirve  
 La humillacion del pueblo conquistado,  
 Si al contagio sucumbes olvidado  
 De tu caduco orgullo y altivez ?

Si llevaste, monarca victorioso,  
 El yugo por do quier con tu bandera  
 ¿ Por qué la frente inclinas altanera  
 En débil gesto y en doliente faz ?  
 Ahora tu mano descarnada y seca  
 Suelta impotente la imperial corona,  
 Y la marchita sien solo ambiciona  
 De quieta tumba la solemne paz.

¿ Y eres tú el hombre altivo, presuntuoso,  
 Para quien fulguraban las estrellas ?  
 ¿ No ostentaba la luna en medio de ellas  
 Sus luces argentadas para tí ?  
 ¿ Quién robó tus alcázares soberbios ?  
 ¿ Quién rompió del festin las copas de oro,  
 Y de tu gloria el cántico sonoro,  
 Para ponerte con ludibrio aquí ?

Ya no es tuyo en tu sueño mentiroso  
 Cuanta pompa y primor ostenta el suelo ;  
 No es tuyo ya del efulgente cielo  
 El inmenso, magnífico dosel :  
 Ni es para tí la vida undoso lago,  
 Cercado en torno de eternal verdura,  
 Y cuya linfa transparente y pura  
 Surcas, dormido, en plácido bajel.

Cesó el festin, la danza voluptuosa ;  
 Volaron de la vida los engaños,  
 Y el abrumante peso de los años  
 Seca y arruga la pulida tez.  
 Si no ¿ quién deslustró, mísero anciano,  
 La vívida expresion de tu mirada ?  
 ¿ Quién á tu honda megilla descarnada  
 Arrebató su antigua esplendidez ?

¿ Quién arrancó la blonda cabellera  
 Que ese desnudo cráneo engalanaba,  
 Que en bella profusion se derramaba  
 Por la anchurosa espalda varonil ?  
 ¿ Quién marchitó las rosas de tu rostro,  
 Y derribó con inclemencia dura  
 De esa caduca boca, honda y oscura  
 La enana dentadura de marfil ?

¡ El Tiempo, el Tiempo ! . . . . Lento, silencioso,  
 Eterno como Dios é incorruptible,  
 Es como Dios tremendo, incomprensible,  
 Sin principio, sin medio, sin un fin.  
 Él lleva entre los pliegues de su manto  
 (No las venganzas de un poder divino)  
 Los ocultos decretos del destino  
 De los mundos al último confin.

Él con la clara luz de lo pasado  
 Al hombre instruye, y por igual enseña  
 Al que agreste se oculta entre la breña  
 Y al culto habitador de la ciudad ;  
 Y llevando en sus manos descarnadas  
 Encendido el fanal de la experiencia,  
 Si nos alumbrá el libro de la ciencia  
 Nos desnuda la estéril realidad.

Él despoja con su ala destructora  
 Al lirio virginal de su blancura,  
 Al cándido azahar de su frescura,  
 De su lustre y colores al clavel.  
 Él arranca la venda fabulosa,  
 Al través de la cual el hombre iluso  
 Ve entre un brillante porvenir confuso  
 Mil placeres, mil glorias para él.

Él se lleva tras sí nuestros contentos  
 Con nuestras ántes dulces esperanzas;  
 Muerte y dolor arrastra en sus mudanzas  
 Y con cien penas un placer fugaz;  
 Y cada nuevo sol que alumbra hermoso  
 Al estrechar los lindes de la vida,  
 Arranca al alma una ilusion querida,  
 Deja en el pecho un desengaño mas.

¡ El Tiempo, el Tiempo ! . . . . A su fatal contacto  
 Se desquician las cúpulas doradas,  
 Y las altas techumbres desplomadas  
 Á la tierra descienden con fragor.  
 Todo es frágil para él, y el hombre vano  
 Que de la tierra emperador se llama,  
 Arista que en los aires desparrama  
 Un débil soplo suyo abrasador.

Solo los orbes que el espacio pueblan  
 Sobre sus ejes giran inmortales,  
 Sin que aniquile el tiempo esos fanales  
 Que allí por siempre colocó el Criador.  
 Él respeta en su marcha silenciosa  
 La eterna majestad de las estrellas  
 Sin que el rastro ominoso de sus huellas  
 Su claridad empañe y su esplendor.

“ Aquí, les dijo Dios, eternamente  
 Giraréis en magnífica armonía.”  
 Y luego al hombre : “ Vivirás un día  
 Para en mis obras adorarme á mí.  
 Para mis mundos son esos espacios  
 Do colocarlos plugo al poder mio ;  
 La gloria para mí y el poderío ;  
 La miseria y la muerte para tí.”

Muramos, pues, pero gocemos ántes  
 Si tanta juventud ha de perderse ;  
 Si nacer á la luz y disolverse  
 Es la lei de los seres eternal.  
 Cedamos, pues, al tiempo cual le ceden  
 Su luz el día, la noche su fragancia,  
 Y su brillo, su aroma y su arrogancia  
 El pez, la planta, el águila imperial.

A mí ¡infeliz! me abrumará su peso;  
 Habré también ¡oh vida! de perderte,  
 Y el yermador aliento de la muerte  
 Del corazón la llama extinguirá.  
 Entonces yo desde la nada oscura  
 No más veré del sol el rayo hermoso,  
 Ni de la luna el carro silencioso  
 Cuando el éter azul cruzando va.

No oiré los sonos lúgubres que arranca  
 Al harpa de marfil mi plectro de oro,  
 Ni de la fuente el murmurar sonoro,  
 Ni de las aves la gentil canción.  
 No más veré los ángulos salientes  
 De esas enormes rocas desprendidas  
 Bajo cuyas terríficas guaridas  
 Iba á buscar la bella inspiración.

Feliz mi sombra entonces, si algún bardo  
 De la risueña y vírgen Venezuela,  
 Viene á entonar su blanda cantinela  
 Al pie de mi pacífico ataúd.  
 Si una corona en mi sepulcro deja,  
 Y al débil resplandor del sol que espira,  
 Con los acentos turba de su lira  
 De mi tumba la fúnebre quietud.

---

## EL SUSPIRO.

---

¿De dónde viene el íntimo suspiro  
 Que el pecho exhala en série continuada?  
 No es la expresión del alma enamorada,  
 Que quimeras de amor ya no deliro.

No es la ilusión liviana y pasajera  
 De un esperado bien : yo nada espero.  
 Voló el placer dulcísimo, hechicero,  
 Con los delirios de la edad primera.

No es la miseria ruin, de adusto ceño:  
 Yo vivo en el solaz, en la abundancia,  
 Y en el aura respiro la fragancia  
 De flores mil en apacible ensueño.

Tal vez es el hastío que entre el ruido  
 Del placer vano del estéril mundo  
 Nos influye un gemido hondo, profundo,  
 Por un nuevo placer desconocido.



No sé lo que será, mas yo padezco  
Una oculta ansiedad desconocida:  
No sé lo que será, mas es mi vida  
Insulso un don que á veces no apetezco.

No sé lo que será: solo me place  
Lejana voz de alguno que suspira  
Y si las cuerdas pulso de mi lira  
Solo su amargo son me satisface.

Vanamente el deleite mover quiere  
Del alma usada el lánguido resorte;  
A un suspiro mortal su linda corte  
Huye del alma que en su angustia muere.

Si esos que en el espacio se revuelven  
Inmensos mundos asombrado admiro,  
Detras la admiracion viene el suspiro,  
Y mis enfados la ilusion disuelven.

Ya vea lucir el disco refulgente  
Del magnifico sol al levantarse,  
Ya de vapor blanquísimo al velarse  
Su paso tornasole en Occidente;

Ya brille en el zenit como el diamante  
De la corona inmensa de la tierra,  
Siempre el enfado el corazon me cierra,  
Siempre suspira el pecho delirante.

Ya mire el mar que manso se dilata  
Cual la vision azul de una laguna,  
Ya desparrame en él la blanca luna  
Su misteriosa luz de limpia plata,

Ya el horizonte oscuro, encapotado,  
El rayo surque en anguloso giro,  
Al labio ¡ai Dios! asómase el suspiro,  
Cuando el primer asombro ha terminado.

¿Qué me importa la gracia, la hermosura,  
El pié gentil, la lánguida mirada,  
Si la dulce ilusion está gastada  
De la mujer por la inconstancia dura?

Qué importa que descienda en espirales  
Por la lucida espalda el luengo pelo,  
Si un recuerdo de ayer transforma en yelo,  
Y de mi amor apaga los fanales?

¿Qué me importa la báquica algazara  
Que aturde del salon el ancho techo,  
Si yo arrancar no puedo de mi pecho  
El dardo agudo de mi angustia rara?

¿Qué me importa la turba que contenta  
Corre por calles, plazas y jardines,  
Y de ninfas el coro, que en festines  
Y en danza alegre su donaire ostenta?

¿Qué me importa el placer en que se embriaga  
El pobre iluso que se cree querido?  
¡Oh! déjale gozar su bien mentido:  
Vendrá un mañana que su error deshaga.

Entónces, mirará cual yo lo miro,  
Oscuro el porvenir, negro y vacío,  
Y á lo presente indiferente y frío  
Suspirará tambien cual yo suspiro.

¡Oh sensacion oculta, incomprensible,  
Que abate el corazon, tenaz y activa!  
¿Quién eres tú, fantasma fugitiva,  
De forma y de color indefinible?

Siento el influjo poderoso, interno,  
Que tienes sobre mí, vision errante;  
Miro tu sombra opaca y vacilante,  
Oigo tu voz, mas nunca te discierno.

Si eres amor que vienes en mi daño,  
Aléjate de mí, déjame en paz,  
Que tu linda ilusion no veré mas  
Por el mágico prisma del engaño.

Si eres la imagen vagarosa, incierta,  
De un quimérico bien que nunca gozo,  
Pues no te he de abrazar, deja en reposo  
Mi inquieta vida á la esperanza muerta.

Si ambicion eres, con la faz de rosa,  
Y el corazon repleto de amargura,  
Pasa, y no turbe tu vision impura  
Mi paz profunda y libertad dichosa.

Si eres la duda que á agitarme vienes,  
¡Oh! yo no dudo, no; que el ancho espacio  
Es la corona excelsa de topacio  
Con que Dios ciñe sus augustas sienas.

Si eres una ilusion que ya he perdido,  
Deja que en paz un solo instante goce;  
Deja que el corazon sin tí repose  
Y abísmate en la noche del olvido.

Si eres la gloria espléndida, halagüeña,  
Cual te concibe mi embriagada mente,  
Ven, y suspire el pecho eternamente  
Por un favor de tu vision risueña.

Que tienes un altar en mi memoria  
Donde un culto te rindo ardiente y vivo,  
Y estas humildes líneas que yo escribo  
Tributos son para halagarte ¡oh gloria!

Ven, vírgen divinal: ven, que yo mire  
Cerca de mí tu fúlgida hermosura,  
Y aunque no ciñas tú mi sien oscura  
Mírete yo y el corazon suspire.

## EL HOGAR CAMPESTRE.

---

Á la falda de aquel cerro,  
Que el sol temprano matiza,  
Un arroyo se desliza  
Entre violas y azahar.  
Allí tengo mis amigos,  
Allí tengo mis amores,  
Allí mis dulces dolores  
Y mis placeres están.

Allí al lado se levantan  
De peñascos cenicientos  
Los bucares corpulentos  
De dimension colosal;  
Y allí el ánima se olvida,  
En su embeleso profundo,  
Del laberinto del mundo,  
Del ruido de la ciudad.

No hai allí suntuosos templos  
Cuya gótica techumbre  
Con su mole y pesadumbre  
Piensa la tierra oprimir;  
Donde en los rostros se nota  
Del concurso cortesano  
Que un pensamiento mundano  
Lo va persiguiendo allí.

Pero hai sencilla una iglesia,  
Con su campanario y torre,  
Á donde el creyente corre  
De la campana al clamor:  
Allí sus cantos entona  
Postrado, humilde, en el suelo,  
Y su oracion sube al cielo  
Hasta el trono del Señor.

No hai un órgano en el coro  
Que despide noche y día  
A torrentes la armonía  
De los tubos de metal;  
Y en el aire se derrama  
Bajo del cóncavo techo,  
Y baja á oprimir el pecho  
Con su encanto celestial.

Pero se oye del Ministro  
La voz trémula y doliente  
Que del cristiano la frente  
A la tierra hace inclinar;  
En tanto que del incienso  
La pura, la blanca nube,  
Á besar la planta sube  
De Dios que está en el altar.

Allí no hai bellos palacios,  
Ni dorados artesones,  
Ni estatuas en los salones  
Sobre rico pedestal;  
Ni músicas exquisitas,  
Ni bulliciosos placeres,  
Ni artificio en las mujeres,  
Ni en los hombres vanidad.

Pero hai árboles copados  
Que se mecen blandamente,  
Y un arroyo transparente  
Con sus hondas de cristal,  
Y una tórtola amorosa  
Oculta en la selva umbría,  
Que exhala, al nacer el día,  
Su arrullo sentimental.

No alumbra la alegre fiesta  
Clara, elegante bugía  
Que se pueda con el día  
Comparar en esplendor;  
Ni exquisitos los pebetes,  
Aromaticos olores  
Difunden en corredores,  
Y del baile en el salon.

Mas hai lánguida una luna  
Que sirve de antorcha al cielo,  
Y que refleja en el suelo  
Su melancólica faz;  
Y hai claveles entreabiertos  
En las colinas cercanas,  
Donde sus alas livianas  
Va la brisa á perfumar.

Ni de la doncella hermosa  
 Cubre el cuello delicado  
 El magnífico tocado  
 De fino encaje ó tisú ;  
 Ni lleva sobre los hombros  
 Ó revuelto sobre el pelo  
 De seda el flotante velo  
 Ó de transparente tul.

Pero sin esos primores  
 Es la honesta campesina  
 Por sí sola peregrina  
 Y por sí sola gentil ;  
 Y en vez de rica diadema  
 Ó de artificioso adorno,  
 Se ve de su frente en torno  
 Brillar cándido jazmín.

¡ Oh valle ameno y frondoso  
 Que el sol temprano matiza,  
 Cuyo arroyo se desliza  
 Entre violas y azahar !  
 Contigo están mis amigos,  
 Contigo están mis amores,  
 En tí mis dulces dolores  
 Y mis placeres están.

### OF NEW YORK.

Ameno el campo ostenta su opulencia  
 En su espléndido manto de verdura,  
 Y regala el olfato con su esencia  
 La flor que crece oculta en la espesura.

Cuán dulce es ver las aguas cristalinas  
 Ir por el valle susurrando amores,  
 Y salpicar las hojas purpurinas  
 Con sus blancas espumas, de las flores !

Y ver, cómo sin tregua y sin descanso,  
 Con giros mil la retozona brisa  
 En ondulantes pliegues del remanso  
 La transparente faz arruga y riza.

Y cuando tardo el sol y esplendoroso  
 Su lumbré cuelga en la mitad del cielo,  
 Y con su rayo ardiente y caluroso  
 Deslumbra y quema el fatigado suelo,

! Cuán dulce es reposar bajo la sombra  
 De la ceiba ramosa y extendida,  
 Y entre la yerba ver que el suelo alfombra  
 Correr la fuente que á beber convida !

Y esa ráfaga ver, arrebolada,  
 Manto oriental de púrpura y de grana,  
 Que el sol tiende en la bóveda azulada  
 Al ocultar su lumbré soberana.

Y cuando al aclarar, en Occidente,  
 Su luz sepulta al fin la última estrella,  
 ¡ Cuan grato es ver en el opuesto Oriente  
 La aurora despuntar, cándida y bella !

Y ver las perlas, diáfanas, redondas,  
Que la noche al pasar dejó prendidas  
Sobre la abierta flor, colgando en ondas  
Al borde de las hojas suspendidas.

Y entónces, escuchar en la espesura,  
De la paloma la sentida queja,  
Que mas que la expresion de su ternura  
Un lamento tristísimo semeja.

Y al jilguero cantor que se estremece  
Al desatarse en dulce melodía,  
Y que desde la rama en que se mece  
Con sus himnos de amor saluda el día.

¡ Oh descuidado y bello pajarillo  
Que vagas libre en pos de tus amores !  
¡ Ah ! cuánto envidio tu vivir sencillo,  
Tus colinas, tus bosquos y tus flores !

El trino encantador y apasionado  
Con que su amor tu compañera llora,  
El gorjeo sentido y delicado  
Tu puedes escuchar, ave canora.

Tú eliges á tu gusto tus amores,  
Sin que te paren importunas leyes,  
Que del aire los plácidos cantores  
No han menester repúblicas ni reyes ;

Ni palacios, ni templos, ni mezquita,  
Ni Senado, ni Bei, ni Capitolio,  
Ni mandatario altivo que dormita  
En alta silla ó encumbrado solio.

Ni hai banderas vistosas y lucidas  
Que flotan á merced del aire vago ;  
Ni conoces las lanzas homicidas,  
Ni de la guerra el destructor amago.

No os dice un rei : SOLDADOS, Á LA GLORIA.  
LA PATRIA OS LLAMA : Á LA BATALLA, OS DIGO.  
BUSCAD LA MUERTE Ó TRAEDME LA VICTORIA,  
QUE LA PATRIA SOI YO. VENID CONMIGO.

Y en sangre del hermano desgraciado  
No vas tus plumas á manchar bermejas,  
Y cada al corazon golpe asestado  
Un triunfo no es que vencedor festejas.

No os dice un mirlo de golilla y toga :  
ESTA ES LA LEI ; Á MUERTE TE CONDENA.  
Y al cucllo te echan la infamante sogá,  
Ó arrastras, infeliz, dura cadena.

Ni al dintel del alcázar opulento  
Vas á llevar tu palidez sombría  
Para mezclar con tu apagado acento  
Las risas destempladas de la orgía.



Que el campo para tí su gala ostenta,  
Y el grano encierra la ondulante espiga,  
Y el sabroso manjar que te sustenta  
En cada flor encuentras sin fatiga.

Que para tí desde ese monte cano  
Se despeñan las aguas destrenzadas,  
Ó mansamente corren por el llano  
En bella confusion desparramadas.

Y su cándida faz esplendorosa  
La aurora asoma en el nevado Oriente,  
Para teñir de púrpura y de rosa  
Tu plumaje riquísimo y luciente.

Que para darte abrigo regalado  
La enredadera y el jazmin silvestre  
En el aire suspenden, festonado,  
Su misterioso pabellon campestre.

¡ Oh descuidado y bello pajarillo  
Que vagas libre en pos de tus amores,  
¡ Ah ! cuánto envidia tu vivir sencillo,  
Tus colinas, tus prados y tus flores !

Yo buscaré la dicha en tus cantares,  
En tus bosques la paz y la ventura,  
Y acallaré la voz de mis pesares  
De quieta soledad en la espesura.

## JENOVAH.

Eterno sér que el universo animas  
Con tu aliento fecundo y soberano,  
Que con un leve signo de tu mano  
A cada mundo asignas un lugar ;  
Yo me postro ante tí : los resplandores  
Que esparces por do quier, sumiso adoro,  
Y de tu inmenso y estrellado coro  
El concierto sublime y singular.

No es en los libros santos del profeta  
Donde tu nombre entero se contiene.  
¡ Pobre idioma del hombre que no tiene  
Para nombrarte acento ni expresion !  
Escritos ellos en la lengua escasa  
Que imaginó para entenderse el hombre,  
Busca en vano su voz, un signo, un nombre,  
Digno del sér que llena la extension.

No es bajo de la cúpula sonora,  
 Pobremente orgullosa, de algun templo,  
 Que yo tu gloria y tu poder contemplo  
 Y te descubro en tu esplendor brillar;  
 Ni en el estrecho altar que te levanta  
 El mísero mortal, es que te admiro;  
 Sino en los soles fúlgidos que miro  
 En la celeste bóveda girar.

Solo en el hondo abismo del espacio,  
 En ese eterno libro de los cielos,  
 Entre el misterio de sus densos velos,  
 Tu nombre augusto dejas entrever.  
 Te dejas entrever, porque tú sabes  
 Que si el pobre mortal tu nombre oyera,  
 A su estruendo gigante se rompiera  
 El hilo frágil de su débil sér.

Tú levantas tu sol y tus planetas  
 Entre la tierra y tu inmortal morada  
 Y le ocultas al hombre tu mirada  
 Que ilumina y fecunda la extension;  
 Porque si tu presencia soberana,  
 Si un rayo de tus ojos le alcanzara,  
 Ciego con tu esplendor, la muerte hallara  
 En la súbita luz de tu vision.

Por eso adoro resignado y mudo  
 De tu poder los signos esplendentes,  
 Tus soles mil que arrojan á torrentes  
 Vigor, vida, calor y claridad.  
 Y me anonado mas, cuando comparo  
 La duracion del hombre miserable,  
 El sueño falso de su vida instable  
 Con tu imperecedera eternidad.

¿ De qué me sirve á mí, sér de un instante,  
 La antorcha celestial del pensamiento  
 Si al impulso fugaz del manso viento,  
 Débil, precaria, extingue su fulgor?  
 ¿ De qué sirven las vividas pasiones,  
 Los raptos delirantes del poeta,  
 El blando amor que el corazon inquieta,  
 De un pecho jóven adorable error?

Todo cuanto es del hombre, en los abismos  
 Del tiempo se consume y aniquila:  
 Solo la vasta esfera que rutila,  
 Eterna durará como su Dios;  
 Porque esos vastos globos inflamados,  
 Esos mundos que surcan el espacio,  
 Faros son de su espléndido palacio  
 Que salieron del caos á su voz.

Por eso me confunde y anonada  
 El débil sueño de mi frágil vida,  
 Por eso adoro esa vision lucida  
 Con que ciñes, Jehovah, tu augusta sien.  
 Por eso es que mi amor á tus portentos  
 El terrenal disgusto no acabara,  
 Y si mi vida instable no acabara,  
 Eterno fuera como yo tambien.

Mas yo debo morir. Mi polvo entónces  
 No podrá contemplar tus maravillas,  
 Ni el mar de luz con que en el éter brillas  
 Ni el trueno tempestuoso que es tu voz.  
 Yo debo perecer. ¡Ai del que viva  
 Sin admirar tus bellas creaciones!  
 Y lanzado en el mar de las pasiones  
 No levante los ojos á su Dios.

Yo me postro ante tí, porque tu vista  
 Sobre este mundo de tinieblas, vela:  
 Nos das una creencia que consuela,  
 Llena toda de amor y caridad.  
 Nos das la fe contra la duda impía,  
 Al que sufre por tí, das la confianza;  
 Junto al dolor colocas la esperanza,  
 Junto á un penoso fin la eternidad.

Viste al hombre disperso, infortunado,  
 Las heces apurar de la agonía;  
 Lloró infeliz, le distes á MARIA  
 Que enjugara su llanto y su afliccion.  
 Perdió su gracia, y delincuente y torpe,  
 Fué condenado á un padecer prolijo:  
 Tuviste compasion, le diste al HIJO  
 Prenda de paz, de olvido y de perdon.

Sí: yo pienso que el soplo de la vida  
 Al desprenderse de la tierra madre,  
 Volverá al seno celestial del PADRE,  
 Fuente de accion, de movimiento y luz.  
 Y el alma desde allí, pura, radiante,  
 Al brillo de la luna fugitiva,  
 Una mirada lanzará furtiva  
 Sobre su tumba humilde, y tosca cruz.



## LAS ORILLAS DEL MAR.

---

El codo fijo en la calcárea roca,  
Sobre la abierta mano la mejilla,  
Suspenso el corazon, muda la boca,  
Contemplo el mar desde su inquieta orilla.

Ante mi vista atenta y silenciosa  
La extension se abre de prodigios llena,  
Y la cumbre mas alta y ponderosa  
Luce menguada en la distante escena.

¡Qué dulce me es mirar desde mi asiento  
Ese vasto horizonte ilimitado,  
Á veces cual mi pecho turbulento,  
Otras veces tranquilo y azulado!

¡Magnífico es el mar! En sus confines  
Nubes se ven de extraños caracteres  
Que mónstruos fingen, lobos y delfines,  
De aquel lago sin fin gigantes séres.

Vénse á lo léjos descarnados riscos  
Que respetan las recias tempestades,  
Como los eternos obeliscos  
De aquellas movedizas soledades.

En torno á estos terríficos lugares,  
Á la luz de la tarde moribunda,  
Entre el gemido sordo de los mares  
La soledad impera mas profunda.

¡Desiertos por doquier! Ni un ave errante  
Cruza el ambiente al terminar el dia,  
Y hasta la luz del sol, mústia, espirante,  
La escena inunda de melancolía.

¿Magnificante mar, do se fermenta  
Tu tempestad, tu negro torbellino?  
¿En dónde está la nube que revienta  
Al náufrago arrastrando en su camino?

¿En dónde fraguas tú los temporales  
Que entre denso vapor crujen violentos  
Cuando tus ondas crecen desiguales  
Al irritado empuje de los vientos?

¡Grandioso mar! tu ruido es tu armonía;  
Tu formidable voz es tu concierto;  
Tu música es la tempestad bravía,  
Y tu alcázar augusto es el desierto.

¿ Por qué reposas, di ? Por qué la airada  
Divinidad que á rebelion te excita  
De su ardiente inquietud ahora olvidada  
Bajo tu fondo azul mansa dormita ?

¿ No será que la luna transparente  
Cual nocturna vision, lánguida, errante,  
Asoma ya por el vecino oriente  
El virginal y pálido semblante ?

Sí, bien lo sé : la luna macilenta,  
Esa benigna antorcha de consuelo,  
Puede vencer tu rabia turbulenta  
Al fulgar en el azul del cielo.

Ella humilla tu cólera altanera  
Y el rico manto vistes de zafiro  
Para prender á la inmortal viajera  
Que por el cielo va con lento giro.

Todo es entónces majestad y calma  
En tu desierto y dilatado imperio,  
Y en mágica ilusion suspende el alma  
La vaguedad sublime del misterio.

Ni rebraman tus ondas pasajeras,  
Que en blanda progresion una por una  
Vienen á contemplar en las riberas  
Las rápidas visiones de tu luna.

¿ Grandioso mar ! ¿ Quién pinta esos paisajes  
Que en tu límite azul la vista alcanza ?  
¿ Pronostican acaso esos celajes  
Recio huracan ó plácida bonanza ?

¿ Quién te presta esas luces peregrinas  
Que tu horizonte ciñen caprichosas,  
Ese cerco de nubes purpurinas  
Con que coronas tú la sien gloriosa ?

¿ Son las cándidas ninfas de la tarde  
Que al sol festejan el brillante paso ?  
¿ De su belleza acaso haciendo alarde  
Cuelgan su velo en el distante ocaso ?

Revélame el prodigio que contemplo,  
Tú que presides esas creaciones,  
Pues la azulada bóveda es tu templo,  
Tu antorcha el sol que engendra esas visiones.

Inquieto mar, angustas soledades,  
Sublime y colosal naturaleza,  
¿ En dónde están las mágicas deidades  
Que os prestan su terrífica grandeza ?

Si habitan en la peña cavernosa  
Y allí fraguando están tanto prodigio,  
Que muestren una vez la faz medrosa  
Aunque ciegue mis ojos su prestigio.



Si es su espíritu el que habla enronquecido  
Cuando la tempestad rueda gigante,  
Que á la luz del relámpago encendido,  
Asomen, para verlas, el semblante

Si con los vientos cruzan pasajeras,  
Que al pasar junto á mí con ronco acento,  
De sus propios secretos mensajeras  
Su esencia me revelen en el viento.

Mas yo deliro ¡oh Dios! Enagenado  
Pensé en los vientos descubrir deidades,  
En el abismo azul alborotado,  
En el rayo, en las recias tempestades.

Mas fué que absorto, en mi primer transporte,  
En mi necia ilusión olvidé que eres  
El hacedor, el eternal resorte  
Del sol, del mar, del viento y de los séres.

Para admirarte mas tiende en los cielos  
Tus legiones magnificas de estrellas,  
Que se va el sol entre purpúreos velos  
Á otra region para que salgan ellas.

Dáme á mirar tus nubes agrupadas  
Que llevan las tormentas en su seno,  
Las azuladas olas enrespadas,  
Y el rayo ardiente precursor del trueno.

Aunque no entienda tu escondida idea  
Déjame saborear las impresiones  
Con que me oprimes tú, deja que vea  
Tu mar que aturde con sus roncossones.

Dáme á mirar, oh Dios, esos portentos  
Que solo encuentra el ánima asombrada  
Á orillas de los mares turbulentos  
Ó de la selva entre la paz callada.

No trataré de escudriñar tu esencia  
Que en los espacios cóncavos sepultas,  
Y desde la estrechez de mi impotencia  
Respetaré el secreto que me ocultas.

Sí: conozco los bienes que derramas,  
Mas no pretendo comprender tus miras,  
Ni el recio vendabal con que rebramas,  
Ni el céfiro fugaz con que suspiras.

Yo vendré á ver tus obras portentosas,  
Á adorar tu poder á estos lugares,  
Y estas desiertas grutas pavorosas  
Te servirán de templos y de altares.

Te elevaré mi voz enronquecida  
Desde estas playas tristes, solitarias,  
Aunque el rumor de la onda embravecida  
Ensordezca mis tímidas plegarias.

Adios en tanto ¡oh mar! En mis enfados,  
Cuando me asalten negras las pasiones,  
Tus bordes me verán, alborotados,  
Pidiéndoles quiméricas visiones.

Yo buscaré en tus playas, anhelante,  
Consuelos á mi mal cuando suspire,  
Imágenes gloriosas cuando cante,  
É inspiracion cuando de amor delire.

¡Adios, oh mar! Yo dejo tu ribera,  
Que el sol ya se hunde en la region lejana:  
Mañana tú verás su luz primera,  
Mas yo no sé si volveré mañana.

---

## LA PALMA SOLITARIA.

---

En la feraz, risueña,  
Encantadora cima de un collado  
Rodando se despeña  
Fugaz, precipitado,  
Un arroyo purísimo, agitado.

Desciende revoltoso;  
Y azotando sus ondas blandamente  
El lecho peñascoso  
Por do abre su corriente,  
Derrúmbase espumoso y maldiciente.

Mas cuando al valle llega,  
Sigue pausado y manso su camino;  
El suelo feraz riega  
Tortuoso y cristalino  
Bajo su toldo de hojas campesino.

Arriba en la colina,  
Á la margen de la onda pasajera,  
Que rueda peregrina,  
Elévase altanera  
Ancha, gallarda y bella una palmera.

De la eminencia reina,  
Del cefirillo admite las caricias,  
Que lúbrico la peina,  
Hallando con delicias  
Que no paga su amor con injusticias.

Anídanse en su tronco  
Asustadas las aves y en su rama,

Cuando pujante y bronco  
El temporal rebrama  
Y el rayo por los aires se derrama.

Mas cuando ronco el viento  
Sus alas pliega y su furor limita,  
Y torpe, soñoliento,  
La rabia que lo agita  
Depone manso y languido dormita;

Cuando el céfiro leve  
De sus guaridas sale amedrentado  
Y cauteloso mueve  
Su velo plateado  
Hasta que al aire vuela alborozado:

Entónce la alta cumbre  
Vuelve á lucir con su beldad primera,  
Que aguarda que la alumbre  
El sol; y la palmera  
Se viste de su antigua primavera.

Y lánguida y donosa  
Con voluble ademan mueve la frente;  
Y libre y caprichosa  
Ondula blandamente  
Al dulce arrullo de la limpia fuente.

¡Oh! nada tan hermoso  
Cual su ramaje extenso y vacilante  
Que oscila silencioso  
Con majestad gigante  
Al empuje de rafaga espirante.

¡Oh! nada tan tranquilo  
Como la dulce sombra de sus ramas  
Que forman grato asilo  
Oculto entre retamas  
Y que entapizan las silvestres gramas.

Allí de sombra hojosa  
Goza el sectario de la calma pura  
Que ofrece silenciosa  
En toda su hermosura  
La dulce soledad blanda y segura.

Allí se eleva en calma  
Hasta el trono inmortal del Dios bendito  
Anonadada el alma,  
Y espántase el delito  
Al medir con la vista el infinito.

Allí con voz doliente  
Expresa sus angustias el ateo,  
Y á su pesar creyente  
Dice; "Señor te veo:  
Te reconozco y en tus glorias creo."

“Sin duda que el espacio,  
Ese dosel azul del firmamento,  
Con franjas de topacio  
Tu alcázar es, y el viento  
Que revuelve los mares es tu aliento.”

“Sin duda que es tu diestra  
La que empujó ese sol á su occidente :  
Sin duda tu siniestra  
Levanta lentamente  
Esa luna que asoma en el oriente.”

“Señor, te reconozco :  
En tus orbes ¡ oh Dios ! tu nombre leo.  
En el peñasco tosco  
Tu mano impresa veo :  
Tus obras hablan y en tus glorias creo.



Tal es el montecillo  
Donde la palma reina solitaria ;  
Do blando el cefirillo  
En su carrera varia  
Baña sutil la atmósfera incendiaria.

Elévanse á su espalda  
Dos sobrepuestos montes gigantescos  
Que riegan en su falda  
Arroyos puros, frescos,  
Entre peñascos cóncavos, grotescos.

Descúbrese á lo léjos  
Un humilde y pajizo caserío  
Del sol á los reflejos,  
Y por el valle umbrío  
Corre espumoso y cristalino el río.

Y es esta la palmera  
Que firme y colosal en sus cimientos,  
Inmóvil y altanera  
Burló los movimientos  
De los soles, las lluvias y los vientos.

Y es esta la apartada  
Pacífica mansion en que sin cuitas ;  
En soledad callada  
Sus penas infinitas  
Endulzaba el amor con blandas citas.

Allí la bella Elisa  
De Arturo las caricias recibia  
Con célica sonrisa  
Y cada nuevo día  
Escena igual de amor se repetia.

Algún flotante nido,  
De errante tortolilla única prenda,  
Un girasol cogido  
En la fragosa senda  
Era de Arturo la sencilla ofrenda.

Con flores que arrancaba  
Á la orilla de la onda pasajera  
Coronas mil formaba  
Y de su compañera  
La crespá orlaba y blonda cabellera.

Las aguas del torrente,  
Las libres y pintadas mariposas,  
Las flores que el ambiente  
Perfuman olorosas  
Sus tardes ocupaban deliciosas.

Y así se deslizaba  
El tiempo fugitivo hora por hora.  
De allí los separaba  
La oscuridad traidora  
Y los juntaba allí la blanca aurora.

Mas ¡ai! todo sucumbe  
Al tiempo ráudo, y nuestra edad florida  
Fuerza es que se derrumbe  
Fantástica y perdida  
Por el gran precipicio de la vida.

¿Palmera, que se hicieron  
Los que bajo tu sombra reposaron?  
¡Ai miseros! murieron.  
Las glorias que soñaron  
En la tumba con ellos encerraron.

En tanto tú, ahí te quedas  
Altiya siempre y siempre majestuosa,  
Y con el tiempo ruedas  
Sin que tu copa hojosa  
Al tiempo rinda su altivez pomposa.

Tal vez oirás mañana  
De ese pueblo los lúgubres lamentos  
Al son de la campana  
Que en ala de los vientos  
La muerte anunciará con sus acentos

Tal vez verás un día  
Ese pajizo pueblo consumido  
Del tiempo á la porfía:  
Tú misma en el olvido  
Á tu pueblo echarás, que será ido.

Ó nuevas poblaciones  
Levantarán modernos edificios  
De altivas dimensiones



Que con sus beneficios  
Traigan sus inquietudes y sus vicios.

Y la sencilla gente  
Que hora busca tu sombra regalada  
Bajará lentamente  
A su última morada  
Y será presto hasta de tí olvidada.

En tanto tú donosa  
Con voluble ademan mueves la frente,  
Y libre y caprichosa  
Ondulas blandamente  
Al dulce arrullo de la limpia fuente.

¡ Oh palma! en paz te queda  
Con tu alfombra de césped y tus flores :  
Benigno el sol te ceda  
Sus vivos resplandores  
Y la noche sus frígidos vapores.

Haces bien, Palma altanera,  
De estarte en tu soledad  
Que es tu mansion en verdad  
A mas de quieta, hechicera.

Haces bien, que este silencio  
Tan dulce que reina aquí,  
Palma, te lo envidio a tí  
Cada vez que lo presencio.

¿ Qué pedirá tu ambicion  
A la soledad callada  
Que no te dé, enamorada,  
En magnífica ilusion ?

¿ Quieres dulce claridad  
Y pálidos resplandores  
Benignos consoladores  
Del que ama la soledad ?

Ahí viene la blanca luna  
Por ese azul de los ciclos  
Sin que la ofusquen los velos  
De opaca nube importuna.

¿ Quieres músicas sencillas  
En tu plácido desierto ?  
Ya te darán su concierto  
Canoras las avecillas.

¿ Quieres brisa blanda y pura  
Cuya grata levedad  
A tu tronco dé humedad  
Y á tu ramaje frescura ?

Pídele su ambiente frio  
A la noche silenciosa  
Que te dará, bondadosa,  
Su benéfico rocío.

Si quieres púrpura y grana  
Para matizar tu frente  
La tarde resplandeciente  
Te dará su filigrana.

Y si apeteces tambien  
Luces cándidas y bellas  
Para sumergirte en ellas  
O para tocar tu sien,

Dile al alba encantadora  
Que te preste sus celajes  
Que son los ténues encajes  
Con que se viste la aurora.

Este solemne misterio,  
Esta soledad callada,  
Es, Palmera, tu morada  
Y tu pacífico imperio.

El tomillo y el clavel  
Depositán en el viento  
Para tí su dulce aliento  
Que te remiten con él.

Y si el blando cefirillo  
Te embalsama pasajero,  
Es que viene mensajero  
Del clavel y del tomillo.

¿Qué le envidiarás al hombre  
De la tierra soberano?  
Tal vez el orgullo vano  
De algun inútil renombre.

Él vive con las quimeras  
De su altivo pensamiento,  
Que desbaratan del viento  
Las ráfagas pasajeras.

Corre el mundo en su ambicion  
Buscando goces al pecho,  
Y siempre halla el mundo estrecho  
Su insaciable corazon.

Se forja en la mente ociosa  
Un error, un desvarío,  
Que ocupe, llene el vacío  
De su vida mentirosa.

Para eso tiene ciudades  
Con palacios y jardines,  
En los palacios festines  
Y en el festin liviandades.

Para eso entre copas de oro  
Hierve exquisito el licor  
Que da fuerzas al amor  
Y se las quita al decoro.

Entre olanes perfumados  
Dormitan ninfas tan bellas,  
Que comparadas con ellas  
Son los luceros menguados.

¿Y juzgas que esos olanes,  
Tanta joya y pedrería  
Del alma expulsa sombría  
La inquietud y los afanes?

¿Juzgas que allí la mujer  
Hechicera como un cielo  
Es de constancia un modelo,  
Es eterna en su querer?

¿Imaginas que el contento  
En su corazon se asienta?  
No, allí sopla la violenta  
Tempestad del sufrimiento.

No, Palmera: esa beldad  
Que tan cándida parece  
No es la azucena que croce  
Oculta en la soledad.

No, Palmera: esa hermosura  
De tez blanca y transparente,  
No es la paloma inocente  
Que se queja en la espesura.

No, Palmera: esa belleza  
De mirar lánguido y muerto,  
Es un verdugo encubierto  
Que está asechando su presa.

Tal es el hombre. Buscando  
Un porvenir mas risueño,  
Pierde, el mísero, su sueño,  
Y pasa la vida ansiando.

Luchando por evitar  
El carril de su destino,  
Busca el triste otro camino  
Que jamas puede encontrar.

Y allí va donde lo ordena  
El rigor irresistible  
De una fuerza que invisible  
O le salva ó le condena.

Y esa es tu mano, Señor,  
Que sobre todo se asienta,  
Que conjura la tormenta  
Y da á la luz su esplendor.

Esa es tu mano, Dios mio,  
Que enciende y despide el rayo  
En fácil, ligero ensayo  
De tu inmenso poderío.

Y si ese inmenso poder  
No me reserva en el cielo  
Un calmante al desconsuelo  
Del terrenal padecer;

Si tú no tienes coronas  
Deparadas para mí,  
Prefieres la palma, sí,  
Al hombre á quien abandonas.

Si ofendo tu majestad,  
Si yo deliro, perdon.  
Aquí está mi corazon  
Demandándote piedad.

Perdona.... Yo reconozco  
Tus bondades bienhechoras  
En esas aguas sonoras  
Que filtra el peñasco toseo.

Esta quietud hechicera  
Que yo respiro en el viento,  
De ti viene; y es tu aliento  
Que embalsama la pradera.

Sé que debo á tu bondad  
Esta inspiracion ardiente  
Con que fecunda mi mente  
La callada soledad.

Yo sé que en ese esplendor  
De la eminencia empinada  
Está la mano estampada  
Del soberano Hacedor.

Y sé que tienes coronas  
Reservadas para mí ;  
Que al árbol proteges, sí,  
Mas que al hombre no abandonas.

---

NEW YORK.

## EL AVE DEL VALLE.

---

Entona tu letrilla  
Y canta sin cesar, ave del valle ;  
En cántiga sencilla  
Tu triste voz se ensaye  
Desde que el alba en el oriente raye.

Y remontando el vuelo  
Del alto monte hasta la cumbre altiva  
Que se avecina al cielo,  
Suelta la voz cautiva  
Y en torno se derrame fugitiva.

En torno se derrame,  
Y estremeciendo el aire blandamente,  
Oyéndote se inflame  
La tórtola inocente,  
Y á par de tí suspire tristemente.

Que sepan léjas tierras  
El eco al escuchar de tu garganta,  
Que en estas hondas sierras,  
Entre aspereza tanta,  
Hai una ave tristísima que canta.

Ensaya sin descanso  
Tu cancion inocente y lastimosa  
Orillas del remanso,  
O de la selva hojosa  
Bajo la sombra espesa y deleitosa.

Cantando solitaria  
Aduerme la ansiedad que te fatiga ;  
Entona tu plegaria  
Bajo la sombra amiga  
Que grata teje la flotante espiga.

Que vives condenada  
A recitar tu pena y tus quimeras  
Del valle en la enramada,  
Sin que tus compañeras  
Respondan á tus quejas lastimeras.

Mas ¡ai, calla infelice !  
 ¿ Ese silencio de la selva umbría  
 Acaso no te dice  
 Que tu áspera armonía  
 No da al prado placer ni alegría el día ?

¿ Tú, de todas las aves  
 Que llenan dulces la floresta hermosa  
 Con sus gorgoros suaves  
 La ménos melodiosa,  
 Sola, en las ramas trinarás quejosa ?

La lóbrega tristeza  
 Que reina por do quiera, ave del vallo,  
 Verás con entereza  
 Sin que tu voz desmaye,  
 Sin que á su influjo tu garganta calle.

¡ Oh ! calle tu garganta :  
 Que no llegue tu acento á las ciudades,  
 Que si tu voz no encanta  
 En estas soledades  
 Do están tu amor, tu dicha y tus deidades ;

Si lánguida, abatida  
 En alas vuela de la brisa mansa,  
 Y es solo repetida  
 En triste lontananza  
 Por los ecos que halagan tu esperanza ;

¿ A qué esforzar el tono  
 Y que llegue del hombre á las naciones,  
 Si en ellas el encono  
 De miserables pasiones  
 Obstruye y cierra el paso á tus canciones ?

Reposa dulcemente  
 Orillas de la fuente encantadora,  
 No sea que imprudente  
 En vez de ave cantora  
 El grajo vil despiertes á deshora.

Y si ha de responderte  
 El lobo astuto con su aullido fiero ;  
 Si has de escuchar por suerte  
 El buitro carnívero  
 En vez de los compases del jilguero.

O si has de oír medrosa  
 De la serpiente el áspero silbido,  
 O de la vil raposa  
 El disonante aullido,  
 Antes dormita en reposado olvido.

Dormita, y recogiendo  
 Tu plumaje gentil de cien colores,  
 Sin voz y sin estruendo  
 Oculta tus dolores  
 Si es tu queja importuna y tus clamores.

## PARA UN ALBUM.

Fué un tiempo, Señora, (aun era yo niño)  
En que era mi vida risueño un pensil,  
En que eran mis sueños mas blancos que armiño,  
Mas lindos que el cielo del plácido Abril.

Do quiera que atentos vagaban los ojos,  
Hallaban, felices, un blando placer.  
Jamás los enfados, jamás los enojos  
Mis sueños de niño pudieron romper.

En lecho mullido de cándidas rosas  
Pasaba mis días en dulce embriaguez :  
Aun no amenazaban entónces furiosas  
Las negras pasiones mi quieta niñez.

Más vino del tiempo la mano inclemente ;  
Yo, niño y dormido, llegar no la vi :  
Los dedos helados me puso en la frente  
Y al frígido tacto los ojos abrí.

Sentí de repente funestos temores ;  
Revuelta, deshecha, mi cuna encontré ;  
Marchitas las rosas, ajadas las flores,  
Y yermas llanuras hollaba mi pié.

Hablé, mas no tuvo ni un eco mi acento :  
En hondos desiertos mi voz espiró.  
Canté, mas mi canto perdióse en el viento,  
Y solo un gemido mi voz contestó.

Sin eco los montes, sin voz, ni armonía,  
Deshecha mi cuna, marchita mi flor,  
Sin fuente sonora, perdido, sin guía,  
Busqué entre los hombres un mundo mejor.

Y el mundo engañóme. Oh, cómo á mis ojos  
Brilló la hechicera liviana mujer !  
Yo triste, á sus plantas cayendo de hinojos,  
Rendile, cautivo, mi vida y mi sér.

Busqué el blando halago de aquellas sonrisas  
Que en labios de rosas vagaba sutil,  
Y nunca mas dulce me fueron las brisas  
Que un tiempo aromaban mi edad infantil.

Hablé con el alma de amor el lenguaje ;  
Voraz un incendio mi pecho abrasó ;  
Mi vida, mi todo, rendí en vasallaje  
Al sér prepotente que mi alma humilló.

Más pronto las gratas ficciones huyeron ;  
El Dios que adoraba marchóse veloz ;  
El ídolo, el ara, deshechos cayeron,  
Y el templo quedóse sin culto y sin Dios.



Los ojos llorosos, el alma turbada,  
 Consuelo á mi pena busqué en la amistad :  
 Lancéme á su seno. Mi mente encantada  
 Pensaba en sus brazos hallar la verdad.

¡ Error !.... de sus labios salió la impostura  
 Brillando sus ojos con blando interes,  
 Su voz resonando simpática y pura  
 En lo hondo albergaba mentira y doblez.

“ PUES BIEN, Á LA GLORIA,” grité entusiasmado,  
 Y al nombre de gloria vibró el corazon :  
 Pulsé yo mi lira, sentíme inspirado,  
 Y súbito al viento lancé mi cancion.

Mas ai ! que en lugar de los himnos triunfantes,  
 Que yo en mi delirio pensaba entonar,  
 Del arpa se oyeron salir espirantes  
 Los ayes dolientes de eterno pesar.

Y apénas de la ámplia corona de gloria  
 Un ramo tan solo tocaba mi sien,  
 Que ya me pesaba la insulsa victoria,  
 Y el ramo, ostigado, rompí con desden.

Así yo arrastraba mi triste agonía,  
 El alma desierta, los ojos sin luz,  
 Cual yerto cadáver que en tumba sombría  
 Su fúnebre losa soporta y su cruz.

Mas vos indecisa llegásteis, Señora,  
 La frente encendida de casto rubor,  
 É incierta, turbada, á mi arpa sonora  
 Pedisteis un canto de angustia ó de amor.

Entónces las selvas oyeron mi acento ;  
 En hondos desiertos mi voz no espiró ;  
 Mis cantos vibraron en alas del viento  
 Y el eco de nuevo mi voz contestó.

Y aquestas endechas que cuentan mi historia,  
 Con sonos dolientes, al punto entoné ;  
 Si quedan grabadas en vuestra memoria  
 La palma del triunfo, Señora, obtendré.

La bella esperanza de gloria tan nueva  
 Me exalta, me llena de noble ambicion ;  
 Mi angustia pasada, mi enfado se lleva,  
 Y deja en el alma su dulce ilusion.

¡ Oh ! gracias, Señora, me habéis inspirado.  
 ¿ Mi gloria presente con qué os pagaré ?  
 Mis cantos y mi arpa nomas me han quedado ;  
 Y mi arpa y mis cantos en pago os daré.

Y puesto que os debo la dulce quimera  
 Que vuelve á mis ojos la luz que perdí,  
 ¡ Oh ! quieran los cielos que sea duradera,  
 ¡ Oh ! nunca su magia se aparte de mí.

## MEDITACION.

---

Es la hora deliciosa de la tarde.  
El sol envuelto entre dorada nube,  
Cual vespertino, espléndido querube  
Hace de su poder soberbio alarde.

Quiebra sus dardos ricos, luminosos,  
En el ténue vapor que lo circunda  
Y el suelo, el monte, el mar y el cielo inunda  
De sus varios colores misteriosos.

Con régia majestad baja á su ocaso,  
Y á proporcion que la tiniebla crece,  
Descolorido el mundo empalidece  
Teñido de un color blanco y escaso.

Mas esta palidez encantadora,  
Con su vaga, fugaz melancolía,  
Lleva hasta el pecho, de su calma pía  
La languidez feliz y bienhechora.

Horizontes sin límites, profundos,  
Ruedan y se dilatan á lo léjos  
Do puso mil colores, mil reflejos  
El Escultor sublime de los mundos.

Las estrellas avanzan lentamente  
Como flotantes lamparillas de oro  
Con que ilumina el azulado coro  
El ángel de la noche transparente.

De los montes las cumbres ondulosas  
Flotan en el azul del éter vago,  
Cual los abismos del celeste lago,  
Sus crestas levantando tenebrosas.

Todo es magnificencia en las alturas :  
Globos sin fin la vasta esfera encierra :  
Todo es allí grandeza, y en la tierra  
Reposo, ambiente, amor y esencias puras.

La creacion parece que despliega  
De su nocturna pompa los primores  
Para obsequiar al sér que estos fulgores,  
Y tanta luz en los espacios riega.

La luna emperatriz, limpia, sin velos,  
Es el fanal de paz y de alegría  
Que ilumina la inmensa galería  
De esta régia funcion que dan los cielos.

¿ Por qué entretanto yo, triste, turbado,  
Sentado de mi valle en la eminencia,  
Al contemplar de Dios la omnipotencia,  
De mí mismo á pesar, gimo angustiado ?

¿ Quién á mi delicioso sentimiento,  
Quién á mi dulce y celestial delirio,  
Quién á mi blanda paz mezcla el martirio  
De un extraño pesar ?..... Mi pensamiento.

Él me revela ¡ oh Dios ! la soberana  
Obra de tu poder que atento miro ;  
Mas me dice también que si hoi la admiro  
Yo, sér mortal, la perderé mañana.

Por él el corazon pretende ansioso  
Hallar tu forma y conocer tu esencia ;  
Mas de su necedad, de su impotencia  
Hasta el abismo rueda tenebroso.

Te busco de la noche entre los velos,  
Te busco en el espacio constelado,  
Y en esas luces mil que has derramado  
En las profundidades de los cielos.

¿ Mas qué me dicen al buscarte en ellas ?  
Que cuando hacer el mundo resolviste,  
Entre el hombre y tu trono interpusiste  
Tu magnífico pórtico de estrellas.

Miro la creacion y me deslumbra ;  
En tus obras, Señor, tu poder leo ;  
Sospecho lo que habrá por lo que veo  
En ese mar de soles que me alumbra.

Y al ver resplandecer tanto sistema,  
Polvo que huella tu gigante paso,  
Siento la fuerza inmensa de tu brazo  
Y me anonada mi impotencia extrema.

Pienso en el tiempo, en ese mar profundo,  
Cuyas ondas se agitan incansables,  
Y para cuyos senos insondables  
Cien siglos son iguales á un segundo.

Y al comparar mi instante diminuto  
Con esa eternidad que te reservas,  
Desdén el sér ¡ oh Dios ! que me conservas  
Y mi angustiada vida de un minuto.

Miro el éter azul, ilimitado,  
Que cuanto mas se mide, mas se extiende,  
Cuyo confin la mente no comprende  
Por mas que añada el cálculo cansado.

Miro ese campo inmenso y esplendente  
De sistemas sin fin, de orbes flotantes,  
Ese enjambre de mundos rutilantes,  
Que no hai signo en la tierra que los cuente ;

Y al ver la inmensidad de ese conjunto  
Donde el ojo del hombre se extravía,  
Siento entónces que yo, polvo de un día,  
Ocupo en él un invisible punto.

Así pasan mis horas silenciosas  
Entre la admiracion y el descontento;  
En alas vago ya del manso viento,  
Ya abandono mis miras ambiciosas.

En el libro inmortal del infinito  
Á veces un renglon de muerte leo  
Y un ¡ai! oculto y fugitivo veo  
En sus eternas páginas escrito.

Ved entretanto al pobre campesino  
Que entusiasmado de placer delira;  
Tambien la creacion absorto admira  
Junto á su techo rústico y mezquino.

Nada revela en él pesar ni duelo,  
Todo es deleite el venturoso aldeano:  
Sostiene el hacha su robusta mano  
Que suelta al fin para mirar el cielo.

Vaga en sus labios plácida sonrisa,  
Le interesan la luna y las estrellas,  
Y del sol que se va, las blancas huellas,  
Y el cielo azul y la nocturna brisa.

¿ De dónde viene la embriaguez intensa  
Sin mezcla de inquietud que le domina?  
¿ Por qué solo venturas imagina  
En cuanto siente y ve? Porque no piensa.

Bendito el hombre que en los campos mora,  
Cuya feliz, pacífica ignorancia,  
Le muestra de las flores la elegancia  
Y le esconde la espina punzadora.

Bendito el labrador manso, inocente,  
Que oculta su cabaña entre las breñas;  
Para ese son las márgenes risueñas  
Y el agua que susurra mansamente.

Para ese son los ecos armoniosos,  
De las aves errantes el concierto,  
Porque ese nunca de un futuro incierto  
Intenta alzar los velos misteriosos.

Y para mí serán, no las venturas  
Del aldeano feliz que no medita,  
Sino la escena de su paz bendita  
Y de su fácil vida las dulzuras.



## IMPRESIONES DE TEATRO.

---

Venid impresiones, venid armonías,  
Volad cual visiones en torno de mí.  
Venid.... Los dolores, las penas sombrías,  
Entrada importuna no tienen aquí.

Llegad, ilusiones, que absorto contemplo  
Y en alas llevadme del dulce placer.  
Yo sé que es el teatro magnífico el templo  
Do se obra el misterio de vuestro poder.

Do quiera un deleite mi vista columbra;  
Fantástico un mundo se pinta á mis piés;  
Un piélago inmenso de luz me deslumbra  
De cintas y gasas flotando al través.

Escucho el acento de música leve  
Que lleva hasta el alma su encanto feliz;  
Divisan los ojos mil rostros de nieve  
Do mezcla la rosa su rico matiz.

Esencia exquisita perfuma el ambiente  
Que exhalan los broches del blanco clavel,  
Ingertos prendidos al seno esplendente  
De ninfas mas bellas que el fresco vergel.

Allí se despliegan gallardas las flores;  
Ya no echan de ménos la fuente gentil  
Ni de la floresta los tiernos cantores,  
Ni el que abandonaron, risueño pensil.

Y allí cual retoño las vírgenes rosas  
Ostentan lozanas su fresco arrebol,  
Pues ven en los ojos de tantas hermosas  
Su fuente, su prado, su cielo y su sol.

¡ Oh ! todo me exalta, me ciega, me encanta :  
¡ Oh ! todo me presta su fuerte ilusion.  
Me llena el artista de amor si amor canta,  
Me aterra si finge una horrible pasion.

Si veo que suspira de amor y ternura,  
Si exhala un gemido, si miente un pesar,  
Mis ojos derraman simpática y pura  
De llanto una gota que quema al rodar.

¡ Oh ! do quiera un cielo mi vista columbra ;  
Fantástico un mundo se pinta á mis piés.  
Un piélago inmenso de luz me deslumbra  
De cintas y gasas flotando al través.



¿Quién es esa bella que Vénus no iguala  
Sin ricos tocados de regio valor,  
Que lleva por lujo, que lleva por gala  
En el albo traje prendida una flor?

¿Quién es la que puede con solo una rosa  
Posada en el seno mi pecho inflamar?  
Quién es esa fada, quién es esa hermosa  
Sin oro, sin sedas que sabe encantar?

¿Por qué extraño modo, por qué arte del cielo  
Tan linda parece su faz virginal?  
¿Deberá su encanto que causa mi anhelo  
A adorno tan pobre, tan simple y trivial?

Desprende, señora, del cándido seno  
Esa que me ciega magnífica flor.  
Que sepa si es causa del mal con que peno,  
Si influye en tu encanto y aumenta mi amor.

Que al caer en el suelo la flor desgajada  
Yo pueda de nuevo mirarte otra vez;  
Que sepa si es ella ó si es tu mirada  
Quien causa este daño, quien da esta embriaguez.

Mas ¡ai! yo deliro. Detente, señora,  
No arranques del seno la mágica flor.  
Si tú destrozaras la flor seductora  
No fuera por eso tu encanto menor.

Mas ya te levantas y dejas el trono  
En donde cual reina brillabas sin par.  
¡Te vas y nos dejas en tanto abandono!  
¡Te vas y nos robas tu célica faz!

Te vas, sí: cesaron la música, el canto,  
Las risas que me hacen el seno latir.  
De nuevo el fastidio, de nuevo el quebranto  
El alma angustiada vendrán á invadir.

Así se consume la mísera vida  
Buscando un contento difícil de hallar;  
Para una ventura tal vez desabrida,  
Un mar de tristezas debemos surcar.

Mas ¡ai! yo te espero mañana, señora;  
La rosa no dejes en triste viudez,  
Al son de la orquesta brillante y sonora  
Espero en tu seno mirarla otra vez.



## HOMENAJE A BOLÍVAR.

### DESAHOGO PATRIOTICO.

Léjos de mí la temeraria idea  
De cantar al Caudillo Americano :  
El corazon ardiente lo desea,  
Mas no le es dado á mi inexperta mano.

Yo desahogar el alma fatigada  
Intento solo en mi cantar sencillo  
Nó celebrar con arpa destemplada  
Y ronca voz al inmortal Caudillo.

Ni puedo yo abarcar su inmensa historia,  
Su carrera inmortal, alta y triunfante ;  
Penetrar en el templo de la gloria  
No puede un alma loca y delirante.

¡ Oh ! yo podré cantar el desvarío  
Del alma ansiosa que en su afan delira,  
Y el escozor que nos sorprende impío  
Aun entre el son de la templada lira.

Yo podré describir del mar hambriento  
El furor con que azota la ribera,  
El horrísono son, el ronco acento  
Con que romper pretende su barrera.

O la tonante nube que revuelta  
De negra tempestad viene preñada,  
Y de su seno ardiente el rayo suelta  
Con que aturde á la tierra consternada.

Yo cantaré el asombro que me inspira  
El enrisado monte y el torrente,  
O la calma feliz con que suspira  
Por entre el bosque la sonora fuente.

O la fragancia pura y delicada  
Del aura que embalsama la pradera  
Cuando Flora sacude, enamorada,  
Su blonda y perfumada cabellera.

Estos los tonos son, pobres, triviales,  
Dignos tal vez de mi discorde canto :  
¿ Cómo cantar virtudes inmortales ?  
Mi intimidada voz no aspira á tanto.

Otros vendrán cuya alma ardiente, inquieta,  
Sepan honrar al Grande Americano,  
No yo, vulgar y tímido poeta  
De débil voz y de cantar profano.

Mas quiero respirar de esta fatiga  
Que sin descanso el pecho me atormenta,  
Que en bronco canto á prorumpir me obliga  
Y que mi cauta timidez ahuyenta.

Yo quiero respirar. Dejad que cante  
Aunque mi acento en el olvido muera,  
Aunque mi voz discorde y espirante  
Salga apagada y salga la postrera.

¡BOLÍVAR!.... oh! perdona si te nombra  
Quien á cantar tus glorias no se atreve;  
Mi raquílica voz, ilustre sombra,  
Morir sin duda en el silencio debe.

BOLÍVAR!.... Dicen que surcando vienes  
El ronco mar entre ínclitas naciones  
Dosel formando á tus ilustres sienes  
Con sus cuatro pujantes pabellones.

Dicen que en pos de tí vienen llorosas  
Tres jóvenes repúblicas hermanas  
Orlas tejiendo de fragantes rosas  
En honor de tus glorias soberanas.

Sobre el sepulcro ornamentado y yerto  
Dicen que un beso estampan expresivo  
Y en su arrepentimiento honran al muerto  
En desagravio del ilustre vivo.

Dicen tambien que tus sagrados restos  
Serán en urnas de oro colocados;  
Dicen que el pueblo espléndidos aprestos  
Tiene para ensalzarlos preparados.

Si esto es verdad, mis manos cuando llegues,  
Banderas tejerán de seda y oro  
Para inscribir en sus flotantes pliegues  
El nombre de la patria que yo adoro.

Si esto es verdad, mi flauta disonante  
Al entonar su humilde cantinela  
Méenos bronca será cuando ella cante  
Las glorias de mi dulce Venezuela.

Oh! ven. Calló la maliciosa insidia;  
Tráigante al puerto las henchidas lonas;  
Tú fuiste ayer el blanco de la envidia;  
Hoi para tí se tejerán coronas.

Así el disco del sol es mas divino  
Despues de oscura y tempestuosa noche,  
Cuando á su rayo rojo y matutino  
La flor despliega su encendido broche.

Así la alta virtud es mas sublime  
Despues de la calumnia horrible y dura,  
Cuando rota la nube que la oprime  
Su faz presenta candorosa y pura.

Ven, que el tiempo pasó de tu martirio:  
 Ven y saldrán las gentes á millares  
 Solo á verte pasar, y en su delirio  
 Templos tambien te elevarán y altares.

Y tu nombre será de boca en boca  
 En tu patria por siempre repetido,  
 Y por el eco que de roca en roca  
 Vaga en los Andes frígidos perdido.

Y coronas de blancas azucenas  
 Pondrán sobre tu tumba silenciosa,  
 É inscripciones sin fin de afectos llenas  
 Esculpirán, doradas, en tu losa.

¡ Al Jefe de la América inscripciones !  
 ¿ Quién las pondrá con atrevidas manos ?  
 ¡ Honor comun que rinden las naciones  
 Ora á sus héroes, ora á sus tiranos !

Fuera toda inscripcion. Ninguna encierra  
 Harto valor, grandeza y energia.  
 ¿ Queréis honrar al grande de la tierra ?  
 Poned: BOLÍVAR, en su tumba fria.

Ese nombre será la voz hermosa  
 Que hable á la mente con poder divino;  
 Será la cifra espléndida y gloriosa  
 Del mas bello y magnífico destino.

Será para la patria enaltecida  
 De gloria un sol, radiante y esplendente  
 Que nos deslumbrará cuando despida  
 Un rayo de su luz en nuestra frente.

Será cual faro en empinada cumbre  
 Que en la noche fatal de la anarquía  
 Con los vívidos rayos de su lumbre  
 Rompa la sombra y nos devuelva el dia.

A ese mágico nombre, los valientes  
 Saldrán de sus sepuleros olvidados  
 A visitar la tumba, reverentes,  
 Y á besar sus faldones enlutados.

Y sus livianas sombras vaporosas  
 Léjos del hombre y del mundano ruido,  
 Murmurarán sus preces misteriosas  
 En rededor del gran reciénvenido.

Vendrán tambien allí sin pompa vana  
 A deponer los olvidados reyes  
 Ante la gran virtud republicana  
 Su falso brillo y sus vetustas leyes.

Y al mirar sin coronas sus cabezas,  
 Jefes sin nombre, reyes destronados,  
 De su poder pasado las grandezas  
 Llorarán y sus timbres olvidados.

A su nombre las célicas deidades  
Que el templo santo cuidan reverentes  
Por el Caudillo al Dios de las bondades  
Levantarán sus manos inocentes.

Y bajarán los blancos serafines  
A bendecir y custodiar su sombra,  
Y regarán suavísimos jazmines  
Que al Héroe sirvan de fragante alfombra.

Alados niños poblarán el templo  
Y correrán el velo á los altares,  
Y las vírgenes puras á este ejemplo  
Entonarán sus místicos cantares.

Tal vez el aire llenarán y el coro  
Blancas nubes de incienso que movibles  
Se elevarán del incensario de oro  
Sustentado por manos invisibles.

Y un piélago de luz las sombras vanas  
Vendrán á disipar, tristes y frías,  
Y en el coro se oirán voces lejanas  
Derramando celestes armonías.

BOLÍVAR!... oh! perdona si te nombra  
Quien á cantar tus glorias no se atreve:  
Mi raquílica voz, ilustre sombra,  
Morir, sin duda, en el silencio debe.

En vano mi arpa resonar desea;  
No te puedo cantar, genio del mundo,  
Al intentar la espléndida tarea  
En mí nada; ¡infeliz! me aniego y hundo.

No puede celebrar tu grande nombre  
Un trovador cual yo, torpe y oscuro;  
Para que el mundo á su esplendor se asombre  
Basta su brillo deslumbrante y puro.

No me es dado tocar con torpe mano  
Espléndido el tesoro de tu gloria,  
Ni debo yo con mi cantar profano  
El brillo deslustrar de tu memoria.

Gracias que pueda en mi emoción violenta  
Alzar la frente de la tierra impura  
Para evocar tu sombra macilenta  
Del templo santo entre la sombra oscura.

Y un ramo colocar sobre tu losa  
Tributo humilde de un cantor profano  
Que al llegar á tu tumba silenciosa  
La lira suelta su convulsa mano.

Paz al Caudillo!.... Ya su sombra augusta  
Miro vagar por el recinto santo,  
De su visión el esplendor me asusta  
Y turba y rompe mi apagado canto.



Y entreábrese mis manos agitadas,  
De ella se escapa la sonante lira,  
Y sus doradas cuerdas destrozadas  
La débil voz en la garganta espira.

---

## LAS ORILLAS DEL RIO.

---

Inquieto, transparente,  
Ya dócil, ya bramando,  
En su lecho de plata refulgente  
Undoso el Choroní corre impaciente;  
Y sus ondas regando,  
Va sus verdes orillas matizando.

¡Cuán diáfano retrata  
Los techos de verdura  
Y los peñascos en su linfa grata!  
Su blanca espuma se disuelve en plata,  
Y reluciente y pura  
La arena, en lo hondo, cual cristal fulgura.

Ayer tal vez rugiendo,  
Por la borrasca hinchado,  
Con ronco son y pavoroso estruendo,  
Iba su linda margen convirtiendo  
En yermo desolado,  
Ahuyentando las aves y el ganado.

Hoi gusta los olores  
Del aire gemebundo:  
Sosegado y gentil bulle entre flores:  
Pasa festivo susurrando amores,  
Y libre y vagabundo  
Corre á su eternidad.... ¡el mar profundo!

Con rapidez extrema  
Rodando sus cristales,  
Es de la vida frágil el emblema,  
Que arrastrando consigo su anatema,  
A abismos eternos  
Va á deponer sus glorias y sus males.

¡Bellísimas mansiones!  
¡Pacíficos lugares  
Tan llenos de quiméricas visiones!  
¿Por qué vibran tan dulces vuestros sonos?  
¿Lloráis vuestros pesares,  
Rios, por qué váis á hundiros á los mares?

¿ O es el eterno beso  
De rústicas deidades  
Quien da sus tonos al follaje espeso ?  
¿ Quién puso y para qué tanto embeleso  
En estas soledades,  
Y prodigó á las aguas sus bondades ?

¿ Sobre estos bordes frios  
Qué númen bondadoso  
Puso estos verdes árboles sombríos ?  
¿ Qué espíritu de paz mora en los rios,  
Y duerme voluptuoso,  
Al son de su concierto melodioso ?

No pienso con locura  
Que el eco peregrino,  
Con que la onda pacífica murmura,  
Que suena al corazón con la dulzura  
De un cántico divino,  
Murmura sin razón y sin destino.

¿ Qué importa la alegría  
Con que la tierra alienta,  
Si esta agreste, selvática armonía  
Muere y se pierde en la ribera umbría,  
Si no hai, cuando la ostenta,  
Vista que goce y corazón que sienta ?

Oculto inteligencia  
Acaso se recrea  
En este blando asilo de inocencia :  
Del bosque aspira la fragante esencia,  
Sus bóvedas pasea,  
Y el fresco de sus sombras saborea.

Acaso el manso viento  
Que en la floresta gira,  
Ó en torno de las ondas, es su aliento.  
Tal vez este rumor con cuyo acento  
La soledad suspira,  
Es la música eterna de su lira.

Arcángel invisible  
Que vaga en la espesura ;  
Por quien suspira el céfiro apacible ;  
Espíritu intermedio entre el temible  
Autor de la natura,  
Y su frágil y humana criatura !

Él sabe si el ambiente  
Que hora manso resuena,  
Es el mismo que, á veces inclemente,  
Y vuelto tempestad, brama impaciente  
En la floresta amena,  
Y de ruina y destrozo el campo llena.

Él entiende el idioma  
De la onda que se aleja ;  
El arrullo de amor de la paloma  
Sabe dónde su olor halla la aroma,  
Y si la encina añeja  
Cuando arma su clamor canta ó se queja.

Él sabe quién marchita  
La flor que nace apénas :  
En qué cavernas lóbregas habita  
El eco solitario ; quién agita  
Las auras de olor llenas :  
Dónde y cómo germinan las arenas.

Y este ángel solitario,  
La tierra que murmura  
Convirtiendo en magnífico incensario,  
Presenta á Dios este lamento vario  
Como la esencia pura  
Que á su criador ofrece la natura.

Y este clamor del suelo,  
Que se alza por do quiera,  
Este himno universal tomando vuelo  
Sube de sol en sol, de cielo en cielo,  
Y de una en otra esfera  
Llega al trono de luz do Dios impera.

Tus génius ó tus fadas,  
¡ Oh ! dime dónde habitan,  
Hermoso Choróni ? ¿ Son sus moradas  
Tus flotantes y verdes enramadas  
Que nunca se marchitan,  
Ó en tu onda sobrenadan y se agitan ?

¿ Habitan de las peñas  
Los ántros tenebrosos,  
Ó vagan en tus márgenes risueñas ?  
¿ Se bañan en las aguas que despeñas,  
O danzan tumultuosos  
Bajo tus frescos árboles frondosos ?

¿ En rápida barquilla  
De nácar reluciente,  
Con mástil de oro y con dorada quilla  
No van surcando tu frondosa orilla,  
Ó en brazos del ambiente  
No se dejan llevar de tu corriente ?

¿ Feliz, feliz quien mira  
Tus márgenes serenas,  
Y con tu paz fantástica delira.  
Quien mezcla los acordes de su lira  
Al ruido con que sueñas  
Cuando arrastras tus límpidas arenas !

Pacífico, contento,  
Perdido en tus riberas,  
Mi discordante voz soltaré al viento ;  
Y libre allí del cortesano aliento,  
Tus linfas pasajeras  
Serán mi amor, mi mundo y mis quimeras.

Me servirán de alfombra  
Las hojas que derrama  
El árbol colosal bajo su sombra ;  
De templo ese infinito que me asombra,  
Y la menuda grama  
De mullido cojín ó blanda cama.

Prepararé gozoso  
Mi caña y mis cordeles,  
Y bajaré á tu márgen deliciosa ;  
Será mi alcázar tu javillo umbroso,  
Sus ramas mis doseles,  
Y tu rústica orilla mis vergeles.

El dulce pajarillo  
Reposará su vuelo,  
Bajo la espesa rama del javillo ;  
En tanto que el plateado pececillo,  
Incauto y sin recelo,  
Vendrá él mismo á prenderse en el anzuelo.

Con paso acelerado  
Acaso me encamine  
A tu orilla gentil ; allí sentado  
El libro celestial leeré arrobado  
Del tierno Lamartine,  
Su canto oyendo hasta que el sol decline.

Así la dulce vida  
Pacífica y ligera  
Bajo tu sombra pasará escondida ;  
No entre el placer que brinde fementida  
La corte lisonjera ;  
Para acabar mas presto mi carrera.

Como la frágil rosa,  
Cortada en los jardines  
Para adornar la frente de una hermosa,  
Que entre música blanda y sonora,  
Damascos y cojines,  
Perece ántes de tiempo en los festines.



## EL PESCADOR Y EL PEZ

6

## LAS COMPENSACIONES.

## APÓLOGO.

En la orilla pacífica y desierta  
De un silencioso lago,  
Y de la brisa incierta  
Al apacible y cariñoso halago,  
Sentado en tosca peña  
Un labrador estaba  
Y en la vision risueña  
De la naturaleza se gozaba.

Del lago entre las aguas  
Azules, transparentes y serenas  
Mil tiernos pececillos,  
Alegres revolviendo las arenas  
De su mansion acuática, los brillos  
De su plateada escama reflejaban,  
Y á devorar las migas se lanzaban  
Del pan que nuestro aldeano  
Por divertir sus ocios  
Les arrojaba con benigna mano.

Mas ¡ah! que apénas prueban  
El alimento grato  
Cuando un cetáceo enorme  
Que allí conduce su destino ingrato,  
Se avanza majestuoso  
Cual rei de aquella turba,  
Y el habitual reposo  
De las aguas pacíficas perturba.  
Con ademan soberbio gira en torno  
Terror llevando, estrago y servidumbre,  
Y al instante se ve de aquel contorno  
Desparecer la débil muchedumbre.  
No hai que esperar. La muerte  
Difunde al golpe de su fuerte cola  
Y la cuadrilla inerte  
Probar no puede una migaja sola.

Huyendo del amago  
Los peces infelices  
Entre las peñas cóncavas del lago  
Á guarecerse fueron,  
Y libres del estrago  
En estas tristes quejas prorumpieron.



“¡Qué desgraciados somos! ¿Por qué quiso  
 Que fuese nuestra herencia  
 La timidez, la débil impotencia,  
 El alto sér que débiles nos hizo?  
 ¿Por qué con el vigor y el fuerte diente,  
 Con la pujanza y brio  
 De ese animal potente  
 Que nos acosa impío  
 La fuerza no nos dió y el poderío?  
 Y no que despreciables,  
 Raquíticos, menguados,  
 Vasallos miserables,  
 Á ocultarnos corremos espantados  
 Tan solo á los asomos  
 De un sér robusto y fuerte?  
 ¡Cuán desgraciados somos!  
 Cuán mísera y precaria es nuestra suerte!”

El labrador en tanto  
 Teniendo á gran fortuna  
 De aquella digna presa  
 La aparicion felice y oportuna,  
 Y como un bien juzgando  
 (Así sucede á veces)  
 Lo que los tristes peces  
 Como un gran mal estaban lamentando,  
 Su anzuelo al punto y su cordel prepara;  
 El cebo fementido  
 Al lago lanza luego;  
 Y cuando el peje de ambicion henchido  
 En la carnada pérvida repara,  
 Desatentado y ciego  
 Un círculo describe,  
 La cola extensa agita  
 Y sobre ella voraz se precipita.

¿De qué le sirve al triste  
 Su fuerza y poderío  
 Si el hombre prepotente  
 Lo vence y lo somete á su albedrío?  
 En vano lucha y brega  
 Por sacudir el encorvado acero  
 Que le traspasa el alma:  
 Su fuerza en vano y su vigor despliega.  
 Silba el cordel y al viento  
 Transmite agudos sonos;  
 En vano entre violentas convulsiones  
 Se sacude el cautivo en su elemento,  
 Que en esta fuerte lucha al fin vencido  
 Del hombre triunfador ante las plantas  
 Viene su rabia á deponer rendido.

Las tímidas sardinas  
 Que este infausto suceso presenciaron,  
 El fin, horrorizadas,  
 Vieron del que ellas su señor llamaron;  
 Causándoles en tanto  
 Su caída lastimera  
 Mas impresion y espanto  
 Que su funesta elevacion primera,  
 Y olvidando del todo su quebranto  
 Dijeron entre sí de esta manera:

“¡Qué injustas, ai, que somos!  
 Si huye espantada nuestra tribu inerte  
 De un poderoso sér á los asomos;  
 Si es misera y precaria nuestra suerte;  
 Ciertó es también que la ambicion del fuerte,  
 Sus honores, sus locas esperanzas,  
 Engendran descontentos, asechanzas,  
 Lazos, traiciones y espantosa muerte.”

---

## A BARÍNAS.

---

¡Salve hermosa Barínas! ¿Será cierto  
 Que en aras de la patria depusiste  
 La discordia vulgar, funesta y triste  
 De aplausos mil al vívido concierto?  
 ¿Es verdad que tus hijos, que tus hombres,  
 Ya no son enemigos, sino hermanos?  
 ¡Oh! que yo sepa quiénes son; mis manos  
 Inscribirán en mármoles sus nombres,  
 Quiero un arpa pulsar; quiero para ellos  
 Tejer guirnaldas y arrojarles flores;  
 Quiero en su frente acumular honores  
 Y su triunfo ensalzar en himnos bellos.  
 ¿Y entre tantas hermanas inocentes  
 Que para festejarte te rodean  
 Quien te imite no habrá? ¿qué, no desean  
 Con el mismo laurel vestir su frente?  
 ¿Tendrás tú sola esas virtudes bellas  
 Á cuyo hermoso peso el alma gime?  
 ¿Por esa senda de virtud sublime  
 No habrá quien siga tus sagradas huellas?  
 Goza, señora del fecundo llano  
 De tu espléndido triunfo el bien inmenso.  
 Recibe, aspira el mercedido incienso

Que quema para tí mi torpe mano.  
 No olvides que el honor que has conquistado  
 Es un vaso bruñado, un caliz de oro  
 Que debes conservar como un tesoro  
 Para que no lo empañe el cierzo helado.  
 Recuerda que esos cándidos abrazos  
 Encierran ellos solos una historia  
 Que una corona cívica de gloria  
 Ciñe á tu frente con heróicos lazos.  
 Piensa que doce vírgenes hermanas  
 Viéndote están, despiertas á tu acento,  
 Que aplauden tu virtud, y al manso viento  
 Dan en tu honor sus músicas livianas.  
 Y no consientas, virgen, que el gemido  
 Que exhalaban sus pechos con encanto,  
 Cambie su almíbar en amargo llanto  
 De tus virtudes al funesto olvido.

---

### A MI AMIGO T. E. RÓJAS.

---

¿ Te quejas de que yo, sin ilusiones,  
 Dada á la ociosidad mi estéril vida,  
 El arpa rota ya, la voz perdida,  
 No alegre el valle mas con mis canciones ?  
 ¿ Quieres que yo tambien, ciego, en mal hora,  
 Por la ciudad el campo abandonando,  
 Abjure la quietud y el ocio blando  
 De esta mi soledad encantadora ?

De la ciudad habitador dichoso,  
 Si tú hallas el contento  
 En ese lago inquieto y engañoso,  
 Sin temor al relámpago ni al viento ;  
 Si cual marino intrépido te lanzas  
 Con alma sosegada  
 En medio de esa mar revuelta, airada,  
 De odios, de celos, vanidad é insidia,  
 Tu vida alborotada  
 Mi suerte quieta y plácida no envidia.

Aquí, donde se goza  
 Debajo de los árboles umbrosos  
 La calma suave de la paz sabrosa ;  
 Aquí, donde la mente  
 Libre de las pasiones tumultuosas  
 Que la ambicion produce, alegremente

Al traves de las selvas silenciosas  
 Vaga libre, feliz é independiente ;  
 Aquí, donde el contento  
 Las aromadas flores de los campos  
 Al pecho nos transmiten con su aliento ;  
 Aquí, sin mas testigo  
 Que la naturaleza bienhechora  
 Es que solo se vive, dulce amigo.

¿ Quién los campos risueños abandona  
 Por la insulsa mansion de las ciudades ?  
 ¿ Quién las agrestes grutas que festona  
 La yedra enredadora  
 Deja de las tranquilas soledades ?  
 Feliz aquel que mora,  
 De pretensiones ambiciosas libre,  
 Con la naturaleza encantadora.  
 Feliz el que suspira  
 Bajo el pajizo techo,  
 Por la sencilla aldeana  
 Conquistadora humilde de su pecho.  
 ¿ E iré yo torpemente  
 Dejando mis pacíficas mansiones,  
 A buscar de los hombres en el trato  
 Miseria, orgullo, vanidad, pasiones ?  
 Abjuraré por siempre  
 Las dulces pequeñeces en que abundo  
 Y las mil ilusiones  
 En que loco y fantástico me inundo ?  
 ¿ Qué, dejaré mi curso vagabundo  
 Por los riscos, los prados y los montes,  
 Y mi florido suelo  
 En cambio de otro cielo  
 Y por otros revueltos horizontes ?  
 ¿ Iré á las capitales  
 A disfrazar mis actos, á medirme,  
 Á decir francamente lo que hoí siento,  
 Para mañana ó luego arrepentirme ?  
 No : yo detesto sujecion tamaña  
 Y tanta esclavitud. Ser libre quiero.  
 No quiero ver escenas irritantes,  
 Pues con tanto disgusto considero  
 Al demagogo, que al trastorno aspira,  
 Como el sordo egoismo del logrero.  
 Quiero pulsar las cuerdas de mi lira  
 Bajo la fresca sombra  
 Que canciones patéticas me inspira.  
 Quiero vivir tranquilo  
 En dulce somnolencia,  
 Gozando de mi grata,  
 Meridional, apática indolencia.  
 ¿ No es mi suerte mas dulce y lisonjera

Que la del hombre vano  
 Que su vida fugaz y pasajera  
 Por adquirir poder consume insano ?  
 Decidlo, campos bellos,  
 Vestidos de esmeralda;  
 Decidlo, montes altos,  
 En cuya verde falda  
 Su seno abre la flor purpúrea ó gualda;  
 Decidlo, blandos sitios,  
 Grutas silvestres y árboles sombríos;  
 Decidlo, fuentes claras,  
 Y aguas sonoras de los limpios rios.

Aquí mi afan primero  
 Se reduce á buscar de peña en peña  
 El animal lijero  
 Que se oculta sagaz entre la breña.  
 A veces en la rama  
 Del árbol centenario busco un nido  
 De algun paují que llama  
 Á su esposa en idioma no aprendido,  
 Y por el campo plicido y florido,  
 De regocijo ciego  
 Corro, cual niño, si á encontrarlo llego.  
 ¿ Qué falta al corazon en este sitio,  
 Que á cuadro tan feliz y lisonjero,  
 Que á situacion tan bella corresponda ?  
 Un alma que me entienda y me responda;  
 Un amigo cual tú y un compañero.

## MI PENSAMIENTO.

¡ Oh dulce pensamiento que el alma toda llenas !  
 Ven y haz que ella disfrute una hora de placer,  
 Y aunque despues me abrumes con aflictivas penas  
 ¡ Oh pensamiento dulce y delicioso ! ven.

Ven á aclarar las sombras de mi melancolía ;  
 Ven de su largo sueño mi musa á despertar ;  
 Que abandonada yace la triste lira mía  
 Y tú, sus cuerdas de oro harás, tal vez, sonar.

Alegres armonías y cántigas de gloria  
 En trinos acordados no entonará mi voz.  
 Del peso que me oprime la lamentable historia  
 Tal vez cantara el labio con mas sonoro son.



¡Ai triste de quien todo lo pierde en este mundo,  
Del hombre la injusticia sufriendo sin cesar,  
Y en medio del combate, en su penar profundo,  
Una esperanza sola no atina á conservar!

Yo tengo, sí, la mia, y en ella mi consuelo:  
En ella mi delicia, mi gloria fundo yo.  
Mi oculto pensamiento, cual bello don del cielo,  
De mi cansada vida es la única ilusion.

¡Oh tú, mi pensamiento, oculto y misterioso!  
¡Oh como me consuela tu mágica vision,  
Entre la densa niebla del porvenir dudoso,  
En que vacila y teme mi incierto corazon!

Tal vez en el silencio con que mi fe te esconde,  
Cual ignorada llama de próximo volcan,  
Consiste tu dulzura que á mi penar responde  
Como responde el eco en vasta soledad.

En lo hondo de mi mente consoladora brilla  
Las sombras disipando del corazon tu luz,  
Cual vacilante antorcha que en lóbrega capilla  
Alumbra solitaria un túmulo, una cruz.

Ya viva yo dichoso, contento de mí mismo,  
Tú serás mi esperanza, mi prometido Eden;  
Ya ciego me derrumbe en espantable abismo  
Allí, fiel pensamiento, me seguirás tambien.

¡Oh! cómo mi destino me fuera insoportable  
Y el tiempo perezoso ver transcurrir sin tí!  
¡Oh! cómo de la vida el tedio perdurable  
Sin tu secreto encanto me viera sucumbir!

Perdido en las tinieblas, errante peregrino,  
Sin mano que me ampare, sin proteccion, sin luz,  
Y del revuelto mundo en medio el torbellino  
La sola luz que veo, mis glorias, eres tú:

Y corro de la vida el áspero sendero,  
Cual triste navegante que en proceloso mar,  
La vista nunca aparta del único lucero  
Que asoma en Occidente su vacilante faz.

¡Oh dulce pensamiento que el alma toda llenas!  
Ven y haz que ella disfrute una hora de placer,  
Y aunque despues me abrumes con afflictivas penas  
¡Oh dulce pensamiento y delicioso! ven.



## AL CIUDADANO ESCLARECIDO JOSÉ A. PAEZ.

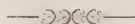
---

Me acuerdo que un tiempo, cuando era yo niño,  
Mi vida inocente volaba fugaz  
En medio mis dulces ensueños de armiño,  
En medio mis gratas visiones de paz.

Entónces los nombres sonoros de reyes,  
De excelsos varones de esfuerzo y valor,  
Que dieron al mundo vencido sus leyes  
Jamás afectaron mi tierno candor.

Sus nombres potentes pasaban cual ruidos  
Confusos y errantes de la tempestad,  
Que van por los valles rodando y perdidos  
Y que al fin se extinguen en la soledad.

Entónces el niño trivial que jugaba  
No pudo un enigma grandioso entender,  
Ni su alma novicia tal vez sospechaba  
La magia de un héroe, de un nombre el poder.



Pasó de la niñez la edad sencilla.  
Con los años tranquilos de la infancia,  
Mi dichosa, mi cándida ignorancia  
Con la quietud del corazón perdí.  
Era la edad fatal de las pasiones,  
Y al poder sucumbí de la belleza:  
Hecha volcán y lava mi cabeza  
La primer chispa del amor sentí.

Más ¡ai! que de este mi primer delirio,  
De este sueño feliz que me embriagaba  
De paz y amor, á veces me sacaba  
De la guerra frenético el clamor.  
Yo escuchaba decir que en sangre tinto  
Estaba entónces de la patria el suelo  
Y que sobre él lanzaba, airado el cielo,  
De la discordia el genio destructor.

Yo entónces pobre, jóven expatriado,  
En región apartada y extranjera,  
Conmovido escuché por vez primera  
Varios nombres gloriosos pronunciar;  
Y á Rivas, Giraldo, y á mil guerreros,  
Héroes que luego consagró la Historia,  
Culto santo rindióles mi memoria  
Y mi pecho simpático un altar.

Entónces vos, señor, mezclado estábais  
 Entre ese grupo hermoso de valientes;  
 Igual corona orlaba iguales frentes;  
 Igual fué la fatiga ó el honor.  
 Solo un genio sublime descollaba  
 En ese cielo límpido de estrellas,  
 Brillante sol, de quien tomaban ellas  
 Parte de su grandeza y esplendor.

¡ Bolívar! ¿ quién sin su celeste fuego,  
 Sin esa fé sublime de inspirado  
 Hubiera entre imposibles realizado  
 De redencion la empresa colosal?  
 Playas sin fin del placido Orinoco,  
 Contad la historia de sus hechos grandes,  
 Y vosotros tambien, soberbios Andes,  
 De tal figura digno pedestal.

La Patria al fin triunfó. De tantos héroes  
 La espléndida mision cumplida vióse,  
 Y entre éxtasis divinos sancionóse  
 El dogma celestial de la igualdad.  
 Otra era principiό, no de combates,  
 De sangre humana ni de luchas crueles,  
 Y fuerza era cortar nuevos laureles  
 Del árbol santo de la Libertad.

No de esa libertad, cuya bandera  
 Del demagogo la traicion escuda,  
 Con la que al pueblo víctima saluda,  
 Verdugo disfrazado en su ambicion;  
 Que nada puede hallar en su delirio,  
 Que en su balanza pérfida no iguale,  
 Lo mismo al necio ruin que al sér que vale,  
 Vicio, virtud, talento y corrupcion;

Sino la libertad inteligente,  
 Hija de Dios, de la virtud hermana,  
 Que sus fúlgidas tocas no profana  
 En loca orgia cual baquica deidad;  
 Que rechaza indignada la licencia  
 Vandalica y feroz cual torpe insulto,  
 Y acoge solo sacrosanto culto  
 Del saber, el honor, la probidad.

Y entónces fué, señor, que desplegásteis  
 De vuestras cien virtudes el tesoro,  
 Y en el viento se oyó grande, sonoro,  
 Vuestro mágico nombre resonar;  
 Fué entónces que la patria agradecida  
 Cien coronas de honor os decretaba,  
 Y palpitante el pecho sollozaba  
 Vuestra gloriosa historia al escuchar.

Y entónces comprendí que el valor solo  
 No constituye esa virtud suprema,  
 Esa gloria magnífica que quema  
 Y deslumbra con brillo celestial,  
 Cuyo rayo vivífico penetra,  
 Fecundante y creador, por todo el mundo,  
 Aun cuando oculte en un rincón profundo  
 Su llama bienhechora y perennal.

Entónces comprendí que era mas fácil  
 Tener un pecho firme, denodado,  
 Y la vida perder entusiasmado  
 Por sacudir infame esclavitud,  
 Que un corazón poseer del templo hermoso  
 Con que ha dotado Dios las grandes almas,  
 Que sus lauros deponen y sus palmas  
 Ante el augusto altar de la virtud.

¿Qué fué Alejandro vencedor del Asia ?  
 ¿ César que fué, que dominó la tierra,  
 Ni ese rayo moderno de la guerra  
 Que pudo un continente esclavizar ?  
 Vistos entre la sombra de los tiempos  
 Magníficos parecen sus destinos;  
 ¿Qué son de cerca ? ilustres asesinos  
 Que vinieron el mundo á ensangrentar.

Mas ser de los soldados el primero,  
 Ser en fama el primero y en acciones,  
 Y libre de vulgares ambiciones  
 Ser el primer esclavo de la lei ;  
 Desbaratar con mano poderosa  
 Y fuerte voz las guerras intestinas,  
 Es la santa misión de almas divinas,  
 Es ser mas que Sultán, Tirano ó Rei.

Sabed que solo el que salvó la Patria  
 Y grande la hizo, poderosa y fuerte,  
 Altares hallará cuando la muerte  
 Ahogue en su pecho el postrimer dolor ;  
 Y que en el cielo, Dios que fecundiza  
 Con su aliento creador las grandes almas,  
 Reserva sus coronas y sus palmas  
 Para quien fué de un pueblo, bienhechor.

Sabed que es solo la virtud sublime  
 La que deifica para siempre un nombre,  
 Y hace en la tierra que defiende, á un hombre  
 Un sér privilegiado, un semi-dios ;  
 Que para mil guerreros esforzados  
 Que ciñen el laurel de la victoria,  
 Un Washington nomas nos da la historia,  
 Y el Washington aquí, señor, sois vos.

Vos moriréis como él; como él la Patria  
 Os hará entónces públicos honores,  
 Y mil guirnaldas de inmortales flores  
 Sobre vuestro sepulcro depondrá;  
 Y cada hoja del sauce, cuyas ramas  
 Formen allí vuestro mortuorio lecho,  
 Será llevada al palpitante pecho,  
 Y una reliquia fúnebre será.

Entónces las matronas venerables,  
 El esposo feliz, el grave anciano,  
 Irán allí llevando de la mano  
 La tímida, inocente juventud;  
 Y al acercarse á la urna consagrada,  
 En su entusiasmo, en su delirio santo,  
 Sobre ella verterán copioso el llanto  
 De una profunda, eterna gratitud.

## PARA UN ALBUM.

¿ En horas de descontento  
 Cómo me pides un canto?  
 No hai quien no lance un lamento,  
 Quien no tenga un sufrimiento  
 Y quien no derrame un llanto.

¿ Cómo pretendes que ahora,  
 Cuando los poetas callan,  
 Pueda yo cantar, señora,  
 Cuando Venezuela llora,  
 Cuando las guerras estallan?

¿ Acaso es la poesía  
 Una planta que se riega  
 Con lágrimas de agonía,  
 Y su pompa y lozanía  
 Entre la sangre despliega?

¿ Acaso es flor que requiere  
 Las lágrimas por rocío,  
 Para que crezca y prospere,  
 Y por auras, del que muere  
 El suspiro ronco y frío?

Flor hechizo de la tierra  
 Se fecunda con la paz,  
 Y al ventarrón de la guerra  
 Su broche inocente cierra  
 Y esconde su olor fugaz.

Guarda, pues, tu libro bello,  
 Niña, para otra ocasion,  
 Que hoy rindo al pesar el cuello  
 Y no hai en mi alma un destello  
 De bendita inspiracion.

Cuando sopla el huracan  
 Y braman las tempestades,  
 Las aves místicas están  
 Y á buscar guarida van  
 Á sus hondas soledades.

Allí en silencio escondidas  
 No haya miedo que ellas canten;  
 Por el turbion sacudidas,  
 Sus notas serán perdidas,  
 Por mas que el tono levanten.

Porque el horrendo estampido  
 Del rayo devastador,  
 De los vientos el silbido,  
 Confunde el dulce gemido  
 De su trino encantador.

Deja que el blanco querube  
 De paz blanda y de consuelo,  
 Cuyo ruego hasta Dios sube,  
 Baje á disipar la nube  
 Que oscurece nuestro suelo.



Deja que el recio huracan  
Sus rayos lance temibles,  
Que estas ráfagas se irán  
Y otros vientos nos traerán  
Sus perfumes apacibles.

Entonces te contaré  
De mi retiro que encanta  
Los secretos que yo sé,  
Porque entonces hallaré  
Notas mil en mi garganta.

Te diré cómo la brisa  
Jugueteando entre las flores  
Blandamente se desliza,  
Robando al clavel que hechiza  
Sus gratísimos olores.

Cómo el genio vaporoso,  
Habitador de las peñas,  
Su quejido misterioso  
Presta y su acento armonioso  
Á los bosques y á las breñas.

Cómo corre y se dilata  
Entre márgenes amenas  
La fuente gentil y grata,  
Bullendo en la limpia plata  
De sus menudas arenas.

Cómo el árbol solitario  
Techos brinda y fresco abrigo,  
Contra el calor incendiario,  
Del follaje centenario,  
Bajo el pabellon amigo.

Cómo rosada la aurora  
Se levanta cual vision  
Vaporosa, encantadora,  
Y como el ave canora  
Saluda su aparicion.

Y cómo entonces la flor  
Despliega el pintado broche  
De vida lleno y de olor,  
Con los cien besos de amor  
Que al pasar le dió la noche.

Todo esto te contaré  
De mi retiro que encanta,  
Y mucho mas que yo sé,  
Porque entonces hallaré  
Notas mil en mi garganta.

Mas espera que el querube  
De paz blanda y de consuelo  
Cuyo ruego hasta Dios sube,  
Baje á disipar la nube  
Que oscurece nuestro cielo,

Y que el inquieto huracan  
Lance sus rayos temibles,  
Que estas ráfagas se irán,  
Y otros vientos nos traerán  
Sus perfumes apacibles.

## AL JÓVEN GRANADINO

QUE PUBLICÓ EN "EL DIA" DE BOGOTÁ

UNA COMPOSICION POETICA TITULADA "PAEZ."

Mancebo generoso,  
Que desde tu lejana residencia,  
Alzas valiente un canto  
Contra la torpe anárquica licencia  
Que el suelo de mi patria  
De oprobio cubre y funeral quebranto ;

Que en el ardor sublime en que te enciendes  
 El fuero sacrosanto  
 De los principios con valor defiendes....  
 Gratos son los acentos de tu lira,  
 Y hermoso el sentimiento que te inspira.

Eso que piensas tú lo piensan todos  
 Los que en el pecho sienten generoso  
 Latir un corazón; los que no mienten,  
 Por esa misma libertad que afrentan  
 Un respeto fingiendo que no sienten.

No hai quien no se pregunte consternado :  
 “¿Dónde está nuestra patria tan hermosa,  
 Hoi con su pobre suelo devastado  
 Y tan fecunda ayer y tan dichosa ?  
 ¿Dó está la vírgen bella,  
 Fiera y rebelde al yugo de los reyes  
 Que supo destronar, pero sumisa  
 Y obediente hija de sus propias leyes ?  
 ¿Dónde están esas glorias que ostentaba  
 En medio de la América altanera,  
 Porque la mas juiciosa se mostraba,  
 Por ser de sus hermanas la primera ?  
 Adónde están los hombres que supieron  
 La patria levantar á tanta altura,  
 Los que leyes benéficas le dieron,  
 Y en sus hombros bellísimos prendieron  
 La regia vestidura  
 Que á su rango elevado convenia ?  
 ¿Dó están los que algun día  
 En su temprana frente colocaron  
 La espléndida diadema,  
 Insignia del poder que le alcanzaron ;  
 Los que tanto en la paz como en la guerra  
 Con sus robustos brazos la ampararon,  
 Y entre las cien naciones de la tierra  
 Señora de sí misma la sentaron ? ”

“¿Ai tristes ! Hoi, proscriptos, expatriados  
 Vagando están en playas extranjeras,  
 Sin hogar ni familia ; divorciados  
 De las mil ilusiones lisonjeras  
 Que el suelo patrio para el hombre engendra ;  
 El suelo de su amor y sus quimeras ;  
 El suelo de la esposa y de los hijos ;  
 Ese suelo en que libres, sin tiranos,  
 En medio de infinitos regocijos,  
 Entre amigos vivieron y entre hermanos.”

“Y los que ahora al poder han ascendido,  
 Los que á tan dignos hijos reemplazaron  
 ¿Qué han hecho de este suelo tan querido,  
 Cuyo dominio, ciegos codiciaron ?

¿Qué de esta fértil patria que asaltaron  
 Con frenético ardor? ¡Ai, la han perdido!  
 Y lo que en el rigor de sus pasiones,  
 Lo que en su ceguedad han conseguido,  
 Es de crímenes mil llenar el suelo,  
 De ruinas, de cadáveres, de escombros,  
 De civiles discordias y de duelo;  
 Atraer sobre sus hombros  
 De las otras potencias de la tierra  
 Los rayos fulminantes,  
 Y los amagos duros é incesantes  
 De larga, infausta y extranjera guerra.”

“Esta es la obra funesta de sus manos;  
 Esta es la patria bella que algun día  
 Entre los pueblos cultos, sus hermanos,  
 Desplegaba su gracia y lozanía.  
 Y AQUELLA QUE ORGULLOSA SE OSTENTABA  
 EN MEDIO DE LA AMÉRICA ALTANERA,  
 PORQUE LA MAS JUICIOSA SE MOSTRABA,  
 POR SER DE SUS HERMANAS LA PRIMERA,  
 Yace presa de anárquicas pasiones,  
 Pobre, débil, sumisa, degradada,  
 Afrenta de la América irritada  
 Y ludibrio y baldon de las naciones.”

“¿Y tú, Carácas, madre despiadada,  
 Dónde está Michelena nuestro hermano?  
 ¿Qué hiciste de este prócer ¡desdichada!  
 De ese sabio, eminente ciudadano  
 Que la patria orgullosa  
 Confió á tu seno con benigna mano?  
 ¿Por qué teñiste en sangre tan preciosa  
 Tu blanco delantal, ciudad impía?  
 ¿No te pudo ablandar su bondad santa?  
 ¿Tanto mérito acaso te ofendía?  
 ¡Para tanto saber y virtud tanta  
 Traicion tan grande y tanta alevosía!...”

“Era tu bello ornato y lo has destruido;  
 Era único tal vez y lo has matado;  
 ¿Con quién, tirana de tus dignos hijos,  
 Este insigne varon has reemplazado?”

“Ciudad! no sé la suerte  
 Que en su justicia te prepara el cielo,  
 Pero tal vez alguna desventura  
 Sobre tus hombros pesa,  
 Y sorda, amenazante,  
 Cruje y se agita en torno á tu cabeza.  
 Tal vez la expiacion no está distante  
 Del crimen sin igual que has consentido;  
 Expiacion que borre  
 La sangre que tus dedos ha empapado,

Esa sangre del justo que has vertido,  
Que tu pecho y tu frente ha salpicado,  
Con que tus blancas tocas has teñido  
É indeleble en tus manos se ha impregnado.”

“Y tú, triste Cautivo,  
Hijo de la fecunda Venezuela,  
En tu oscura prision, quién vengativo  
Pesada una cadena  
Á tus manos ató, y al sufrimiento  
Porque virtuoso fuiste, te condena ?  
;Cadenas para tí, víctima ilustre !  
;Vergonzosa prision para tus manos !  
;Esas manos que han sido en todos tiempos  
El azote y terror de los tiranos !  
De este modo al hermano los hermanos,  
En su furor, dementes,  
Con vilipendio y sin piedad maltratan :  
Á aquel que extrañas gentes  
Con reverencia acatan ;  
Aquel á quien la patria  
Buscaba en sus conflictos inminentes ;  
Aquel que de ella obtuvo  
Recompensas y honores esplendentes  
En premio merecido  
De sus gloriosas y útiles acciones ;  
Aquel que distinciones,  
Respeto, amor, admiracion y aplausos  
Le prodigaron ínclitas naciones.”  
“Y esta soberbia y divinal corona  
Que los pueblos del mundo te tejieron  
Y con la cual ciñeron  
Las sienes de la patria en tu persona ;  
Estas brillantes palmas  
Cortadas en tu obsequio, qué se hicieron ?  
;ESCLARECIDO, GENERAL, SOLDADO,  
PATRIOTA, CIUDADANO, al fin qué eres ?  
;Los que de tanto honor te han despojado  
Tienen para ello acaso los poderes ?  
;El camino del crimen has trillado  
Ó la senda inmortal de tus deberes ?  
;Cómo será preciso que te nombre ?  
;Eres un criminal ó un inocente ?  
Vengador de la patria ó delincuente ?  
;Eres un sér vulgar ó un grande hombre ?”

“No responda con su hórrido graznido  
Una faccion intolerante, acerba,  
Que hai un clamor mas vasto y extendido,  
Y es el juicio del mundo que te observa.  
La tierra que te admira y te ha juzgado  
Tus méritos pregona,  
Y el homenaje unánime que rinde

A tu insigne virtud, es la corona  
 Mas digna de tus sienes ;  
 De los terrestres bienes  
 El mas precioso bien ; y la alta fama  
 Que has obtenido, por tus nobles hechos,  
 Sopla y aviva la celeste llama  
 Que has encendido en los patriotas pechos.”

“ Sí, Mártir, sí, Cautivo ;  
 Tú has sufrido, en verdad, pero has triunfado,  
 Pues es triunfar de tantos enemigos  
 Ver por ellos tu nombre deificado.  
 Tu gloria es inmortal, y los que impíos  
 Te tienen con locura  
 Para su confusion y su vergüenza  
 Entre el horror de una prision oscura,  
 En vez de degradarte,  
 Te han elevado á tu mayor altura.  
 Tal vez en su delirio  
 No saben cuánta gloria  
 Te conquista la palma del martirio ;  
 No saben que es tu caída  
 En vez de una derrota una victoria,  
 Y que arrostrar la muerte,  
 Por causa tan grandiosa,  
 Es de los héroes la mision gloriosa  
 Y la mas bella y envidiable suerte.”

“ Y tú, pueblo esforzado,  
 Valiente Cumaná, provincia heroica,  
 Que no has podido ver sino indignada  
 El sufrimiento atroz que el Gran Cautivo  
 Sabe arrostrar con alma resignada,  
 Al pié del Manzanares fugitivo ;  
 Regocijate, ¡ oh vírgen ! que en tu seno  
 Está el recinto augusto,  
 Ya para siempre de prestigios lleno,  
 Donde sufre el grande hombre su tormento.  
 Tuyo es el majestuoso monumento,  
 Antes pequeño, oscuro y olvidado,  
 Y ahora continuo objeto  
 De atencion, de esperanza y de cuidado.  
 Tuyo es ese castillo  
 En cuyos altos muros las miradas  
 De las naciones todas  
 Con afán y ansiedad están clavadas ;  
 Y tuya es la prision, ya memorable,  
 Que el pincel del artista ha consagrado  
 Y que va á ser la propiedad del mundo,  
 Pues trasladó al papel su copia estable.  
 Y aqueste fiel traslado  
 De pueblo en pueblo irá, de mano en mano,  
 De entusiasmo simpático llenando



Los buenos corazones ;  
 Y este cuadro sin voz á las naciones  
 Les contará una historia  
 Que quedará por siempre  
 De los hombres grabada en la memoria.”

“ Sí : tu Fuerte empinado y solitario,  
 Para los corazones generosos,  
 Una prision no es ya sino un santuario.  
 A visitar el célebre castillo  
 Acudirán las gentes,  
 Triste mansion del célebre caudillo ;  
 Y de amor lleno y de entusiasmo el pecho  
 El húmedo aposento que habitaba,  
 El oscuro rincon do estaba el lecho,  
 Los negros pasadizos que pisaba  
 Para llegar al calabozo estrecho,  
 Todos estos históricos lugares  
 Con emocion recorrerá el viajero ;  
 Y de aquella mazmorra silenciosa  
 Al escuchar el ruido pasajero,  
 Tal vez su alma medrosa  
 Pensará ver la sombra vaporosa  
 Y la pálida faz del prisionero.”

“ Ciudad !.... bendita pare siempre sea  
 Tu tibia luz, tu hospitalario suelo,  
 Tus arroyos, tu mar, tu lindo cielo,  
 Tu mas triste rincon y humilde aldea.  
 Tú recibiste al HÉROE entre prisiones,  
 Mas le arrancaste al MÁRTIR sus cadenas ;  
 Para tí la corona y las canciones,  
 El lauro para tí, moderna Aténas.”

De los patriotas pechos  
 Tal es la queja inmensa  
 Y el general clamor, jóven poeta.  
 De esta patria fluctuante y moribunda  
 El peligro inminente nos inquieta.  
 Y como débil nave  
 Triste juguete de la mar profunda,  
 Sin brújula, sin mastil, sin piloto,  
 La abruma el temporal en golfo ignoto.  
 Jóven patriota, no permita el cielo  
 Que tantas desventuras  
 Pesen jamas sobre tu verde suelo.  
 Puedan las penas duras  
 En que gime la triste Venezuela,  
 Á nuestra cara hermana  
 Servirle de instruccion y útil escuela.  
 Los hombres escogidos,  
 De patriotismo ardiente,  
 Que sus destinos rigen,

En los males sin fin que nos afligen  
 Puedan hallar una lección reciente;  
 Recuerden con afán siempre incesante  
 Su alta misión á cuánto los obliga;  
 Ni olviden un instante  
 Que el pacto santo que á los hombres liga  
 En dulce unión y fraternal abrazo,  
 Es un estrecho y misterioso lazo,  
 Que cortado una vez, no mas se anuda  
 Sin la torpe invasión de la anarquía,  
 Sin una guerra desolante y cruda,  
 Sin la discordia al fin que hace en un día,  
 Al vomitar su devorante lava,  
 De un pueblo libre una nación esclava.

---

## LAS LÁGRIMAS.

---

Bienaventurados los que lloran  
 Porque ellos serán consolados.

Solo un Dios de bondad, dulce, clemente,  
 Pudo, al bajar al oprimido suelo,  
 Poner en una lágrima doliente  
 Promesas de descanso y de consuelo.

Él solo traernos pudo esta sencilla,  
 Fácil prenda de paz, con que descansa  
 Aquel en cuyo corazón no brilla  
 Ni aun la placida luz de la esperanza.

Prenda que esparce su virtud secreta  
 Do quiera que el pesar brota un sollozo,  
 Ora del pecho salga del poeta,  
 Ora del sér abyecto y andrajoso.

Ora al rodar la lágrima furtiva  
 Moje el encaje de mullida cama,  
 Que sobre el jaspe de mansión altiva  
 El pesar su licor también derrama.

Allí también se llora. Sí, no hai muro,  
 Rico tapete de encendida grana,  
 Ni aposento imperial de mármol duro  
 Do no penetre la ansiedad humana.

Habrà allí que llorar, que donde quiera  
 Del mundano dolor se agita el viento,  
 Ni hai alcázar ni cúspide altanera  
 Donde no lance lúgubre su acento.

Y el gran señor que en su embriaguez ostenta  
De su riqueza el lujo deslumbrante,  
Que de ambiciones locas se alimenta,  
Lleno de amor el pecho palpitante;

Que en alcobas espléndidas dormita  
De la lisonja al susurrar liviano,  
Envidia á veces la quietud bendita  
Y el pacífico techo del aldeano;

Ese habrá de llorar cuando sorprenda  
En su pecho el pesar que no esperado,  
Le rasga el corazon cuando comprenda  
Lo que es ser hombre al fin y desdichado.

Será entónces feliz si en su tristura  
Una lágrima en él hallando acceso  
Sale á sus ojos consolante y pura  
Cual de un ángel de paz el dulce beso.

¡Qué divino es el llanto silencioso  
Que un oprimido corazon derrama !  
¡Elixir celestial, licor precioso  
Que el ulcerado pecho desinflama !

¿Qué lenguaje mas tierno y elocuente  
Que el simpático lloro de Maria,  
La lágrima que radia transparente,  
Pendiente de sus ojos noche y día ?

Para un alma que sufre ¿qué plegaria  
Mas llena habrá de celestial consuelo  
Que esa gota que corre solitaria  
Por la mejilla pálida hasta el suelo ?

¡Ai de aquel que no llora ! ese no sabe  
Descanso hallarle al pecho dolorido,  
Ni cuánta dosis de consuelo cabe  
En la trémula nota de un gemido.

No sabe que la sangre que supura  
El corazon de su profunda herida,  
Sale, cual lluvia refrescante y pura,  
Por los ojos en llanto convertida.

¡Ai de aquel que no llora ! que adormido  
Del engañoso mundo á los halagos,  
La copa de un placer no desmentido  
En sus sueños de amor apura á tragos.

Que en loca orgía el pan del vicio come ;  
Que contra Dios y su conciencia peca,  
Sin que la nube del dolor se asome  
A su estéril pupila siempre seca.

Para ese habrá tambien pesar que oprime ;  
Vendrán para él las horas del quebranto,  
Y envidiarán sus ojos al que gime  
Una trémula gota de su llanto.

Buscará entónces el pesar salida  
 Por esos ojos que secó el letargo,  
 Y la no usada senda hallando obstruida  
 Volverá al pecho corrosivo, amargo.

¿ Ai de aquel que no llora ! su alma dura  
 El cauce es de un arroyo desecado  
 En cuya estéril márgen no hai verdura,  
 Ni árbol, ni flor, ni ambiente perfumado.

Es de un desierto el arenal bravío  
 Que abrasa ardiente el sol, qua azota el viento,  
 Sin que una sola gota de rocío  
 Refresque el suelo de humedad sediento.

¿ Y tú tambien, mi Dios, tú no lloraste  
 Cuando cercana al ver tu muerte dura  
 Al Padre en tus angustias suplicaste  
 Que abreviara tu cáliz de amargura ?

¿ No lloraste en el huerto contemplando  
 La que ya te esperaba horrenda suerte,  
 Cuando al dolor cedistes exclamando  
 Que tu alma estaba triste hasta la muerte ?

¿ El Gólgota no oyó tu gran lamento  
 De supremo dolor, cuando enclavado  
 Dijistes en tu cruz con hondo acento :  
 ¿ Por qué, Señor, me habéis abandonado ?

Esa gran voz de tu pesar inmenso  
 Las esferas cruzó, triste, vibrante,  
 Y universal vapor, lóbrego y denso  
 Oscureció la tierra vacilante.

Al oir ese clamor, los horizontes  
 De neblinas luctuosas se vistieron,  
 Y las aguas, los riscos y los montes  
 Con espantoso son se estremecieron.

Crujió la tempestad. Por un momento  
 Los mundos en sus ejes retemblaron,  
 Y los soles sin fin del firmamento  
 Sus rutilantes discos ocultaron.

Desde entónces tal vez en cuanto existe  
 Ese murmullo se oye gemebundo,  
 Y es del suspiro que en la cruz rendiste  
 El eco eterno que repite el mundo.

Desde entónces las límpidas arenas,  
 El follaje, las fuentes escondidas,  
 Lanzan sus notas de tristeza llenas  
 En dulcísimas quejas convertidas.

Cuanto vegeta y brota y vive y crece,  
 Cuanto trepa ó se arrastra por la tierra,  
 Cuanto alienta ó murmura ó se estremece,  
 Todo su parte de dolor encierra.

Llora y se queja de diverso modo  
 La flor, el agua, el viento embravecido,  
 El insecto, la planta.... todo, todo  
 En la naturaleza es un gemido.

Gima tambien el corazon. Que lllore  
 Hasta que el Sér Criador, de bondad lleno,  
 Seque el llanto en el hombre y lo incorpore  
 Radiante y puro á su fecundo seno.

## CANTO FÚNEBRE

CONSAGRADO Á LA MEMORIA DE LA SEÑORA

Luisa Antonia Ñasa de Maitin.

### I.

Llegaron ; oh dolor ! las tristes horas  
 De un pesar para mí desconocido.  
 Ilusiones de paz encantadoras,  
 Contentos de mi hogar, os he perdido.  
 Perdí el único sér que mas me amaba,  
 La compañera tierna de mi vida,  
 Cuya mano de esposa me alargaba  
 Cargada de cariño y beneficios,  
 En cuyo corazon solo encontraba  
 Amor, abnegacion y sacrificios.  
 Ella era mi universo, mi energía,  
 Mi porvenir, mi fuerza, mi conciencia ;  
 Era ella á quien debía  
 El sosiego feliz de mi existencia,  
 De mis serenas horas la alegría,  
 Mi descanso, mi paz, mi independencía.

### II.

¡ La leve contraccion de un paroxismo,  
 Un segundo bastó, ¡ mísera suerte !  
 Para hacerte salvar el hondo abismo  
 Que separa la vida de la muerte !!!....

### III.

¡ Te fuiste sin saber que te sentia !  
 ¡ Te fuiste sin saber que te lloraba !  
 No pude darte esta última alegría,  
 Y tú, ni este consuelo  
 Le pudiste dejar al que te amaba !



Si yo quedaba aquí ¿ por qué partiste ?  
 ¿ Por qué ese amargo cáliz de infortunio  
 Hacerme saborear con tal exceso ?  
 ¿ Por qué morir del modo que moriste ?  
 ¿ Por qué no recibir mi último beso ?  
 ¿ Por qué dejarme en soledad tan triste ?  
 Mi Dios ! mi Dios ! mi Dios ! ¿ cómo fué eso ?

## IV.

Una mirada sola  
 Es todo cuanto para mí tenia,  
 Mirada\*indefinible  
 Que yo ni examiné ni comprendia.  
 ¿ Por qué no me acosté sobre tu lecho  
 Y el labio no apliqué junto á tu oído  
 Para hacerte escuchar mi adios postrero,  
 Mi eterna despedida,  
 Un solo adios siquiera lastimero,  
 Mientras que te duraba de la vida  
 El soplo imperceptible y pasajero ?  
 Yo no pude pensar ¡ dolor tirano !  
 Que aquella ojeada de un amor extremo  
 Era el último esfuerzo sobrehumano  
 De un intenso dolor, hondo y supremo ;  
 Que toda cuanta vida,  
 Y espíritu, y accion, y movimiento,  
 Cuanto vital aliento  
 Á tu máquina frágil le quedaba,  
 Para hacerme su eterna despedida  
 Á tus lánguidos ojos asomaba.  
 En esa hora fatal ¿ qué me pedia  
 Esa mirada dolorosa y muda  
 Que un instante triunfó de tu agonía ?  
 ¿ Era piedad ó amparo que imploraba ?  
 ¿ Era su último adios que me decia ?  
 ¡ Oh lenguaje de amor no articulado !  
 ¡ Oh expresion de dolor no comprendida !  
 Tú el tormento serás de mi memoria  
 Y el pensamiento eterno de mi vida.

## V.

Adios, dulces cantares  
 Que yo ensayaba en mis alegres horas ;  
 En llanto se cambiaron y en pesares  
 Las que ántes eran cántigas sonoras.  
 Y tú, mujer que amaba,  
 Tú, compañera de mis dulces dias,  
 ¿ Por qué con tu presencia me has robado  
 Mi dicha y mis pasadas alegrías ?  
 Mientras que duermes el eterno sueño  
 ¿ Adónde en busca iré de inspiraciones ?  
 ¿ Quién le dará sin tu constante empeño

Vigor á mis canciones,  
 Y á mi alma dolorida  
 Fuerza y valor en cada nuevo ensayo?  
 ¿Quién sin tu instancia tierna y cariñosa  
 Me sacará de mi habitual desmayo?  
 ¿Quién á mis pobres versos  
 La atencion prestará que les prestabas?  
 ¡Tú, que por tantos años  
 Fuistes el sér primero,  
 Que atenta y conmovida los oía,  
 Que de una madre el interes sincero  
 Por estas obras débiles tenia!  
 ¡Oh! llévate contigo  
 Mi genio, mi vigor, mi poesía.  
 ¿Quién mirará mis ecos doloridos  
 Con el amor que tú? No, mi lamento  
 Sin esperanza cruzará perdido  
 Por los senos sin fin del firmamento.  
 Pedirán á la tierra tus despojos  
 En vano mis cantares,  
 Tu espíritu á la mar, tu vida al viento,  
 Pues la tierra, los vientos y los mares  
 Ni me darán tu vida  
 Ni un eco que responda á mis pesares.

## VI.

Sin objeto, sin plan y sin camino  
 Al rededor de mi desierta casa,  
 Vago de senda en senda y sin destino.  
 Recorro los lugares  
 Que ella en sus horas de ocio frecuentaba.  
 El codo en la rodilla,  
 Y en la entreabierta mano  
 Apoyada la pálida mejilla,  
 Me siento al pié de los añejos troncos  
 Donde frescura y sombra ella buscaba.  
 La mustia frente inclino  
 Sobre las piedras frías  
 Del habitual camino,  
 Asientos campesinos que ella amaba  
 Y en donde se sentaba  
 En busca de un descanso pasajero.  
 Arranco con las manos  
 La tierna yerbecilla del sendero  
 Que hollaron nuestros piés cien ocasiones  
 En nuestras solitarias excursiones.  
 Al fin, de estos lugares  
 Me aparto conmovido,  
 Y el corazon cargado de pesares,  
 Huyendo los recuerdos  
 Que sobre cada arbusto,  
 Que sobre cada peña delecto.

Vuelvo á la casa..... ¡ Oh Dios !.... en este asilo  
 Me consterna y me aflige cuanto veo.  
 Las sillas aquí están aun sin arreglo,  
 Los libros y los muebles empolvados....  
 ¿ Quién osará tocar estos objetos  
 Hace poco por ella manoseados ?  
 De esta mansion luctuosa y solitaria,  
 Mi Dios, yo no pretendo  
 Ni aun sacudir con mano temeraria  
 El polvo que ella sacudir no pudo,  
 Porque este polvo mudo,  
 Tan santo para mí como querido,  
 Es un recuerdo vivo,  
 Una reliquia de la que he perdido ;  
 Es como su pasado, es su presente,  
 Es la continuacion de lo que ha sido.

## VII.

Este es el aposento.  
 Testigo de un dolor nunca explicado,  
 Del drama fugitivo de un momento  
 Y de un violento fin inesperado.  
 Aquel es el rincon que ocupa el lecho  
 Revuelto todavia  
 Y en desórden fatal, sin cabecera ;  
 La tela que lo cubre aun no bien fria,  
 Puesta la colcha en confusion ligera  
 Por el leve temblor de la agonía,  
 Por la suprema convulsion postrera.  
 Un oculto poder desconocido  
 Me lleva al pié del lecho abandonado ;  
 Vaga en el aire fúnebre un gemido  
 Que llega al corazon, suspiro ahogado  
 Como de alguno en lucha con la muerte,  
 Como el último adios de un desdichado.  
 Á tales impresiones,  
 Á vision tan fatal me rindo y cedo.  
 Sobre la débil planta  
 Escasamente sostenerme puedo,  
 Y de un supersticioso,  
 De un extraño terror sobrecogido,  
 Temo la soledad, me espanta el ruido,  
 Me estremezco, vacilo.... tengo miedo....  
 En aquella hora de suprema angustia  
 Me cubro el rostro con entrámbas manos ;  
 Inmóvil permanezco,  
 Ignoro cuánto tiempo,  
 Presa de estos dolores sobrehumanos ;  
 Y al separarme del desierto lecho  
 El llanto que he vertido  
 Me llena de humedad manos y pecho.

## VIII.

Aquí, sobre la mesa,  
 Yace en olvido triste y descuidada,  
 La tela para mí tan conocida,  
 Por sus hábiles dedos hilvanada.  
 La aguja permanece aun enclavada  
 En la margen del lienzo laboreado,  
 Cual si esperase allí que su ágil mano  
 Le imprima el movimiento comenzado.  
 Mil veces he querido  
 Ver y juzgar esta obra no acabada,  
 Este trabajo ayer interrumpido  
 Por una muerte pronta y despiadada.  
 Inútil pretension, intento vano !  
 Esta muda labor abandonada,  
 Caliente todavía  
 Con la presion reciente de su mano,  
 Ante mi vista turbia y empañada  
 Oscila, desaparece,  
 Vuelve, se borra, empañase, vacila  
 Al través de la nube que me ciega  
 Y del llanto que inunda mi pupila.

## IX.

Cuán sola y olvidada,  
 Cuán triste está la huerta  
 Hace poco por ella cultivada !  
 Su lánguida corola  
 Tiene la flor apenas entreabierta,  
 Y al ver los tallos secos é inclinados,  
 Esta vegetacion ambigua, incierta ;  
 Al ver tanto abandono,  
 Las yerbas devorando los sembrados,  
 Sin humedad la tierra, sin abono,  
 Dijérase que siente  
 Esta familia huérfana su suerte ;  
 Que lleva un negro luto  
 Sobre su frente pálida prendido ;  
 Que espera ya la muerte  
 O que llorando está lo que ha perdido.  
 A vista de este cuadro  
 Tan vivo, de tristura  
 Siento que el corazon se me destroza.  
 Me lanzo á la ventura  
 Por entre el laberinto  
 Del follaje en desmayo y sin frescura ;  
 Maltrato con el pié, de aquel recinto  
 La inútil hermosura.  
 Cual máquina ambulante,  
 Sin senda, sin camino conocido,  
 Las manos extendidas, delirante,  
 Buscan mis brazos algo que he perdido.

Estrecho con amor cada sembrado,  
 Corro del uno al otro  
 Con paso desigual, precipitado ;  
 Me cubro el rostro ardiente con las ramas,  
 Las llevo al pecho de llorar cansado ;  
 Sobre ellas deposito  
 Mi beso convulsivo y prolongado,  
 Y al muro, y á las piedras,  
 A las hojas, al tronco endurecido,  
 A tanto objeto caro, inanimado,  
 De mi dolor prestándole el sentido,  
 Parece escucharme que me responden,  
 Que sale de su seno hondo un gemido,  
 Que el aire puebla un alarido ronco,  
 Y en cada tierna flor que encuentro al paso,  
 En cada arbusto, en cada negro tronco  
 Que á la presión nerviosa de mi abrazo  
 Convulso y animado,  
 Con fuerte oscilación tiembla y se agita,  
 Pienso sentir el golpe acelerado  
 De un corazón amigo que palpita.

## X.

Aquí en este rincón pimpolla y sale  
 Una tierna y gentil adormidera  
 Que ayer nomás sembraste,  
 Planta huérfana y frágil que dejaste  
 Aun antes que naciera.  
 Sobre la blanda tierra  
 Por tí recientemente removida,  
 Fresca, visible, clara,  
 De tus dedos la huella está esculpida.  
 ¿Quién hubiera pensado  
 Que antes que esta semilla retoñara  
 Tu vida en un suspiro,  
 En un quejido leve terminara ;  
 Que no vieran tus ojos  
 Brotar este pimpollo  
 Que no esperaba más que una hora, un día  
 Para romper el germen  
 Que su vida en prisiones contenía,  
 La vida que sin tí, sin tus cuidados  
 No tuviera tal vez ? ¡ Oh ! encierra, encierra,  
 Planta inútil, tardía,  
 Tu vástago otra vez bajo de tierra :  
 La que buscas aquí ya es sombra fría.  
 ¡ Retoño ! llegas tarde,  
 No encuentras quien te riegue,  
 Quien se afane por tí ni quien te guarde.  
 En vano, pobre arbusto,  
 El aire buscas, la humedad, el día,  
 La noche fresca y la apacible luna ;



Perdistes en tu cuna  
La que daba á este sitio su alegría ;  
Y esta pequeña y limitada huerta  
Que pudo ser tu asilo de ventura  
Será una soledad triste y desierta,  
Tu pobre y tu callada sepultura.

## XI.

Mas ¡ ai ! no morirás. Sobre tu tallo  
Inclinada mi frente de contino,  
Vigilaré incansable, sin desmayo,  
Con empeño incesante tu destino.  
Yo ampararé tu juventud lozana ;  
En tí clavados mis atentos ojos,  
La maleza, la espina, los abrojos,  
Apartaré de tí tarde y mañana.  
Y cuando tus verdores,  
Cuando tu pompa y majestad temprana  
Debas á mis cuidados protectores,  
Cuando florida estés, tus verdes ramos  
A su callada tumba  
De ofrenda servirán, y al colocarlos  
Sobre su sepultura solitaria,  
Postrado, enternecido,  
Su sombra evocaré con un gemido,  
Un llanto de dolor y una plegaria.

## XII.

Yo salgo tristemente  
Por los sitios mas solos y apartados  
Llevando mi dolor, mústia la frente  
Y los ojos de lágrimas preñados.  
De pronto en mi camino,  
Debajo de la sombra de una rama,  
Debajo de un espino,  
Algun mendigo encuentro  
De los que tantas veces socorria  
La que fué de los tristes el consuelo,  
La que mis ojos lloran noche y dia.  
Su brazo tembloroso  
Me tiende el pobre anciano desvalido.  
Recuerdo cuántas veces  
Fué por ella en su pena socorrido ;  
Y el pobre que ella amaba,  
El misero mendigo  
Que en su bondad hallaba  
Favor, consuelo, proteccion y abrigo,  
No es para mí un extraño,  
Es un fiel compañero, es un amigo.  
Con alma enternecida  
Adonde está me acerco, y en su mano,  
Por el hambre y la edad desfallecida,

Mi socorro al poner le digo : “ Anciano,  
 „ Esta limosna es otro quien la envía ;  
 „ No te la doi por mí, quien la da es ELLA.  
 „ Esta virtud seráfica no es mia,  
 „ Esta era una virtud de su alma bella.  
 „ Por su eterna salud ruega, mendigo,  
 „ Que Dios tus oraciones  
 „ Escuchará con corazon amigo.”  
 Entonces un torrente  
 Se escapa de sus ojos  
 Cual manantial de gratitud ardiente,  
 Y cuando de llorar están ya rojos  
 Me alejo lentamente  
 Llevando, consolado,  
 En mi ulcerado pecho el santo gozo  
 De aquella gratitud que ella ha inspirado,  
 De aquel puro y simpático sollozo.

## XIII.

Lloroso, pensativo,  
 Mis largas horas paso  
 Á la margen sentado de este río.  
 Aquí todo contrasta  
 Con mi pesar sombrío :  
 En esta soledad solemne y vasta  
 No hallo un dolor que corresponda al mio.  
 Las hojas resplandecen  
 Cargadas con las gotas del rocío ;  
 En la vecina altura,  
 En la lejana cumbre,  
 Vestida de matices y verdura,  
 Ostenta el sol magnífica su lumbre.  
 Mientras que yo devoro  
 En triste soledad mi pesadumbre.  
 ¿ Tan poco así te mueve,  
 Oh pintoresco Choroni, mi pena ?  
 Tu soledad amiga  
 Por qué se muestra á mi dolor ajena ?  
 ¡ Yo, que en tus ilusiones me he mecido,  
 Que el aire de tu selva he respirado,  
 Que tu último rincon he preferido  
 Á la mejor ciudad, que te he cantado !....  
 Los séres entre sí todos se estrechan  
 Con secretas y ocultas relaciones.  
 Se combinan, se buscan, se desechan  
 Entre un mar de atraccion y repulsiones ;  
 Todo es combate, lucha,  
 Accion y reaccion en cada hora.  
 ¡ Y yo, materia viva,  
 Pensante, sentidora,  
 Que aliento y me confundo  
 De Dios en las eternas creaciones ;

Parte de este conjunto  
 De afinidad, de mútuas atracciones,  
 En cuyo espacio giro,  
 En cuyo seno moro,  
 Á cuya inmensa mole  
 Por lazos invisibles me incorpore,  
 No encuentro una señal que me revele  
 La acción de mis pesares  
 Sobre la calma eterna y majestuosa  
 De esta naturaleza silenciosa,  
 De estos quietos, pacíficos lugares!  
 Todo sereno está, todo reposa;  
 Nada un dolor denuncia ni una pena.  
 Bullente, estrepitoso corre el río  
 Sobre su lecho de brillante arena.  
 El matizado insecto  
 Con ardiente inquietud se agita y mueve;  
 El follaje despide su murmullo  
 Al soplo matinal del aire leve;  
 Y las aguas, los montes y los vientos,  
 Y el ave inquieta que saluda al día  
 Levantan con apática indolencia  
 Su himno sin fin, su eterna melodía.  
 ¡Concierto disonante,  
 Horrible, estrepitosa algarabía,  
 Que suena á mis oídos  
 Como la befa amarga y la ironía  
 De la implacable y cruel naturaleza,  
 Para quien es lo mismo  
 El contento, la dicha, la alegría  
 De un sér que piensa ó su mortal tristeza!

## XIV.

Clara, brillante, hermosa  
 Osténtase la noche  
 De estrellas coronada,  
 Y su atmósfera limpia y silenciosa  
 Se carga de la esencia  
 De las plantas, las yerbas y las flores.  
 Todo es serenidad y transparencia;  
 Todo frescura y suaves resplandores;  
 Un murmullo solemne y religioso  
 Levanta por do quier blanda la brisa,  
 Y en medio del zenit la móvil luna  
 Su luz nos manda lánguida, indecisa.  
 Solo una nube irregular, oscura,  
 Como la orla flotante de algun velo  
 Colgado de una tumba,  
 Surca en medio de tantas claridades,  
 De tanta luz, como un lunar del cielo.  
 Sobre mi pobre techo,  
 Sobre mi patio mudo y descuidado,

Sobre el jardín estrecho,  
 Sobre cuanto contiene mi cercado  
 La nube negra, inmóvil,  
 Proyecta su penumbra,  
 En tanto que la luna despejada  
 Baña la tierra con su luz plateada  
 Y el valle todo en derredor alumbra.  
 A vista de esta escena,  
 Que me interesa mas que apesadumbra,  
 Exclamo conmovido :  
 “ ¡ Oh ! gracias, gracias mil, naturaleza,  
 Que siquiera una vez has consentido  
 En vestir el crespon de mi tristeza.  
 No apartes esa nube  
 Oscura, aislada, solitaria, espesa,  
 De ese punto del cielo todavía.  
 Con soplo prematuro  
 No destruyas tan fúnebre armonía.  
 Aléjales tu brillo á mis hogares,  
 Ayer tumba sombría  
 Y hoy mansion de recuerdos y pesares.”  
 Paréceme que entónces  
 Todo en la tierra á mi dolor responde.  
 La luna compasiva  
 Sus resplandores á mi vista esconde.  
 De la palmera altiva  
 Las ramas descolgantes languidecen.  
 Y las espigas tiernas  
 Ya en confuso rumor no se estremecen.  
 El aura, sin aliento,  
 En torno no retoza de las hojas  
 Que se inclinan en triste desaliento.  
 En la naciente yerba  
 Que la penumbra oculta  
 No relucen las gotas del rocío.  
 Escucho á una distancia  
 Entre su lecho sollozar el río ;  
 Y el ruido quejumbroso,  
 Cual lánguida fatiga,  
 Que forma al deslizarse su onda clara,  
 Paréceme el adios de un alma amiga  
 Que de mí para siempre se separa.

## XV.

Ya piso el cementerio  
 Augusto, majestuoso  
 Con su solemnidad y su misterio.  
 Estoy en la morada de la muerte  
 Donde el pequeño, el grande, el flaco, el fuerte,  
 Sin distincion sucumben  
 Bajo un destino igual, bajo igual suerte.  
 ; Mirad á lo que quedan reducidas

Las míseras pasiones,  
 El altanero orgullo,  
 Las vanas ilusiones,  
 De la lisonja el mundanal murmullo,  
 Tanta esperanza y tantas ambiciones !  
 En este polvo encallan  
 La astucia, las ficciones y el amaño ;  
 Aquí hai sinceridad en los afectos,  
 Llanto puro, verdad y desengaño.  
 ¿ Cómo contar el mar de tibias gotas  
 Que sobre estos despojos se han vertido,  
 Que estas humildes cruces han mojado,  
 Que en estas inscripciones han corrido,  
 Que esta yerba naciente han salpicado,  
 Que el polvo de estas tumbas ha embebido ;  
 Lágrimas de una madre desolada,  
 De un hijo en desespero y cariñoso,  
 De una consorte viuda, abandonada,  
 De un amigo, de un deudo, de un esposo ;  
 Lágrimas que derrama la ternura,  
 La compasión, la oculta analogía,  
 La ardiente gratitud celeste y pura,  
 El afecto, el amor, la simpatía ?  
 ¡ Ah ! si se recogiesen en una hora,  
 En un instante dado  
 Esa lluvia de gotas encendidas,  
 Ese raudal de lágrimas vertidas  
 Que estos tristes despojos ha empapado,  
 Pudiérase formar una honda charca,  
 Mar salido del mar de nuestros ojos,  
 Que sepultase en sus ardientes olas  
 Cuanto este sitio funeral abarca,  
 Inscripciones, osario, yerba, abrojos,  
 Túmulo, cruces, tumbas y despojos.

## XVI.

Sombra de la que amé, solo y perdido  
 Quedo en la tierra. Tímido, cansado,  
 Un rumbo seguiré no conocido,  
 Á la merced del vendaval airado,  
 Tal vez por las borrascas combatido,  
 Acaso por los hombres olvidado.  
 El mundo es todo para mí un desierto.  
 De mi existencia usada  
 El proceloso mar surcaré incierto,  
 Cual nave destrozada  
 Que lanza el huracan léjos del puerto.  
 No sé cual es la suerte que me guarda  
 Oscuro el porvenir ; mas imitando  
 Tu ejemplo santo y raro,  
 Siguiendo tus virtudes una á una,  
 Inspirado por tí, bajo tu amparo,



Contrastaré el rigor de mi fortuna.  
 Me haré mejor pensado  
 En la existencia pura y bendecida  
 Que junto á mí pasaste, y de esta suerte,  
 Si debí mis contentos á tu vida  
 Deberé mis virtudes á tu muerte.

## XVII.

Adios, adios. Que el viento de la noche  
 De frescura y de olores impregnado  
 Sobre tu blanco túmulo de piedra  
 Deje, al pasar, su beso perfumado.  
 Que te aromen las flores que aquí dejo;  
 Que tu cama de tierra halles liviana.  
 Sombra querida y santa, yo me alejo.  
 Descansa en paz.... Yo volveré mañana.

---

**PARALELOS.**


---

**CANTO A BOLIVAR.**

¿Qué gritos de victoria, que estrepitoso acento,  
 Cuál trueno tempestuoso se escucha resonar?  
 ¿Qué tristes alaridos estremeciendo el viento  
 En disonante mezcla retumban sin cesar?

En vez de darme aliento este potente grito,  
 Este himno de batalla que suena por do quier,  
 Me espanta cual los ecos aciagos del delito  
 Y á su hórrido estampido me siento estremecer.

Los tonos majestuosos de la sonora trompa,  
 Las cajas, los timbales, las armas, el pendon,  
 El fausto, los trofeos de la guerrera pompa  
 Me oprimen, mil angustias llevando al corazón.

Los ecos de la tierra oyendo consternados  
 El colosal rugido que alarma su quietud  
 Al ruido de la tumba responden espantados,  
 Y al grito de victoria: "Cadalso, esclavitud."

¿Qué grito de alegría, que estrepitoso acento,  
 Cuál trueno tempestuoso se escucha resonar?  
 ¿Qué tristes alaridos estremeciendo el viento  
 En disonante mezcla retumban sin cesar?

¡Silencio, es Alejandro!  
 El hijo predilecto de la gloria,

Bajo cuyos pendones ondulantes  
 Se refugia sumisa la victoria.  
 Es el altivo Dios de las batallas  
 Que como el rayo ardiente  
 Derriba templos, torres y murallas.  
 Es el genio triunfante de la guerra  
 Que al golpe de su espada  
 Hace gemir y estremecer la tierra.

Riberas del Granico,  
 Decid, ¿qué bienes trajo  
 Á vuestro fértil suelo, hermoso y rico  
 El brazo prepotente  
 Del hombre que en un día  
 Dió cien batallas y humilló el Oriente?  
 En vuestra orilla amena  
 Él enclavó con victoriosa diestra  
 El primer eslabon de la cadena  
 Que el Asia entera esclavizar debía,  
 Y tomando con bárbara osadía  
 El otro extremo con la fuerte diestra;  
 Llevólo victorioso  
 Al traves de las góticas ciudades,  
 Por entre las arenas  
 De vastas soledades;  
 Y asustando á la vírgen y al infante  
 De los grillos el ruido pavoroso,  
 Fuélo á fijar triunfante  
 En el Indo lejano y caudaloso.

Tiro sintió su peso,  
 Jerusalem tambien, Méfis y el Nilo.  
 La antigua Babilonia  
 Dando al conquistador soberbio asilo  
 En su recinto inmenso,  
 Puso en la regia frente del coloso  
 Una brillante joya  
 Mas rica y esplendente  
 Que cuantas en su seno crió el oriente.  
 ¿Mas dí, ciudad pomposa,  
 Fuiste por ello acaso  
 Mas libre y opulenta ó mas dichosa?  
 Vosotras, ¡ai! decidlo,  
 Magníficas corrientes  
 Del Eufrates, del Tigris, del Hidaspe.  
 ¿Y tú tambien, tus limpidos cristales  
 Viste acaso correr mas transparentes,  
 Histórico Escamandro,  
 Cuando con verdes yedras inmortales  
 Coronaste las sienes de Alejandro?  
 No, que tus ondas bellas  
 Sus alegres murmurios suspendieron,  
 Ni reflejaron mas luna y estrellas

Porque de negra sangre se tiñeron.  
 Adios, hermosas flores,  
 Á cuya linda sombra  
 Cantaba Filomena sus amores.  
 Al plácido concierto,  
 Al canto regalado  
 De las errantes aves del desierto  
 Sucdieron los gritos del soldado,  
 Y al escuchar el clamoroso estruendo  
 Del fiero vencedor y del vencido,  
 De tus márgenes bellas  
 Huyó el cisne cantor, despavorido.

¿Y estos los bienes son que al mundo diste,  
 Glorioso vencedor de cien naciones?  
 ¿Á la vencida tierra  
 Son estas las doctrinas que trajiste?  
 ¿Qué importa para el mundo  
 Que te cubras de lauros inmortales  
 Si la horrenda corona que te ciñes  
 Brotando está la sangre por raudales?  
 ¿Qué importa para ti que victorioso,  
 Del ancho mar tocando la ribera,  
 Juzgando que el abismo proceloso  
 Limitaba tu gloria y tu carrera,  
 En un acceso de dolor profundo  
 Dijeses abatido: NO HAI MAS MUNDO?  
 ¿Qué te importa ese emjambre de monarcas  
 Vencidos por tu mano y destronados?  
 ¿Qué importan los dorados  
 Alcázares soberbios donde moras,  
 Tus mujeres, tus cantos, tus jardines,  
 Si la muerte con mano destructora  
 Te arrebató tu dicha encantadora  
 En medio la embriaguez de los festines?

Tú fuiste semejante  
 Á la soberbia roca desprendida  
 De la empinada cumbre,  
 Que rodando su inmensa pesadumbre  
 Por la vasta extension de la montaña  
 Derriba en su carrera  
 El roble colosal, la débil caña;  
 Despedaza la verde sementera,  
 Aplasta la cabaña,  
 Hiere el pastor, dispersa su ganado,  
 Y un sureo polvoroso y descarnado  
 Dejando en su camino,  
 Cuando no encuentra ya fuentes, ni flores  
 Ni siembras, ni collados,  
 Ni lindas sementeras ni pastores,  
 De abismos en abismos retumbando,  
 Con pavoroso estruendo

Que el aire inmenso agita,  
 En el profundo mar se precipita.  
 ¿Quién es aquel guerrero, quién es aquel valiente,  
 Que con altivo porte y semejante á un Dios,  
 Entre la turba alegre de séquito esplendente  
 Camina pensativo, sin fuerzas y sin voz?

Es César. Bulliciosas le siguen sus legiones;  
 Es César, de las Galias el vencedor feliz;  
 Al brillo de su espada se postran las naciones  
 Y rinden á sus plantas humildes la cerviz.

Mas ¡ai! ¿qué densa nube ofusca su semblante?  
 ¿Acaso no le arrulla la gloria por do quier?  
 ¡Pesares misteriosos bajo un pendon triunfante!  
 ¡En medio tanta gloria tan hondo padecer!

¿Qué torcedor secreto, qué oculta desventura  
 Su corazon altivo despedazando está?  
 ¡Un héroe tan invicto tan lleno de amargura!  
 ¿Fraguando algun delito en su conciencia vá?

¿Qué tienes ¡oh guerrero! qué tienes ¡oh valiente!  
 Que con altivo porte y semejante á un Dios  
 Entre la turba alegre de séquito esplendente  
 Caminas vacilante sin fuerzas y sin voz?

Ya toca al Rubicon y se detiene:  
 Extraña palidez cubre su frente;  
 Con ojos conturbados  
 Mide las limpias aguas del torrente.  
 Su pecho inquieto está, su boca muda;  
 A remover la planta no se atreve:  
 Por la primera vez vacila y duda  
 Y algun terror oculto le conmueve.  
 Mas luego de improviso,  
 Deponiendo profundo su letargo,  
 Sacude al fin su descontento amargo:  
 Al Rubicon se lanza de repente;  
 Y al traspasar las aguas del torrente  
 Dice con firme voz y acento fuerte:  
 Vamos á Roma, echada está la suerte.

Y al punto sus legiones  
 El sagrado lindero traspasaron.  
 Vistosos sus pendones  
 Con los vientos de Italia tremolaron.  
 Los empinados Alpes  
 El guerrero clamor y las canciones  
 Del invasor triunfante repitieron.  
 Pompeyo y el Senado  
 Llenos de espanto, sin lidiar huyeron;  
 Y César orgulloso,  
 De la humillada turba proclamado  
 De palmas y de flores

En su pomposa marcha coronado,  
Entre una nube de fragante aroma  
Llega glorioso y vencedor á Roma.

Estás contento, César?  
Subiste sin tropiezo  
Al último escalon de la grandeza.  
Un sόlio has conquistado  
Y mil lauros circuyen tu cabeza.  
A tu inmenso poder pusiste el sello  
Pero á costa ; oh dolor ! del gran Pompeyo.  
El trono de la tierra  
Te sirve ; oh César ! de mullido asiento :  
Mas todo salpicado,  
Mas un trono fatídico y sangriento.  
Tu frente al cielo sube  
Como cumbre fantástica y sublime  
Oculta entre la nube,  
Pero tu patria entre cadenas gime.  
Callaron ante tí las leyes santas ;  
Te alzastes al imperio  
Pero la libertad cayó á tus plantas.

Tú fuiste semejante  
Al idólatra audaz que en su extravío  
Buscando una mezquita  
Do colocar impío  
Su falso Dios y lúbricas Deidades  
El templo del Señor derriba impuro ;  
Con negras impiedades  
Rompe y destroza el sacrosanto muro.  
Profana los altares  
Del Dios de los creyentes,  
Del Señor de los vientos y los mares :  
Con manos inclementes  
Derriba por el suelo  
Las columnas de mármol esplendentes  
Que los sagrados techos sustentaban :  
Adios, bóvedas santas,  
Que con piadosos cantos resonaban.  
Todo es desolacion, estrago y ruina :  
Y cuando ya no queda  
De la mansion divina  
Mas que escombros soberbios hacinados,  
El réprobo orgulloso  
Levanta luego un gótico edificio  
Con sus fragmentos bellos  
Á la márgen de un hondo precipicio,  
Y sobre el mismo asiento  
Do estaban los altares  
Del verdadero Dios del mar y el viento,  
Coloca torpe un ídolo sangriento  
Cuyas impuras manos  
Á besar van, postrados los humanos.

¿ De quién es el palacio magnífico, suntuoso,  
Que aturde con el ruido de espléndido festín,  
Morada sorprendente, alcázar luminoso,  
Que embriaga los sentidos en un placer sin fin ?

Sentado sobre un trono de plata refulgente  
Un hombre, un genio, un ángel, una deidad, un Dios,  
Impera sobre un pueblo de reyes que obediente  
Escucha prosternado, su soberana voz.

Diademas, regios mantos, coronas infinitas  
Regadas á sus plantas en confusion se ven,  
Alhajas que le sirven de alfombras exquisitas  
En este delicioso y terrenal eden.

Osténtanse do quiera los cortinajes de oro,  
Las piedras exquisitas, la púrpura oriental ;  
Retumban los acentos de cántico sonoro  
Y el ámbar se consume entre urnas de cristal.

¿ Qué busca esa caterva magnífica de reyes  
Que humildes, sin diadema, entre la turba están ?  
¿ Demandan sus coronas ó piden nuevas leyes  
Al hombre á cuyo carro encadenados van ?

Oh ! ¿ quién es el que habita palacio tan suntuoso  
Que aturde con el ruido de espléndido festín,  
Morada sorprendente, alcázar luminoso  
Que embriaga los sentidos en un placer sin fin ?

Es NAPOLEON. En el alcázar regio  
NAPOLEON vibran los soberbios muros,  
Y NAPOLEON los tronos inseguros  
Repiten en medrosa confusion.  
Su formidable nombre en las columnas  
Escrito se halla en letras de topacio,  
Y los gigantes ecos del espacio  
Sonoros retumban NAPOLEON.

Sentado sobre el trono de la tierra,  
A nadie semejante, impenetrable,  
Era mas que un monarca, imperturbable  
Una adusta, selvática deidad.  
La fábula tomó, bajo su mano,  
Los brillantes colores de la historia ;  
Coronó sus delirios la victoria :  
La novela tornóse en realidad.

A su potente voz la tierra calla,  
Caen las coronas, reinan los mendigos,  
Y los mares, los vientos enemigos  
Callan tambien á su menor señal.  
Y él solo inmóvil, como fuerte roca  
Que burla el choque de la mar violenta  
Ya suelta poderoso la tormenta,  
Ora conjura el ronco vendaval.



Bajo la inmensa bóveda del cielo,  
Cuando se escucha resonar su nombre,  
Confuso el mas audaz, no hai quien se nombre ;  
Todo en silencio está bajo sus piés :  
Así cuando en mañana tempestuosa  
Súbito se oye retumbar el trueno,  
Palpita el corazon de asombro lleno  
Y calma y soledad siguen despues.

No arredra su valor la escarcha fria  
Ni le detiene la fragosa sierra ;  
Lleva al Polo frenético la guerra  
Y en sus yelos su insignia tremoló ;  
Y al ver la Europa su pendon triunfante  
Del mundo en las antiguas capitales,  
Humillada besó sus plantas reales ;  
Nada imposible á su ambicion halló.

Los monarcas vencidos son su pueblo,  
Y las viejas naciones sus vigías ;  
Su concierto las ráfagas bravías  
Y su alcázar la tierra que humilló.  
Para él menguada fué la antigua historia ;  
Y del remoto tiempo las visiones  
Diminutas, vulgares tradiciones  
Que su historia magnífica eclipsó.

¿Y estás seguro en tu brillante trono,  
Soberbio Emperador que el mundo admira ?  
Tu orgullo en vano el universo mira  
Como su pedestal y su sosten.  
En vano tú, cual estupenda estatua,  
La tierra inerme con la planta huellas ;  
Toca en vano tu frente las estrellas  
Que flotan, como joyas, en tu sien.

Ya tu cabeza que la nube toca  
Su equilibrio perdiendo á tal altura,  
Cual pino colosal de la espesura  
Cruje al choque tenaz del aquilon.  
Ya en derredor de tu robusto tronco  
Gira la tempestad amenazante,  
Y horrendo el rayo entre la nube errante  
Revienta al fin con espantable son.

Ya rodó de tu frente soberana  
La corona imperial despedazada,  
Y el cetro, el manto, la fulgente espada  
Despojo frágil son del huracan ;  
Y los pueblos vencidos que gemian,  
Al sacudir los hierros de sus hombros,  
Dudan al ver por tierra tus escombros  
Si están despiertos ó soñando están.

Tú fuiste semejante á un edificio  
De elegantes y bellas proporciones,  
Cuyos ricos, dorados artesones,  
Columnas mil sustentan á la vez ;  
Y tu ambicion frenética á una llama  
Cuya luz grata iluminar debía  
De esta mansion de gloria y alegría  
La regia, soberana esplendidez.

Mas el celeste fuego de repente  
Tomando cuerpo va, crece, se inflama ;  
Por el recinto hermoso se derrama  
Y á la rica techumbre llega ya.  
De las llamas las ráfagas sangrientas  
Por las ventanas góticas asoman ;  
Ya las altas rotundas se desploman ;  
Un pueblo entero amenazado está.

La gente acude. Horrible vocería  
Resuena por do quier y aturde el viento :  
De la campana el prolongado acento  
Asorda el aire con su ronco son.  
Y del alcázar los soberbios muros  
De la barra á los golpes duplicados  
A la tierra descienden desplomados  
Aumentando el estrago y confusion.

¿ En dónde están los pórticos, las torres,  
Las columnas, los arcos, los festines,  
El damasco, la seda, los cojines,  
Que en otro tiempo hollaba altivo el pié ?  
¿ Qué es ¡ ai ! de aquel magnífico edificio  
Que el viajero miraba con asombro ?  
Ruina, ceniza, ennegrecido escombros ;  
Ni sombra es ya de lo que un tiempo fué.



¿ Qué grito de victoria, qué estrepitoso acento  
Cuál música del cielo se escucha resonar ?  
¿ Qué voces, qué alaridos, estremeciendo el viento  
En mezcla sonora retumban sin cesar ?

En vez de amedrentarme este potente grito,  
Este himno de batalla que suena por do quier,  
Me encanta cual los ecos de un cántico bendito  
Y su hórrido estampido me exalta de placer.

Los tonos majestuosos de la sonora trompa,  
La caja, los timbales, las armas, el pendon,  
El fausto, los trofeos de la guerrera pompa  
Me alientan, mil encantos llevando al corazon.

Los ecos de la tierra oyendo alborozados  
El colosal rugido en su honda soledad  
Al ruido de las tumbas responden encantados,  
Y al grito de victoria repiten : LIBERTAD.

¿Qué cantos de alegría, que delicioso acento  
 Cual música del cielo se escucha resonar?  
 ¿Qué gratas armonías estremeciendo el viento  
 Cual arpa melodiosa retumban sin cesar?

Oculto, olvidado, en torpe beleño  
 Riquísimo un mundo sufriendo se ve  
 El yugo infamante de bárbaro dueño  
 Que atado, en cadenas, lo abate á sus piés.

Feraces sus campos, fecundo su suelo,  
 Sonantes arroyos corriendo doquier  
 Le sirve á la tierra de espléndido velo  
 El lirio, la aroma y el blanco clavel.

Mas ¡ai! es en vano que hai bosques y sombras,  
 Que abundan los frutos, que brota la flor,  
 Que tienen los prados sus verdes alfombras  
 Y el hondo torrente gigante la voz.

En vano las ondas fugaces del rio  
 Derraman benignas su limpio cristal,  
 En vano la noche su fresco rocío  
 Depone en el cáliz que abriéndose está.

En vano las flores despiden su aroma,  
 Que el aura difunde ligera y sutil,  
 Y luce su arrullo la dulce paloma  
 Y el ave silvestre su rico matiz.

En vano la espiga que asoma en el suelo  
 Y ondula cual lago de inmensa extension  
 Espera en las lluvias benignas del cielo  
 Su aliento, su vida, su gala y primor.

Pues tanta riqueza, pues tanta hermosura,  
 Que influye á la tierra benéfico el sol  
 Lo ofusca, lo empaña con negra tristura  
 Odioso el aliento de injusta opresion.

Y es este el gran pueblo que busca á sus penas  
 Recurso en la espada, remedio en la lid;  
 Sacude robusto sus viles cadenas  
 Y viste las armas y corre á morir.

Y es este el gran pueblo que aturde la tierra  
 Con su himno de gloria, su canto marcial,  
 Que fuerte y valiente buscando la guerra  
 Arrostra la muerte, se apresta á lidiar.

Un génio preside la espléndida hazaña,  
 ¡Hechura asombrosa de un Dios bienhechor!  
 Su voz rasga el viento, la escucha la España  
 Y tiembla en su sólio el déspota atroz.

Y vuela, combate, destroza y ordena,  
 Perdona al rendido que vence en la lid,  
 Y rompe en mil partes la infame cadena  
 Que un tiempo arrastraba su patria infeliz.

La triste colonia que esclava gemia  
Ya hermosa, ya grande, ya libre se vé,  
Cual virgen radiante de amor y alegría  
Su frente ceñida de hermoso laurel.

Ya noble el guerrero depone la espada;  
Del lauro despoja su sien celestial,  
Y como una ofrenda valiosa y sagrada  
Lo cuelga en las aras del Dios de la paz.

Mas oye á lo léjos profundo un lamento  
De pueblos hermanos que gimen tambien,  
Y á nuevos combates, en alas del viento,  
Y á nuevos peligros se lanza otra vez.

Los Andes traspasa con rápida marcha,  
Sus cumbres no holladas consigue pisar;  
Ni el trueno, ni el viento, ni el sol, ni la escarcha  
Su curso triunfante detienen jamas.

Dijérase entónces que al cielo ascendia  
En busca de un rayo del fúlgido sol  
Que sobre su frente brillase algun día  
Llenando á su patria de luz y esplendor.

Dijérase entónces que su ánimo fuerte  
Desdeñaba el suelo que triunfar le vió,  
Que nuevas victorias ó mas digna muerte  
Buscaba en el seno del negro turbion.

Y el héroe se lanza tras nuevas regiones,  
Los triunfos, la gloria le siguen doquier,  
Tres pueblos esclavos transforma en naciones  
Y nuevas coronas circundan su sien.



¿Quién es ¡oh Musa! indómito el guerrero  
Que como el rayo entre la nube espesa,  
De triunfo en triunfo intrépido atraviesa  
La selva, el llano, el risco aterrador?  
¿Quién escala los Andes empinados  
Como alada Deidad que sube al cielo,  
Y fija, altivo, en la region del hielo  
Su estandarte triunfante y redentor?

¿Quién estampa en las cumbres diamantinas,  
Jamás holladas, los heróicos rastros,  
Y toca, audaz, los rutilantes astros  
Envuelto de Iris en el manto azul?  
¿Quién vecino del sol, á tal altura,  
Y el pecho henchido de un delirio santo  
Alza de LIBERTAD sonoro el canto  
De helada nube entre el espeso tul? (\*)

(\*) Con alusion al Delirio de Bolívar en el Chimborazo.

Dime ¡oh Musa! quién es. No es ALEJANDRO.  
Él no fundó sus inmortales glorias  
En el honor de estériles victorias  
Ni sangre inútil derramó al pasar.  
No es la gigante roca desprendida  
Que asorda con su estruendo la montaña,  
Y aplastando al pastor y la cabaña  
Se precipita en el profundo mar.

No es CÉSAR. Lleno de celeste fuego  
Jamás holló frenético las leyes:  
Enemigo implacable de los Reyes  
Su poder formidable no usurpó.  
No es el réprobo audaz que el templo hermoso  
De LIBERTAD minando hasta el cimiento,  
En vez de un Dios á un ídolo sangriento  
Adoracion y altares consagró.

No es NAPOLEON. Cual colosal estatua  
No alza hasta el cielo la cabeza altiva  
En tanto que á sus piés gime cautiva  
Y entre dorados hierros la nacion.  
No es el bello palacio que se incendia,  
Cuyos pórticos bellos cincelados  
Del hacha al golpe ruedan desplomados  
Aumentando el estrago y confusion.

Quién es entónces? Su mision sagrada  
Fué la tierra purgar de sus tiranos:  
De la ambicion los lauros inhumanos  
Su heroico corazon vió con desden;  
Y ese entusiasmo ardiente que le enciende,  
Y ese instinto de guerra que le inflama  
No es de una gloria efímera la llama,  
Es de la patria el soberano bien.

El resplandor celeste de su espada  
Como un rayo benéfico del día  
Rasga la nube lóbrega y sombría  
Que á la virgen América eclipsó:  
Huye á su luz la torpe servidumbre,  
Y el esqueleto vil del despotismo  
En las hondas cavernas del abismo  
Convulso y para siempre se lanzó.

¡Genio feliz, meteoro deslumbrante  
Que rápido surcó la vasta esfera!  
Rastros de luz marcaron su carrera  
Toda de bien, de amor, de libertad.  
Fué cual la tempestad que el aire manso  
De sus funestos hálitos epura,  
Que cruje en hondo son, luce, fulgura,  
Y deja en pos pureza y claridad.

Así cuando el ambiente está cargado  
De impuros, de mefíticos vapores  
Recoge el sol sus bellos resplandores  
Y su broche gentil cierra la flor;  
Dobla la espiga el vástago marchito,  
Enmudecen las auras fugitivas,  
Y sus notas brillantes y festivas  
Interrumpe asustado el ruiseñor.

El cielo se oscurece lentamente;  
El mundo calla de terrores lleno,  
Solo el acento lúgubre del trueno  
Se oye en la negra esfera retumbar.  
Revienta el rayo al fin, rasga la nube,  
Ronco el turbion en remolinos crece,  
Y la celeste bóveda parece  
De lava y sangre un espantoso mar.

Mas el Íris benéfico aparece,  
Y la niebla que flota al horizonte  
Prende en las faldas del lejano monte  
Su gasa transparente y virginal.  
Levanta el tallo la marchita espiga,  
Abren sus tiernos cálices las flores,  
Canta de nuevo el ave sus amores  
Y alza la tierra su himno universal.



Ven, Musa divina! del genio santo  
Que trajo tanto bien revela el nombre,  
Y pagaré con mi discorde canto  
Un humilde tributo á su renombre.

Que quien la gloria admira refulgente  
De su vida fecunda y portentosa  
A la inmensa corona de su frente,  
Pueda añadir efímera una rosa.

Ven, oh Musa! y refiéreme la historia  
Del adalid, del ínclito guerrero,  
Que supo recorrer con tanta gloria  
De la fama el magnífico sendero.

Ya llegas.... ya tu fuego misterioso,  
Ya tu impresion, ya tus influjos siento  
En el delirio de mi pecho ansioso  
Y en el soplo aromado de tu aliento.

Tu mano delicada, encantadora,  
Sobre las cuerdas pon del arpa mia,  
Para que á su contacto, sonadora,  
Hechize el corazon con su armonia.



¿ Mas qué extraño pesar cubre tu frente ?  
Tu labio puro y virginal suspira,  
Y de fúnebre gasa transparente  
Velas la dulce, la sonante lira.

¿ Qué causa tu dolor ? No te comprendo.  
Consternada me miras y llorosa ;  
En lugar de cantar estás gimiendo  
Y una mano me tiendes temblorosa.

La mia te entrego.... Tu contacto frio  
En vez de darme inspiracion me yela,  
Y ese silencio fúnebre y sombrío  
Un infortunio, oh ! musa me revela.

¿ Me ordenas que te siga ? Por qué exhalas  
Suspiros dolorosos ? Ya te sigo.  
Iré bajo la sombra de tus alas,  
Bajo la egida de tu rastro amigo.

Me inspirarás doquiera tus conciertos,  
Y yendo en pos de tu vision lucida  
No temeré perderme en los desiertos  
De una enfadosa y solitaria vida.

Mas ¡ ai ! ¿ adónde vas ? Á cada paso  
Que incierto muevo, mi embarazo aumenta,  
Y luce el sol con brillo mas escaso,  
Y una sombra me sigue macilenta.

Oigo á veces dulcísimo un sonido  
De arpa sonora que estremece el viento,  
Otras de un hondo y lúgubre gemido  
El doloroso y solitario acento.

Si es ilusion no sé ; pero yo ignoro  
Si estas sombras fantásticas que miro,  
Si este que escucho lamentable lloro  
Es pura realidad ó si deliro.

Avanzo mas y cesan los gemidos :  
Solo las sombras y la noche crecen :  
Extinguense los ayes comprimidos  
Y las últimas luces desaparecen.

En medio de esta noche tenebrosa  
Descubro un monumento funerario,  
Y una lámpara alumbrá, misteriosa,  
De la muerte el imperio solitario.

Al santuario, confuso, me adelanto....  
Todo es descanso aquí ; calma, secreto,  
Silencio, soledad, reposo santo :  
Solo mi corazon palpita inquieto.

De mis pasos al ruido prolongado  
Que la sonora cúpula repite  
Vuelvo el rostro temiendo, horrorizado,  
Que la sagrada sombra no se irrite.

¡Lugar solemne de misterio y calma!  
 ¡Mansion de paz y de recogimiento,  
 Donde libre del mundo encuentra el alma  
 De su inmortalidad el sentimiento!

¡Oh musa! por tu lira melodiosa,  
 Por tu vision angelical y pura,  
 Dime el nombre del génio que reposa  
 En el silencio de esta tumba oscura.

Y correré á besar entusiasmado  
 De tu flotante ropa el blanco lino,  
 Y en tu alabanza entonaré, inspirado,  
 Plácido un canto en amoroso trino.

¡Mas tú te cubres los cansados ojos!  
 ¡Hondo suspiro de dolor exhalas,  
 Y la piedra que encierra los despojos  
 Con mano falleciente me señalas!

Levanta, pues, la gasa transparente  
 Que la lápida vela misteriosa:  
 Solo tu mano cándida, inocente,  
 Podrá tocar la sacrosanta losa.

Por mí no temas, la inscripcion descubre,  
 Que yo la copa apuraré de acíbar;  
 El velo caiga que la losa encubre.  
 Aliento, corazon.—Leeré.... ¡¡¡BOLÍVAR!!!!

¿Musa, es verdad? ¿Son estos los despojos  
 Del venerando salvador de un mundo?  
 Llorad sin descansar, llorad, mis ojos;  
 Exhala, pecho, tu dolor profundo.

¿Musa, es verdad? Atiende á mi lamento.  
 ¿No me engaña la loca fantasía?  
 ¿Es BOLÍVAR, sin vida, sin aliento,  
 El que reposa en esta tumba fría?

¿Es este el génio que escaló los Andes  
 Como alada Deidad que sube al cielo,  
 Y su gloria inmortal, sus hechos grandes,  
 Fué á proclamar en la region del hielo?

¿Quien ya vecino al sol, á tal altura,  
 Y henchido el pecho de un delirio santo,  
 Viendo á sus piés el rayo que fulgura  
 Alzó de LIBERTAD sonoro el canto?

Desciende ¡oh lira! de mis torpes manos;  
 Caigan tus cuerdas rotas y deshechas:  
 Ya no mas vibrarás sonos profanos  
 Ni tus blandas, tristísimas endechas.

Ó cúbrete de luto, y suspendida  
 Á los sagrados muros del santuario,  
 En la noche levanta, dolorida,  
 Tu acento funeral y solitario.

¡Silencio!!.... Escucho cóncavo un gemido  
Como el hondo suspiro de la tumba,  
Que yela el corazon con su sonido  
Y en la espaciosa bóveda retumba.

Los muros del santuario se estremecen,  
Las columnas altísimas vacilan,  
Y miro vagas sombras que aparecen,  
Llegan, pasan, y luego se aniquilan.

Como para alumbrar estos vapores  
Que se mueven y agitan á lo léjos  
La antorcha funeral sus resplandores  
Arroja en torno en pálidos reflejos.

¿Qué viene á presagiar este prodigio?  
Si es tu voz la que se oye, sombra augusta,  
Sal, aunque me deslumbre tu prestigio.  
Tu vision sobrehumana no me asusta.

Descorre ante mi espíritu dudoso  
El velo de la tumba impenetrable,  
El enigma que encierra tenebroso  
Ese sueño profundo, interminable.

Al pueblo á quien amaste habla y revela  
Su futuro, magnífico destino,  
Y á la vírgen y hermosa Venezuela  
Transmitiré tu oráculo divino.

Ya doblo una rodilla reverente  
Para escuchar profético tu acento.  
Confuso inclino la humillada frente  
Sobre el yerto, luctuoso monumento.

Me arredra este recinto silencioso;  
Entre el temor, entre el respeto lucho;  
No importa: aliento, corazon medroso.  
Habla, sagrada sombra. Ya te escucho.

---

#### La sombra de Bolívar.

“Atrevido mortal, tú, que ejerciendo  
De los Bardos el santo privilegio  
Sin temor de incurrir en sacrilegio  
Vienes mi quieta sombra á despertar;  
¿Qué espíritu invisible te conduce  
Á esta mansion de soledad y olvido?  
¿Vienes acaso un canto dolorido  
Sobre mi losa fúnebre á ensayar?”

¿Vienes á consagrarme, respetuoso,  
De tu sonora lira la armonía?  
¿Vienes á coronar mi tumba fría  
De blanca rosa ó lirio virginal?

¡Iluso Trovador! Sabe que vanos  
 Son tu incienso, tus cantos y tus flores;  
 Estos locales, frívolos honores  
 A mi gloria no bastan inmortal.

¿Qué importan los magníficos arreos,  
 El triunfal arco, el carro funerario,  
 El lúgubre aparato del santuario  
 El boato, y de los cirios el fulgor?  
 ¿Qué importan los honores de la tumba,  
 Exhalacion brillante de un momento,  
 Si el universo ignora el monumento  
 Y del fúnebre triunfo el esplendor?

Saber, honor, virtud republicana,  
 Ciencia, poder, doctrinas luminosas,  
 Estas son las ofrendas mas hermosas  
 Que de la dulce patria admitiré.  
 Cuando con estos ricos materiales  
 Levante el edificio de su historia,  
 Yo, por este escalon, de gloria en gloria  
 Del honor á la cumbre me alzaré.

Los ángeles entónces de los héroes  
 Un himno alzando en elevado tono,  
 A mi soberbio y encumbrado trono  
 Entre músicas mil me llevarán:  
 Entónces las naciones admiradas  
 Viendo la excelsitud de mi grandeza  
 Con asombro y respeto la cabeza  
 Ante mi sombra augusta inclinarán.

Entónces yo, ciñendo por corona  
 La rutilante bóveda del cielo  
 Al echar una ojeada por el suelo  
 Miraré las naciones á mis piés;  
 Y el mundo, en torno al revolver los ojos,  
 Verá do quier á Venezuela, bella,  
 Como el piloto ve la blanca estrella  
 Que ahuyenta con su luz la lobretegu.

Entónces del saber el privilegio,  
 De la ciencia sublime la luz pura  
 Será la antorcha que mi noche oscura  
 Alumbré y mi pacífico panteon.  
 Y las artes entónces bienhechoras  
 Regando por do quier sus resplandores,  
 Las ofrendas serán, las dignas flores  
 Que á mis manos consagre la nacion.

Cuando brille con toda su pureza  
 La hermosa Libertad, la inteligencia,  
 Pero la Libertad, no la licencia,  
 No de la turba el desenfreno hostil;

Cuando la patria ante las santas leyes  
La frente incline humilde y respetuosa,  
Ven á entonar ¡ oh bardo ! ante mi losa  
De mi sombra en honor cánticos mil.

¡ Oh, cómo entóncees de placer henchido,  
Cómo de amor mi espíritu inflamado,  
Cómo de afectos mi despojo helado  
Por la patria feliz se encenderá !  
¡ Oh, cómo de la antorcha solitaria  
El pálido fulgor que ahora derrama  
En esplendente, en luminosa llama,  
En clarísimo sol se tornará !

Cuando á anunciarme vengas con tus cantos  
De la nación dichosa estas grandezas,  
Cuando tu arpa consagre sus proezas,  
Su gloria y su virtud, te escucharé ;  
Y cuando pueda ser tu humilde acento  
El portador feliz de tal mensaje,  
De tu sonante lira el homenaje,  
¡ Oh bardo de mi patria ! admitiré.”

---

¡ La sombra desaparece ! Yo desmayo....  
Pierde su luz la lámpara dudosa.  
Horrendo son como la voz del rayo  
Cruje al cerrarse la sagrada losa.

La ausencia de la luz me sobresalta ;  
El corazon se yela estremecido ;  
¡ Musa, piedad, favor !!.... La voz me falta....  
Se ofusca mi razon, pierdo el sentido....







## EL MÁSCARA. \*

ROMANCE.

### EXPOSICION.

La tradicion nos refiere  
(Y no es cuento de poeta)  
Que era una niña Henriqueta  
De hermosura sin igual.  
Era como americana  
De alma grande y generosa,  
Como Caraqueña, hermosa,  
Y como hija angelical.

No diré como otros muchos  
Han dicho en versos gentiles  
Que muestra en sus quince abriles  
Mil encantos á la vez;  
Tampoco diré que tiene  
Como la noche el cabello,  
Que es transparente su cuello  
Y de azucena su tez.

No diré que es su cintura  
Una caña del desierto  
Que del aire al soplo incierto  
Oscila en blando vaiven  
Y que con razon pudiera,  
Sin pasar por orgullosa,  
Mirar á la mas hermosa  
Con orgulloso desden.

Diré ménos que en sus labios,  
Roja púrpura de Tiro,  
Vaga lánguido el suspiro  
Mas que la brisa fugaz,  
Ni que son lindos sus ojos  
Como un rayo refulgente  
Del sol, cuando alza en oriente  
La blanca aurora su faz.

Si diré que es Henriqueta  
Tan sencilla como hermosa,  
Como una flor, candorosa,  
Como un lirio, virginal;  
Como un arroyo escondido,  
Inocente y apacible,  
Como tórtola, sensible,  
Como un niño, angelical.

Doña Anastasia su madre,  
Segun la crónica cuenta,  
No ha llegado á los cuarenta  
Que aun le falta medio mes:  
Y aunque viuda desde jóven,  
Hermosa y acaudalada  
De amor la blanda mirada  
Desdeña con altivez.

Que por Henriqueta vive,  
Por Henriqueta respira,  
Es el sol en que se mira,  
Su porvenir de ilusion;  
Y la educa con esmero,  
Y la guarda como al oro,  
Á Henriqueta, su tesoro,  
Su delicia y su pasion.

Por ella doña Anastasia  
Si cuatro vidas tuviera  
Determinada las diera  
Al punto sin vacilar,  
Que es exclusivo el objeto  
De sus mas dulces caricias,  
De su pecho las delicias,  
De su vista el luminar.

Pero si doña Anastasia  
Á su hija Henriqueta adora,  
Esta sabe encantadora  
Pagar tan grande aficion;  
Que es esta madre para ella  
Un Dios á quien rinde amante  
Un corazon delirante,  
Un culto y una oracion.

Pero ¡ai! Henriqueta llora.  
¿Qué lágrima se desprende  
De sus ojos, y desciende  
Hasta el seno virginal?  
¿Por qué abatida suspira?  
¿Qué interno dolor la inquieta?  
¿Desventurada Henriqueta!  
¿Tan tierna y lloras tu mal?

\* El argumento de esta composicion está basado en un cuento tradicional del país.

¿ Tan niña, tan inocente,  
Te oprime la desventura ?  
¿ Y cabe en tanta hermosura  
Tan excesivo dolor ?  
Si gime en llanto anegado  
Un ángel puro del cielo  
¿ Qué mucho lllore en el suelo  
El infeliz pecador ?

Es que ama. Tierna, sensible,  
Su corazon es extraño  
A la astucia y al engaño,  
Mas no al inocente amor ;  
Y es siempre el amor primero  
Una herida irresistible ;  
Es un gusano invisible  
En el tallo de una flor.

Ama á Claudio. Es un mancebo  
A quien conoció en la infancia,  
Ese tiempo de ignorancia,  
De candor y sencillez ;  
Ese tiempo en que se vive  
De quimeras é ilusiones,  
Sin que las negras pasiones  
Vengan á hollar nuestra tez.

A sus amantes afectos  
Su madre no se oponia,  
Que crecer tal vez los via  
Con un secreto interes :  
Mas el amor que á Henriqueta  
Profesaba desmedido  
La hizo cambiar de sentido  
Y abrió un abismo á sus piés.

Y es el caso que en la arena  
Un rival se nos presenta,  
Caballero de gran cuenta  
Segun fama que le dan.  
Hombre de capa y espada,  
Calzon corto con hebillas,  
Ajustadas pantorrillas  
Y se titula Don Juan.

Es Henriqueta la dama  
De todas sus atenciones ;  
Enredado en sus prisiones  
Jura adorarla sin fin ;  
Y por Henriqueta vive,  
Por Henriqueta suspira  
Es la Diosa que le inspira,  
Su deidad, su serafin.

Á la madre por lo ménos  
Así Don Juan lo refiere  
Que á la niña hablar no quiere  
Por cortedad ó temor.  
Y la madre se trastorna  
Pierde el tino y la chabeta,  
Y le promete á Henriqueta,  
Y acoje, incauta, su ardor.

¿ Y Claudio ? El sensible Claudio  
De la casa es despedido ;  
Suspira y pierde el sentido  
Á impulsos de su dolor ;  
Y cuando en su acuerdo vuelve  
Se mesa el rubio cabello,  
Se maltrata el rostro bello  
Con insensato furor.

Hijo infeliz de la suerte,  
Juguete de la fortuna,  
Levantólo hasta la luna  
Y lo embriagó de placer,  
Para que su caida fuese  
Tal vez mas estrepitosa,  
Su pena mas dolorosa,  
Mas duro su padecer.

Perdido, desesperado,  
Y maldiciendo su suerte  
Buscado hubiera en la muerte  
Un descanso á su dolor,  
Á no esperar con el tiempo  
Alguna feliz mudanza,  
Que fué siempre la esperanza  
Compañera del amor.

Henriqueta por su parte  
Cual victima resignada,  
Llorosa, desmelenada,  
Y entre mortal ansiedad,  
Al sacrificio se apresta  
Por su madre preparado,  
Que es de obediencia un dechado  
Y un modelo de humildad.

Era esta la vez primera  
Que á una prueba sometida  
Fuera, tan dura y temida  
Para una amante mujer ;  
Mas valiente combatia  
Su tierna aficion temprana,  
Sus proyectos de un MAÑANA,  
Sus recuerdos de un AYER.

Mas ¿cuál es la hermosa niña  
Que por dulce y resignada  
Siendo amante y desgraciada  
No lllore en la soledad ?  
Entónces ¡ ai ! es la queja  
El solo bien que le resta,  
Un calmante á su funesta,  
Desesperante ansiedad.

Es por esto que Henriqueta  
Al reclinarse en el lecho  
Siente acudir á su pecho  
Los recuerdos mil á mil ;  
Por eso es que en el reposo  
De la noche silenciosa  
La borrasca tormentosa  
Del corazon está allí.

Es por esto que se queja  
Cuando en la blanca mañana  
De su pompa soberana  
Revestido sale el sol,  
Y cuando rojo y pausado  
Se descuelga en occidente  
Entre el manto refulgente  
De grana y de tornasol.

Es por esto que apetece  
El bien de la noche oscura  
En que pueda su amargura  
Sin reserva apacentar ;  
Y es por esto que se queja  
Del rigor de su fortuna  
Cuando la cándida luna  
Nos convida á suspirar.

Ya discurre por los patios  
Con mirada errante y loca,  
Con un suspiro en la boca,  
Un ¡ ai ! en el corazon ;  
Ya la tristeza queriendo  
Descargar que la atormenta,  
Abatida y macilenta  
Dice con doliente son :

“ ¡ Que viva yo de él ausente !  
¡ Sin su amor, madre, vivir !  
Mandadme, madre, morir  
Y os veréis obedecer,  
Que hace apeteçer la muerte  
La pena cuando es amarga,  
Y hace dolorosa y larga  
La existencia el padecer.”

“ Don Juan, amaros quisiera,  
Mas ¡ ai ! amaros no ofrezco :  
Si pienso en vos, me estremezco,  
Pienso en Claudio y soi feliz.  
A vos, Don Juan, os protege  
Un severo mandamiento,  
A Claudio mi sentimiento,  
¿ Qué sera de mi, infeliz ? ”

No es tenaz vuestra Henriqueta,  
No, madre, es desventurada,  
Que al sacrificio aprestada  
Esta que vais á exigir.  
Yo moriré, mas muriendo  
Una prueba podré daros  
De que por no disgustaros  
Preferi, madre, morir.

#### EL HOMBRE MISTERIOSO.

Corre la voz en el pueblo  
De que el Don Juan es un hombre  
De tenebrosa conducta  
Y dañadas intenciones.  
Corre la voz de que tiene  
De oro repletos sus cofres,  
Aunque oficio lucrativo  
Ni practica ni conoce.  
Corre la voz de que lleva  
Al juego sumas enormes  
Que perdidas una vez  
Con otras luego repone.  
Corre la voz de que encubre  
Sus recónditas acciones  
Con un velo tan espeso

Que sorprende y sobrecoge.  
Unas veces el contento  
Se dibuja en sus facciones,  
Otras un negro disgusto  
Que el corazon le corroe.  
Ya es rico el traje que viste  
En bordados y colores,  
Elegante es su servicio  
Y lucidos sus bridones.  
Ya de repente aparece  
Sencillo y pobre en su porte,  
Descuidados los vestidos  
Y recrecido el bigote.  
Hoi de repente se ausenta,  
Aunque nadie sabe adonde

Y mañana reaparece  
 Entre lisonjera corte  
 De enemigos que le temen  
 Y de amigos que le abonen.  
 Es una especie de duende  
 Que á todo el mundo conoce,  
 Que amenaza con su gesto,  
 Que cautiva con sus dones,  
 Que ora presenta la cara  
 Y que mañana la esconde.  
 Sobre ente tan misterioso  
 Historietas varias corren :  
 Hai quien dice que le ha visto  
 En medio de negra noche  
 Evocando con su vara  
 Las infernales visiones ;  
 Que á su horrible llamamiento  
 Los espíritus responden  
 Y que su cuarto se llena  
 De espectros y apariciones.  
 Hai quien dice que otras veces  
 Los cimiterios recorre,  
 Cual fantasma de otro mundo,  
 De gigantes dimensiones.  
 Que ora aparece y se muestra,  
 Ora se apaga ó se esconde,  
 Ya de las tumbas se aleja,  
 Ora á las tumbas se acoge.  
 Hai quien dice que le ha visto  
 Ya bien cerrada la noche,  
 De su conciencia acosado  
 Tal vez, ó de sus temores,  
 Dirigirse hacia la iglesia  
 Con paso tímido y torpe,  
 Y que al llegar de la puerta  
 Ante las hojas enormes  
 Con estrépito se cierran  
 Girando sobre sus goznes  
 Y resuenan conmovidas

Las campanas de la torre.  
 Tambien entre los muchachos  
 Y las viejas, la voz corre  
 De duendes y de fantasmas  
 Que entre rumores discordes,  
 Ya en tropel, ya una por una  
 El pueblo cruzan de noche :  
 De diabólicas figuras  
 Que á los escombros se acogen  
 Y reaparecen danzando ;  
 O arrastrando los sayones  
 En la oscuridad se pierden  
 Sus negros bultos deformes.  
 A estas historias se mezclan  
 Los esparcidos rumores  
 De delitos perpetrados,  
 De sorpresas, de traiciones,  
 Y de robos cometidos  
 A deshora de la noche,  
 Sin que descubrirse puedan  
 Del delito los autores,  
 Y en qué lugar, en qué sitio  
 Se guarecen ó se esconden.  
 Todo esto lo dice el pueblo,  
 Mas se ocultan estas voces  
 Bajo el manto del secreto  
 Que quien las dice se expone.  
 Es un murmullo escondido,  
 Un ruido sordo que corre  
 Sin que nadie al que lo causa  
 Acuse en público ó nombre.  
 Que todos el poder temen  
 De las riquezas que esconde,  
 O de sus artes ocultas  
 Las consecuencias atroces.  
 Y este ser indefinible,  
 Medio trago y medio hombre,  
 El infierno lo defiende  
 Y el oro de que dispone.

#### LA QUEJA.

Está el cielo despejado,  
 Fresca y serena la tarde,  
 Azulado el firmamento,  
 Claro y transparente el aire.  
 Hacia el rosado Occidente  
 El sol desmayado cae  
 Y arrebola con sus rayos  
 Del contorno los paisajes.  
 Perfumado está el ambiente  
 Y los céfiros fugaces

Estremecen con su aliento  
 El verde y rico follaje  
 De los granados silvestres  
 De los tupidos rosales.  
 Ya columpian un narciso  
 Que se abre al sol de la tarde,  
 Ya estremecen una rosa  
 Que al sacudimiento suave  
 Se desprende de sus hojas  
 Que una á una al suelo caen.



Ya blandos remolinean  
En redor de los follajes;  
Ya pasan sin detenerse  
Arrebatando en su viaje  
A la rosa su fragancia  
Su aroma a los azahares,  
Y repletos con la esencia  
Que en el seno no les cabe  
En el ambiente la sueltan  
Embalsamando los aires.

En hora tan regalada,  
Por tan deliciosa tarde  
Convidada, y oprimida  
Ademas con sus pesares,  
Al jardin buscando aliento  
La bella Henriqueta sale.  
Está sola: ya no tiene  
Quien sus pasos acompañe.  
Se detienen sus miradas  
Con dolor en los lugares  
Que otra vez testigos fueron  
De sus placeres fugaces.  
¡Cuántas veces venturosa  
Y en presencia de su madre  
Por aquel sitio risueño  
Vagó feliz con su amante!  
¡Cuántas veces de su Claudio  
Los cuidados vigilantes  
De riesgos la defendieron  
Difíciles de evitarse!  
¡Cuántas veces recorriendo  
Del jardin las largas calles,  
Los vástagos espinosos  
Que embarazan el pasaje,  
Con sus manos él aparta  
Para que su amante pase,  
Y de sus dedos al punto  
En hilos brota la sangre  
Que de Henriqueta recata  
Un susto para evitarle!  
¡Cuántas veces de sus flores  
Desnudando los rosales  
Tejió con ellas guirnaldas  
Que sus sienes adornasen!  
¡Cuántas veces reposando  
A la sombra de algun sauce  
Bajo sus ramas llorosas  
Se contemplan sin hablarse,  
Y con los ojos se entienden,  
Y en sus pupilas radiantes  
Ellos leen de sus afectos  
El misterioso lenguaje!

“ ¡Lugar de amor! exclamaba  
Con voz honda y lamentable;  
¡Lugar de amor, donde nunca  
Se anidaron los pesares,  
Ni irritados de la vida  
Soplaron los vendavales!  
¡Lugar de amor, sitio ameno,  
En que el céfiro suave  
Mis ilusiones mecía  
En las regiones del aire!  
Yo no pensé que debiera  
Jamás descender al valle,  
Y que a mis plantas bramando  
Oscuras las tempestades  
En el torbellino envuelta  
El huracán me arrastrase.  
¡Lugar de amor! ya no encuentro  
Quien mis pasos acompañe,  
Ni un solo eco que responda  
A la voz de mis pesares.  
Y sola por tu recinto  
En abandono espantable  
Transcurriré sin que puedan  
Tus encantos consolarme.”

El cuello entonces inclina  
En los bordes de un estanque,  
Y en el fondo transparente  
Se dibuja su semblante.  
Mas como una flor marchita  
En su cabeza observase,  
Así exclama entre suspiros  
Dando rienda a sus pesares.  
“ ¿De qué sirve, flor hermosa,  
„ Que en las aguas te retrates  
„ Si quien te puso en mi frente  
„ Tal vez solitario, errante,  
„ No verá mas tus colores  
„ Ni tu delicado esmalte? ”  
Y del abundante pelo  
La desprende en un instante  
Y sus lindas hojas vuelan  
Eparcidas por el aire.  
“ ¿De qué vale que esta cinta  
„ Con mis cabellos se enlase  
„ Y que el broche que la ajusta  
„ Lucido en mi frente radie,  
„ Si en mi frente, de la muerte  
„ Retratada está la imagen? ”  
Y el cinto de su cabeza  
Entre los dedos deshace,  
Y en las aguas de la fuente  
En trozos menudos cae.

“ ¿ De qué sirve que estos bucles  
 „ De barnizado azabache  
 „ Por el cuello de alabastro  
 „ Arrastren sus espirales  
 „ Si mi pecho á la esperanza  
 „ Acabó ya de cerrarse ? ”  
 Y del cabello destruye  
 Las proporciones iguales,  
 Y lo embrolla, y lo destrenza,  
 Y sobre la espalda cae  
 Velando sus blancos hombros  
 Desordenado y flotante.  
 “ ¿ De qué sirve, fuente bella,  
 „ Que tú mis ojos retrates  
 „ Si de aquel que amante lloro  
 „ No me muestras el semblante ;  
 „ Si él no ha de mirarse en ellos  
 „ Y ellos á él no han de mirarle,

„ Y si en tus ondas tranquilas  
 „ Le busco ¡ai Dios! pero en balde ? ”  
 Y de sus dos claros ojos  
 Se desprenden dos raudales  
 Que como líquidas perlas  
 Sobre sus mejillas caen,  
 Y rodando en anchos hilos  
 Por el seno palpitante  
 A amargar van de la fuente  
 Los purísimos cristales.  
 Así la bella Henriqueta  
 Alimenta sus pesares :  
 Del dolor atormentada  
 En el dolor se complace ;  
 Y en tono de una querella  
 Del jardín al separarse  
 De este modo, entre suspiros,  
 Un adios dice á su amante.

Sutiles vagando las auras ligeras  
 Te lleven mi afecto sincero y mi fe,  
 Cual puras deidades de amor mensajeras  
 Que pueblan los aires en blando tropel.

En sus transparentes y cándidas alas  
 Te lleven la esencia que plácido Abril  
 Concede á las flores, espléndidas galas  
 Con que orla su frente donosa y gentil.

Abriendo el capullo sacudan su aroma  
 La rosa exquisita y el blanco clavel,  
 Y exhale su arrullo la tierna paloma  
 Oculta en las ramas del lindo verjel.

Del aire liviano los dulces cantores  
 Alegren el alba con cánticos mil,  
 Y abriendo sus alas de ochenta colores  
 Te formen doseles de rico matiz.

• Que nube importuna no ofusque ni dañe  
 De tus bellos días la plácida luz ;  
 Que revuelta niebla no enturbie ni empañe  
 El célico brillo del ambiente azul.

Y siempre los años rodando incansables  
 Te lleven en alas del dulce placer,  
 Y al dejar del mundo las dichas instables  
 Encuentres en otro florido un eden.

¡ Oh ! quieran las auras vagando ligeras  
 Llevarte mi afecto sincero y mi fe,  
 Cual puras deidades de amor mensajeras  
 Que pueblan los aires en blando tropel.





## LA TERTULIA.

Era entrada ya la noche :  
 En una calle apartada  
 Reina el silencio, y apenas  
 Lo interrumpen las pisadas  
 De alguno que por acaso  
 Embozado entre la capa,  
 Medroso entre las tinieblas  
 Va tal vez fingiendo audacia.  
 Solo una casa está abierta  
 De cuantas hai en la cuadra.  
 En la puerta hai un farol ;  
 Alumbrada está la sala,  
 Y sus amigos en ella  
 Recibe Doña Anastasia.  
 Un solo hombre se descubre  
 Entre el séquito de damas.  
 Regular es su estatura,  
 De ancho pecho y ancha espalda,  
 Y aunque tal vez sus facciones  
 Son bellas, proporcionadas,  
 Una expresion hai en ellas  
 Aunque indefinible, ingrata.  
 Sus ojos nunca se fijan  
 Sobre el rostro de quien le habla,  
 Como quien en tales ojos  
 Teme descubrir el alma.  
 Su voz es áspera y dura  
 Cuando olvida disfrazarla,  
 Pero si la dulcifica  
 Es mas fingida que blanda.  
 En su mirar de soslayo  
 Hai algo que desagrada,  
 Sus finezas no cautivan  
 Que antes desconfianza causan.  
 Esto descubre el que atento  
 Y sin prevencion le trata,  
 Pero en cambio es ostentoso  
 En su traje y en sus galas ;  
 Con las damas cortesano  
 A sus caprichos se adapta,  
 Y por darse valimiento  
 Cuando le conviene, paga  
 Prosélitos que hasta el cielo  
 Alaben sus prendas raras.  
 Con esta astuta conducta  
 Y atenciones simuladas,  
 La confianza mas completa  
 Ganó de Doña Anastasia.  
 Este extraño personaje  
 Es Don Juan, quien en la sala

Ocupa las atenciones  
 De cuantas hai bellas damas  
 Y á todas las entretiene,  
 Anima á todas y encanta,  
 Ya contando sus haciendas  
 Ya contando sus hazañas.

Frente á frente de su madre  
 Está Henriqueta sentada,  
 Aquella con rostro alegre,  
 Esta mística y cabizbaja ;  
 Aquella á todos responde  
 Y divierte cortesana ;  
 Esta inmóvil en su silla  
 Es del silencio la estatua.  
 De los presentes momentos  
 La una goza alegre y franca ;  
 La otra ignora ó desatiende  
 Cuanto en torno suyo pasa.  
 Está atenta la primera,  
 Su alma toda está en la sala,  
 Y el placer en que rebosa  
 A los otros se traspassa.  
 De la segunda en los ojos  
 Se transparenta y retrata  
 Una abstraccion que la lleva  
 A otro mundo de esperanzas,  
 A un ciclo de bendiciones  
 O un infierno de desgracias.  
 Don Juan arrastra su silla  
 Cerca de Doña Anastasia,  
 Y este dialogo murmuran  
 Para los dos en voz baja.  
 —No nota usted de Henriqueta  
 La enajenacion extraña ?  
 —Acaso algun accidente,  
 Señor Don Juan, la maltrata.  
 —La dolencia bien conozco  
 Que el corazon le desgarras.  
 —Si por Claudio lo decís,  
 Don Juan, no receléis nada.  
 —¡Yo á Claudio temer, señora !  
 Ni siquiera lo pensaba.  
 Entre ese infeliz y yo  
 Es inmensa la distancia.  
 —A no pensarlo yo así  
 No hubiera por vuestra causa  
 Despedido al pobre mozo  
 De quien tanto recelábais.  
 —No sabéis lo que se dice

Del tal Claudio ?

—No sé nada.

—¿No han llegado á vuestro oído

Las voces que se propagan

De robos, de atrocidades,

De violencias perpetradas

Que en secreto se susurran

Y de que hablan en voz baja ?

—Algo de eso.

—¿Y no sabéis

Que es Claudio el mismo que arrastra

Esa vida de delitos

Y de atrocidades tantas ?

—¿Será cierto ?

—¿Y no sabéis

Que las paredes escala,

Y que de la sombra oscura

Protegido y su comparsa,

En las casas se introduce

Con su puñal y sus armas ?

—Qué decís ?

—¿Y no sabéis

Que al traves de opaca mascara

Impenetrable, y hundido

En los pliegues de su capa....

—Parece increíble, Don Juan ;

Malvado no le juzgaba.

—Y le defendéis ?

—No tal ;

Pero la nueva me espanta.

La bondad la mansedumbre

En su rostro se pintaba.

—Doña Anastasia, mirad

Que el rostro a veces engaña.

—Mas no abundan, por fortuna,

Esas almas depravadas

Que la maldad alimentan

Tan oculta y disfrazada,

Que nunca, nunca, en la vida

Se les asome a la cara.

Oyó el otro estas razones

Sin saber cómo tomarlas,

Si por lo que en si valian

O como se tira amarga.

En el rostro un leve tinte

De turbación se le marca.

Un silencio sospechoso

Por breves instantes guarda,

Y su pasmo conociera

La misma Doña Anastasia

A abrigar ella en su pecho

Temor, duda, ó desconfianza.

Repuesto Don Juan prosigue

Con su astucia acostumbrada.

—No es mi intento contrariaros :

Un error..... alguna falsa

Noticia.... tal vez, señora,

La voz pública se engaña.

Aquí cortando el discurso

Con gravedad se levanta,

A Henriqueta se aproxima

Y con misterio le habla.

Mas los ojos de la bella

Distraídos, errantes vagan,

Y Don Juan enfurecido

Dice con voz esforzada :

—Qué decís ? ¿guardáis silencio ?

Hablad, jóven, sin tardanza.

Henriqueta por Don Juan

De repente interpelada

Como quien sale de un sueño

Que los sentidos embarga,

Vuelve en su acuerdo, se turba ;

La sangre al rostro le salta.

Y no encontrando respuesta

Dudosa y tímida calla.

Él insistiendo le dice

Con malicia concentrada :

—No contestéis, Henriqueta ?

Solo espero una palabra.

—Perdonad, señor ; responde

La niña ruborizada :

Una pena.... aquí.... en la frente,

Me consterna y me quebranta.

—Que mejoréis, Henriqueta.

—Señor Don Juan, muchas gracias.

Al decir esto Don Juan

Se despide y se levanta :

Una leve cortesía

Con un adios acompaña,

Y aquel fatídico adios

Que en el aire se propaga

Es la voz de un anatema

Que en el corazón se graba ;

Sus postreras vibraciones

Retumbando por la sala

Con el rumor de la gente

Se entremezclan y se apagan,

Y a todos sobrecogiera

Su espantosa disonancia

A no impedirlo en tal hora

La femenil algaraza.

Al corredor se dirige ;  
Allí se envuelve en su capa,  
Y de repente á la vista  
Cual sombra se oculta vana.

Todas luego se despiden  
Entre ruido y carcajadas  
Y un silencio pavoroso  
Reina despues en la sala.

## EL MASCARA.

Nada interrumpe el silencio  
De la casa de Henriqueta  
Y del sueño la paz quieta  
Su gente gozando está.  
Se escucha solo en la sala  
Compasado el movimiento  
Del reló que va violento  
Murmurando su compas.

Cual fantasma que la tierra  
De sus abismos exhala  
Se ve súbito en la sala  
Una sombra aparecer.  
Que entre la lámpara opaca  
Antepuesta su figura  
Con gigantesca estatura  
Se dibuja en la pared.

No se sienten sus pisadas  
Dentro la desierta sala,  
Y la fantasma resbala  
Con silencio sepulcral ;  
Solo el crujir se percibe  
De su extensa vestidura  
Que larga, espesa y oscura  
El suelo barriendo va.

Y á la estancia se dirige  
La fantasma pavorosa  
Y la lámpara dudosa  
Pinta su sombra otra vez,  
Que grotesca se propaga  
Por el ancho pavimento  
Y se ofusca con el viento  
Que la luz va á conmover.

Se detiene la figura  
Ante la cama anchurosa  
En que tranquila reposa  
Doña Anastasia infeliz ;  
Y apartando el cortinaje  
Con fuerte sacudimiento,  
A contemplarla un momento  
Se detiene el bulto allí.

El movimiento del lienzo  
Su blando sueño interrumpe ;  
Los ojos abre, y prorumpe  
En un grito de terror ;  
Mas aquel espectro oscuro  
Un puñal sacó del pecho  
Y la infeliz desde el lecho  
Brillar mil veces le vió.

Perdon, Claudio, no me mates  
Exclama sobresaltada.  
Compasion : tu mano armada  
No descargues sobre mí.  
Es imposible, responde  
Una voz cóncava, horrible,  
Cuyo acento no es posible  
Conocer y distinguir.

—Al punto dadme las llaves  
De vuestros cofres, Señora—  
—Á tus plantas, Claudio, implora  
Una mujer tu piedad—  
—La compasion no es la prenda  
De quien ha tenido aliento  
De llegar á este aposento  
Á esta hora, con un puñal.

—Esa máscara espantosa  
En vano tu rostro vela ;  
No: mi sangre no se yela  
Apesar de tu disfraz.  
Sé tu nombre y no presumo  
Que tu mano generosa  
En una mujer llorosa  
Pretendas ensangrentar.—

—Mi nombre nada os importa.  
Silencio, y venid conmigo :  
Por esta vez yo os lo digo :  
Otra os lo dirá el puñal—  
—No, Claudio : tú fuiste bueno  
Y tu virtud me asegura :  
Jamás tu conciencia pura  
Con tal crimen mancharás—

—Pues moriréis—No, perdona ; Toma el otro sin exámen  
 Aparta el arma homicida— Esa llave apetecida.  
 —Ó las llaves, ó la vida— Nada teme : la salida  
 —Sí, Claudio, te las daré— Segura la-cuenta ya.  
 Y las llaves le presenta Y sin mirar en su anhelo  
 Doña Anastasia al momento Al uno ni al otro lado  
 Con desesperado acento Se lanza precipitado  
 Diciendo al darselas—Ten— Á la puerta del zaguán.

“Conducidme: ya sabeis  
 Que es vana la resistencia,”  
 Le dice con inclemencia  
 Aquel espectro infernal.  
 Ella entónces se levanta  
 Para servirle de guía,  
 Y él de cerca la seguía  
 Con el puñal por detrás.

Ambas figuras vagando  
 En la estancia silenciosa  
 La imágen son misteriosa  
 Del crimen y del dolor :  
 La una lleva en el semblante  
 La desolacion pintada,  
 La otra la muerte sentada  
 Sobre su puñal atroz.

Saciada ya la codicia  
 Del ladron sediento de oro,  
 Su persona y su tesoro  
 Determina asegurar ;  
 Y de nuevo amenazando  
 Á la dama consternada  
 Pregunta con voz airada  
 Por la llave del zaguán.

Un pensamiento á la dama  
 Acomete de repente ;  
 Animado el pecho siente  
 De varonil decision ;  
 Que es la mujer en el riesgo  
 En imaginar violenta,  
 Y atrevida si la alienta  
 La venganza ó el amor.

Sin vacilar la señora  
 Con el dedo le señala  
 Una llave que en la sala  
 Colgada á un tabique está,  
 Y esta llave pertenece  
 Á una doble y ancha puerta  
 Que conduce de la puerta  
 Á una calle principal.

Todas sus fuerzas entónces  
 Recoge Doña Anastasia,  
 Que en la extremada desgracia  
 Es sublime la mujer.  
 Los zapatos abandona,  
 Y conteniendo el aliento  
 Sigue al ladron, mas que el viento  
 Sutil sobre entrambos piés.

Mientras él brega en la puerta  
 Por introducir la llave  
 Logra ella con tiento suave  
 El entreporton cerrar,  
 Y pasándole el cerrojo  
 Con estruendo estrepitoso,  
 Al máscara misterioso  
 Aprisiona en el zaguán.

Corre luego á la ventana,  
 Y abriéndola sin tardanza  
 Clama, grita y no descansa  
 En su continuo gritar.  
 Y la cuadra se alborota,  
 Y los vecinos concurren,  
 Cobardes unos, se escurren,  
 Valientes otros, se están.

Entre tanto el calabozo  
 Forzar quiere el prisionero  
 Cual tigre sangriento y fiero  
 Que encadenado se vé,  
 Y la puerta que lo encierra  
 A su formidable empuje  
 Sobre entrámbos ejes cruje  
 Que la afectan al dintel.

Al estruendo que se escucha  
 Cuyo origen no se acierta  
 Henriqueta se despierta  
 Sobresaltada y sin voz,  
 Y de los brazos del sueño  
 Se desprende atribulada,  
 De su pena concentrada  
 Benigno consolador.

Baja veloz de su cuarto  
De su nodriza seguida,  
La cabellera tendida  
Sobre la frente sin par;  
Los ojos en desconcierto,  
El corazon palpitante  
Y en el célico semblante  
Una palidez mortal.

Ya la puerta de la calle  
De tropa cercada estaba,  
Y su jefe preguntaba  
Por la llave del porton;  
Entónces Doña Anastasia  
Llegándose á la ventana  
Entre orgullosa y ufana  
Sin vacilar se la dió.

La puerta se abre. La escolta  
Con el arma preparada  
Penetra precipitada  
Y sin estorbo al zaguan;  
Y cercando al prisionero  
Que tranquilo permanece  
Mas bien que un hombre, parece  
Una vision infernal.

Del entreporton entónces  
Las anchas ojas se abrieron,  
Y las armas recibieron  
De cien antorchas la luz;  
Y el oficial de la escolta  
Llegándose al prisionero  
"Ríndase usted, caballero,  
Le dijo, por Belzebú."

El máscara lo repele  
Con una fuerte pechada,  
Y requiriendo la espada  
„Nadie se acerque," exclamó.  
„Por una mujer vencido  
„De satánica malicia  
„Á todos haré justicia;  
„Hacedme justicia vos."

"Los deberes reconozco  
„De mi deplorable estado;  
„Yo debo ser desarmado,  
„Mas yo me desarmaré."  
Y desprendiendo del cinto  
La espada que le ceñía  
La pone con bizarria  
Del oficial á los piés.

"Doña Anastasia: este cofre  
„Vuestro es; lo habeis redimido.  
„Declaro que me ha vencido  
„Vuestra astucia sin igual.  
„Mas es justo que queráis  
„Saber, señora, quien soi.  
„Á satisfaceros voi,  
„Conocedme: soi Don Juan.

Y la máscara se arranca,  
Y la bate contra el muro,  
Y en su rostro aspero y duro  
Brilla sonrisa feroz;  
Una sonrisa aparente,  
Amarga como los celos;  
Sarcasmo con que á los cielos  
Y á los hombres insultó.

Doña Anastasia en tal punto  
Conmovida y trastornada  
En los brazos desmayada  
De su hija amante cayó.  
Mientras que Don Juan se rinde  
Al oficial sin reserva,  
Su pena ocultando acerba  
Bajo el ancho capoton.

#### CONCLUSION.

Al estruendo de las armas,  
Al rumor de los soldados,  
A los ayes exhalados,  
A el alarma y confusion,

El mas lóbrego reposo  
Fué por grados sucediendo,  
Y los rumores muriendo  
Todo en silencio quedó.



En un ancho taburete  
Henriqueta está sentada  
Y su madre reclinada  
Sobre su rodilla está ;  
La madre oculta su pena  
En lo mas hondo del pecho,  
Y la hija en llanto deshecho  
Su llanto quiere ocultar.

La madre guarda silencio  
Y en ocasiones suspira ;  
A Henriqueta á veces mira  
Con la mas tierna expresion,  
Y Henriqueta conmovida,  
Sobre la abatida frente  
De su madre, un beso ardiente  
Estampa lleno de amor.

Y la madre la cabeza  
Levanta, la mira inquieta ;  
La blanca mano le aprieta  
Y la lleva al corazon ;  
Y amorosa la acaricia,  
Y la riega con su llanto,  
Y su pena y su quebranto  
De esta manera exhaló :

“ ¿ Adónde me llevaba  
Mi loca fantasía ?  
Tal vez por Henriqueta  
Velabas tú, gran Dios.  
Abrazame, Henriqueta,  
Abrazame, hija mia ;  
Pasaron los peligros  
Y aun quedame el temor.

¡ Perdona ! yo pensaba  
Hacerte venturosa ;  
¡ Perdona ! del abismo  
El cielo te sacó,  
Abismo que mi mano  
Cavaba presurosa  
Y que un Eden de glorias  
Juzgaba en mi ilusion.

¡ Perdona ! tú tan dulce,  
Tan candida, tan pura !....  
Yo acaso te creia  
Un cielo, un querubin ;  
Un Dios yo te buscaba  
En alma y en figura ;  
Al cielo yo ofendia,  
Mas él perdona al fin.”

Mas se escucha en la calle de repente  
El dulce preludiar de un trovador  
Que sus quejas exhala blandamente  
De la luna inocente al resplandor.

Oye Henriqueta el celestial acento  
Y se mitiga un tanto su pesar,  
Y atenta el alma, el corazon atento  
Moverse teme, y teme respirar.

El mundo yace en mágico reposo,  
¡ Horas de calma, de placer, de amor !  
Y en medio del silencio misterioso  
Esta cancion entona el trovador.

“ Amor, tú me has ofendido,  
Pero quedas perdonado :  
Amor, soi desventurado  
Y perdona el infeliz.  
El que vive en la grandeza  
Y á quien su tesoro abona,  
Ese, amor, nunca perdona,  
Mas el desgraciado sí.”

La voz oye Henriqueta  
Y conocerla piensa ;  
Opaca niebla y densa  
Sus ojos ofuscó :



Un lánguido desmayo  
 Acometerla siente,  
 Mas oye nuevamente  
 La voz del trovador.

“Mientras que dura la noche  
 Suspiro yo á tu ventana  
 Temiendo el sol de un mañana  
 Que ha de alejarme de ti ;  
 Mas cuando la noche arrastra  
 Hacia Occidente su velo,  
 Cuando el sol colora el cielo  
 Estoy ya léjos de aquí.”

Entónces de su madre  
 Apértase Henriqueta,  
 Y palpitante, inquieta,  
 Turbado el corazon,  
 Se asoma á la ventana  
 A tiempo que el mancebo  
 Con blanda voz de nuevo  
 Cantaba esta cancion.

“Feliz si pudiera debajo tus rejas  
 Morir, ó duraran estando yo aquí  
 Eternas las noches, eternas mis quejas,  
 Y eterno el suspiro que exhalo por ti.”

No duda ya Henriqueta :  
 Un grito prolongado  
 Del pecho acongojado  
 La misera lanzó.  
 Las fuerzas la abandonan,  
 Se ofusca su mirada,  
 Y moribunda, helada,  
 Exanime cayó.

“Levanta de nuevo tu frente hechicera :  
 Levanta : te esperan la dicha, el amor.  
 No agosten los vientos en su primavera  
 Tan bella, tan pura, tan candida flor.

“Levanta, que es dulce vivir si viviendo  
 Hallamos, hermosa, un pecho que amar,  
 Si hallamos quien sufra si estamos sufriendo,  
 Si hallamos quien llore al vernos llorar.

“El tallo levanta, clavel peregrino,  
 Pasó la tormenta, cesó su furor.  
 Que el rayo primero del sol matutino  
 Devuelva á tus hojas su brillo y su olor.

“Y que este mi llanto que riega tu frente  
 A nueva existencia te torne y feliz  
 Cual lluvia que embota del sol inclemente  
 Los rayos que lanza del alto zenit.”

Como el quejido lejano  
De alguno que se lamenta  
Y al aire su pena cuenta  
En profunda soledad ;  
De Henriqueta en el oído  
La voz que así la llamaba  
Confusamente sonaba  
Como ensueño celestial.

Pausada y lánguidamente  
Abre sus ojos de cielo,  
Celestiales en su duelo,  
Dulces en su languidez ;  
Mas de repente la hermosa  
Un ¡ai! prolongado exhala  
Al ver á Claudio en la sala  
Arrodillado á sus piés.

Mas no es el ¡ai! de la muerte  
De un corazón desgarrado,  
Es un ¡ai! afortunado  
Lleno de encanto y pasión.  
A los brazos de su madre  
Se precipita y la dice :  
“ Madre de amor, soi felice ;  
Gracias mil, madre de amor.”



OF NEW YORK.

## EL SERENO.

ROMANCE.

¿ Qué quieren esas sombras silenciosas  
Que cual espectros vagan soñolientas,  
Que del tardo reló las horas lentas  
Con monótona voz contando están ?  
Yo las miro tranquilas unas veces,  
Otras moverse y otras levantarse,  
Y luego con la sombra entremezclarse,  
Mas yo no sé si vienen ó si van.

¡ Do quier fantasmas y engañosas sombras !  
¡ Do quiera una vision que me estremece !  
Mi afán oculto con la noche crece ;  
Asoma el sol y cólmase mi mal.  
¿ Do está la paz que el hombre busca en vano ?  
¿ Do se oculta el placer, donde el contento ?  
¡ DICHIA ! . . . . PLACER ! . . . . sarcasmo, vano acento  
Con que se engaña el mísero mortal.

Salgo á buscar del aire la frescura  
Y hallo solo gemidos en el viento ;  
Busco la soledad y hallo un lamento ;  
Busco la oscuridad y hallo la luz.  
Ni puede libertarme de mí mismo  
El reposo benéfico del sueño,  
Ni de la aurora el resplandor risueño,  
Ni de la noche el lóbrego capuz.

¿ Quién soís vosotras, tétricas visiones  
De negro aspecto, de rugoso ceño ?  
¿ Contais mis horas ó velais mi sueño ?  
¿ Soís ilusion, mentira ó realidad ?  
Vuestro aspecto fatídico armoniza  
Con el pavor que la ciudad encierra,  
Cuando callan los hombres, y la tierra  
Dormita envuelta en densa oscuridad.

Si ángeles sois de la callada noche  
Que vigilais mi sueño, yo os bendigo ;  
Mas si contais mis horas yo maldigo  
Vuestro lamento lúgubre y tenaz :  
Y si no es mas que el fatigante aborto  
Con que me asustas tú, conciencia impía,  
No me persigas mas, déjame un día  
Vivir tranquilo y reposar en paz.

Esto murmura entre dientes  
Con acento ronco y grave  
En medio de las tinieblas  
De la noche un personaje  
Que con pisadas inciertas,  
Entre recónditos ayes,  
Cual si mil tristes memorias  
El alma le desgarrasen,  
De la ciudad discurría  
Por una apartada calle.  
De sus varoniles hombros  
Pende, flotando en el aire,  
Una corta capa oscura  
Con que se cubre el semblante,  
Capa de sedán luciente  
Que oculta solo una parte  
De su bien trazado cuerpo,  
Pues aquel ancho ropaje  
Desciende, formando pliegues  
Á cada paso que él hace  
No mas que hasta la rodilla  
Sin que de allí un punto baje.  
Un oprimido calzon  
Que de su pierna elegante  
Señala las proporciones  
Corre al zapato a ajustarse.  
Brillante media de seda  
El pié viste. Anteados guantes  
Ostentar deben sus manos,  
Pues de ello nos dan señales  
Los extremos de los dedos  
Que encogidos sobresalen  
Por entre ambas dos orillas  
Del anchuroso ropaje,  
Y que al pecho lo recogen  
Para que reserve y guarde  
Con media parte del rostro  
Mas de la mitad del traje.  
Esto es cuanto se percibe  
Del nocturno personaje,  
Al favor de los reflejos  
Dudosos y vacilantes  
Del farol de media noche  
Que a cierta distancia arde.  
Mas si por su noble porte  
Y su exterior elegante,  
Si por las telas costosas  
Que viste y de que hace alarde  
Se deducen sus riquezas  
Y se adivina su clase,  
Tambien se vé que oprimido  
Su pecho angustiado late,

Que su corazón corroe  
 Un dolor desesperante ;  
 Pues así que hubo exhalado  
 Sus tristezas y sus ayes  
 Entre los acres sonidos  
 De sus lastimeras frases,  
 En un silencio completo  
 Quedó sumido. El pié errante  
 Mover quiso á la ventura  
 Como huyendo el encontrarse  
 Con sus propios pensamientos  
 Á su reposo fatales,  
 Y en su turbación temiendo  
 Que el movimiento le falte  
 Prefiere vagar incierto,  
 Para matar sus pesares,  
 Como una sombra nocturna  
 Ó como espectro ambulante.  
 Mas apenas el pié mueve,  
 Antes que de allí se aparte  
 Oye una voz de improviso  
 Sorda, fatídica y grave  
 Que cual llamamiento horrible  
 De los génius infernales  
 Hace que tiemblen sus miembros.  
 Á su sonido espantable  
 Erízasele el cabello,  
 Su corazón se contrae,  
 Y á despecho del contacto  
 Del fresco aliento del aire,  
 De su frente gota á gota  
 Abundante sudor cae.  
 En medio de estas angustias,  
 Sin saber de donde sale,  
 Oye el discurso importuno  
 Que pronuncia formidable  
 Esta voz, desconocida  
 Como por que mas le espante.

Lloro, infeliz, gime y llora  
 Que así se aplaca el encono  
 De la conciencia traidora,  
 Que allí donde el crimen mora  
 Tiene la angustia su trono.

Gime, infeliz, llora y gime,  
 No halle treguas tu dolor,  
 Que el tormento que te oprime  
 Es la venganza sublime  
 Del que oprimiste traidor.

Sublime, sí, porque viene  
 Del cielo que así lo ordena.

Cuando el hombre no interviene,  
Ni hai tribunal que condene  
En la tierra, Dios condena.

Es sublime ese castigo  
En que atormentado el pecho  
Por un dolor enemigo  
No hai para el alma un abrigo  
Ni para los miembros lecho.

Cuando se transformá en reo  
El verdugo en quien se encona  
El remordimiento feo,  
Mientras que con buen deseo  
La víctima le perdona.

Cuando el señor inhumano,  
Cuando los fuertes que oprimen  
Sienten oculto un gusano  
Que se arrastra y ceba insano  
Sobre el criminal y el crimen.

Llora, pues, infeliz, llora,  
Que así se aplaca el encono  
De la conciencia traidora,  
Que allí donde el crimen mora  
Tiene la angustia su trono.

EL DESCONOCIDO.

Hombre ó fantasma ¿quién eres  
Que de tu pecho el veneno  
Contra mí exhalas? ¿Qué quieres?  
Intimidarme no esperes.  
¿Tu nombre?

EL OTRO presentándose.

Soi un Sereno.

DESCONOCIDO.

¡Un Sereno! ¿Mas de dónde  
Deduces tú que yo tema  
Lo que mi conciencia esconde?  
¿Cual es mi crimen? Responde.  
¿Qué me importa tu anatema?

EL SERENO.

¡Qué! ¿piensas que no escuchaba  
Cuando tu labio angustioso  
À tu conciencia apelaba,  
Y una hora le demandaba  
De benéfico reposo?

¿No te he visto hace un instante  
Llevar inciertos tus pasos  
Como un culpable, que errante  
Aun del farol vacilante  
Los reflejos teme escasos?



¿No escuché de tus gemidos  
El acento doloroso ;  
Los suspiros comprimidos,  
Y hasta los fuertes latidos  
De tu corazon ansioso ?

DESCONOCIDO.

¿Y por qué razon, audaz,  
Con constancia abominable  
Siguiendo mis pasos vas ?  
¿Sabes ante quién estás ?  
Dí , ¿ quién eres, miserable ?

SERENO.

¿Y tú quién eres ? Acaso .  
Un remordimiento vivo  
Que ve de un Dios vengativo  
Sobre él levantado el brazo.

¿ Tú quien eres ? algun hombre  
Á quien ahuyenta del lecho  
El ansia que arde en su pecho  
Por el esplendor de un nombre.

¿ Tú quién eres ? algun ente  
Que riqueza ambicionando  
Con llanto la irás regando  
Del que arruinas insolente.

Serás algun seductor  
Que vendiendo a las doncellas  
Por amor tus frases bellas  
Las engañaras traidor.

Si no, dime, ¿ qué ocasion  
Te conduce aqui a deshora .  
Sino la pena traidora  
Que te rasga el corazon ?

Si no, dime, ¿ quién te obliga  
Á velar en noche oscura  
Sino la horrible amargura  
Que hasta en el lecho te hostiga ?

¿ Por qué dejas que el sereno  
Aje y manche ese vestido  
Que cobija, fermentido,  
El pesar que rasga el seno ?

¿ Por qué dejas las fastuosas  
Alcobas en que dormitas  
Y á la calle precipitas  
Tus pisadas tenebrosas ?

¿ Quién te somete al tormento  
De este ambiente que entumece,  
Del viento que silba y crece;  
Quién sino el remordimiento ?

Vosotros....

DESCONOCIDO.

Silencio.

SERENO.

Espera,  
Que me falta que decir  
Y la verdad has de oír  
Quizas por la vez primera.

Vosotros, grandes señores,  
Que teneis nombre y riquezas  
Poseéis con vuestras grandezas  
Una copa de dolores.

Vais á buscar en la danza  
El placer, y en los jardines;  
Mas hallais en los festines  
Burlada vuestra esperanza.

Buscáis el blando reposo  
Entre los brazos del sueño;  
Vais al lecho, ¡vano empeño!  
Él os huye desdeñoso.

Buscáis un manjar que encanta  
Y estimula el apetito,  
Mas el manjar exquisito  
Se os detiene en la garganta.

Vosotros buscáis con ansia  
La ventura en el amor  
Y solo halláis una flor  
Deshojada y sin fragancia.

¿No es verdad? En vuestra hartura  
Ni de ese placer gozais,  
Y el alimento probais  
Sin saborear su dulzura.

DESCONOCIDO.

¡Oh! no sigas, por piedad.

SERENO.

Bien está, yo callaré,  
Y si el lenguaje te hablé  
Amargo de la verdad,

No olvides que si ha llegado  
Desnudo, ahora, ante tus ojos,  
El temor de tus enojos  
Lo apartará de tu lado.

No siempre á esta hora un Sereno  
Habrà que te llame á juicio,  
Cuya voz aturda el vicio  
Que invade, tal vez, tu seno.

DESCONOCIDO.

¡ Oh ! basta, hombre riguroso,  
Tu espíritu me domina,  
Y de tu voz me fascina  
El acento poderoso.

Bastante he sufrido yo  
Sin que tus palabras duras  
Aumenten las desventuras  
Que mi alma experimentó !

Sin que tus gritos feroces  
Despierten los mil tormentos  
De los mil padecimientos  
Que el pecho rasgan atroces.

SERENO.

¿ Eres infeliz ?

DESCONOCIDO.

Lo soi.

SERENO.

Basta ya : te compadezco ;  
Mi amistad débil te ofrezco  
Y á tus órdenes estoi.

Do quiera que gime un triste  
O suspira en desconsuelo  
Mi alma con amante anhelo  
O le socorre ó le asiste.

No así al feliz que en la tierra  
Del infortunio se rie.  
Para que su dicha expie  
Mi voz le acosa ó le aterra.

Él tiene una larga cuenta  
Que darme en el mundo á mí ;  
Si vivo, si estoi aquí,  
La venganza es quien me alienta.

Me gusta ser del que oprime  
El demonio aterrador,  
Y un ángel consolador  
Del desgraciado que gime.

Y me gusta, en mi venganza,  
Poner un grano de acíbar  
En la copa que el almíbar  
Contiene de su esperanza.

Creyéndote afortunado  
Tu ventura amargar quise,  
Mas mi labio se desdice,  
Si sufres estoi vengado.

¡ Pero vengado !.... ¿ qué digo ?  
 Si padeces como yo,  
 Si tu alma el pesar probó  
 Ya no soi mas tu enemigo.

Sabrás la historia del hombre  
 Cuya vida amarga ha sido  
 De sufrimiento un tejido,  
 Pero no sabrás su nombre.

¡ Su nombre !.... ¿ qué importa ahora ?  
 Tiene nombre un sin ventura ?  
 Solo hai una sepultura  
 Para quien la muerte implora.

Perdí mi esperanza amada  
 Y de un ángel la sonrisa,  
 Mi amor perdí, perdí á Elisa.

DESCONOCIDO.

¡ Elisa !

SERENO.

¿ Qué tienes ?

DESCONOCIDO.

Nada.

SERENO.

Jurara que visto habia  
 Un movimiento indecible,  
 Un temblor imperceptible  
 Que por tu cuerpo corria.

DESCONOCIDO.

No, te engañas.

SERENO.

Puede ser.  
 Pero escucha, que mi historia  
 Aunque su ingrata memoria  
 Me destroce, has de saber.

“ Entre espinas nacida y entre abrojos  
 Elisa fué, mas bajo de la luna  
 Nunca á verse llegó belleza alguna  
 Tan celestial ni de tan lindos ojos.  
 Mas que alabastro, barnizado y bello  
 Era su cuello ;  
 Enano y leve  
 El pié que mueve,  
 De nieve pura  
 La dentadura,  
 Y la blanda mirada encantadora  
 Como la luz primera de la aurora.”

“El perfume campestre que la brisa  
Roba á la abierta flor del verde prado  
Era ménos fragante y aromado  
Que el aromado aliento de mi Elisa.  
De su argentina voz la melodía  
Celeste y pía  
Arrebataba  
Cuando vibraba;  
Llevaba al alma  
Contento y calma,  
Y cuando al fin callaba su acentos  
Aun los buscaba el ánima en los vientos.”

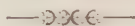
“Al contemplarla yo tan linda y pura  
Entre el temor luchaba y la confianza,  
Vacilaba la luz de mi esperanza  
Y crédito no daba á mi ventura.  
Cuando su boca de coral reía  
Yo fallecía;  
Rayos la frente  
Lanzaba ardiente;  
Aun de los cielos  
Tuviera celos,  
Y extraviado, frenético, anhelante,  
Las huellas de sus piés besaba amante.”

“Así pasaba yo la dulce vida,  
; Existencia de amor, gloria soñada!  
Tan plácida y feliz como ignorada,  
Y de mi corazon solo sentida.  
Sí, porque solo el corazon que ama  
Sabe la llama  
Que le devora.  
El solo llora,  
Solo él suspira  
Sufre ó delira,  
Y ya goce feliz ó triste gima  
No hai quien le entienda ó su dolor reprima.”

“Yo formaba bellísimas guirnaldas  
De espigas, de clavel y enredadera  
Para orlar su abundante cabellera  
Que ondeaba en sus blanquísimas espaldas.  
Para ella eran las rosas, los jazmines  
De los jardines,  
Y las colmenas  
De licor llenas,  
Y el estribillo  
Del pajarillo,  
Y para ella los lánguidos acentos  
Que la tórtola fiel daba á los vientos.”

“Otras veces tomándola del brazo  
Íbamos juntos á triscar al prado,

Y ella al sentir su cuerpo fatigado  
 Descansaba su frente en mi regazo.  
 Cubríanme entónces sus flotantes rizos  
 Con sus hechizos.  
 Tanta belleza,  
 Tanta pureza,  
 Tanta hermosura  
 Dormía segura  
 Pues yo velaba con prolijo empeño  
 De aquel ángel de amor el casto sueño.”



“Elisa, algunas veces  
 En mi ardiente delirio le decia,  
 ¿ Por qué razon el cielo  
 En vez de mi impotente medianía  
 No concedió á mi anhelo  
 Gloria, poder, celebridad y un trono ?  
 En él sentada tú fueras lo que eres  
 Del despecho á pesar y del encono  
 De la turba vulgar de otras mujeres.  
 Fieras hermosa siempre á par de nadie  
 Cual te miro al presente, ya aparezca  
 Brillante tu mirar, ya ardiente radie,  
 Ya dulce y apacible languidezca.  
 Y yo á tus piés extático, arrobado,  
 Viendo tu esplendidez, concesion mia,  
 Juzgara merecer tu amor precioso  
 Y fuera igual tu triunfo á mi alegría.  
 Y no que recibiendo de tus manos  
 Toda mi dicha y mi ventura inmensa  
 No tienes mas que mis cariños vanos  
 Y mi estéril amor en recompensa.”

“ ¿ Qué estás diciendo, Julio, amigo mio ?  
 Benigna contestaba y conmovida ;  
 ¿ Feliz y en paz no corre nuestra vida  
 Como limpio cristal de manso rio,  
 Sin que el turbion de avaras impresiones  
 Su curso inquiete plácido, risueño,  
 Sin que las ambiciones  
 A turbar vengan nuestro blando sueño ?  
 Cuando el amor nos siga por do quiera,  
 Cuando el pecho le dé seguro asilo  
 Y con nosotros vaya á la pradera,  
 Al nupcial lecho y al hogar tranquilo,  
 ¿ Qué importan las riquezas mentirosas  
 De una alma estéril sórdida quimera ?  
 Si la dicha conduce nuestros pasos  
 ¿ Cómo hacer depender de esas miserias  
 Del rico amor los vívidos abrazos ?  
 Nuestro horizonte azul no está velado



De nube tosca ó parda,  
 Ni brama el rayo eléctrico inflamado  
 En el cielo de amor que nos aguarda  
 De vientos libre y de vision horrenda.  
 Sigamos, Julio, este camino ansiado,  
 Sigamos juntos la trillada senda.



“ ¿ Quién creyera, gran Dios, que este contento  
 Tanta esperanza dulce y lisonjera  
 Era solo un error, ilusion era  
 Que debiera llevarse el frágil viento ?

¿ Que al lado de este sér lozano, fuerte,  
 Lleno de amor, de juventud y brio  
 De pié velase pálido, sombrío,  
 El fantasma diseco de la muerte ?

¿ Que la copa dulcísima de almíbar  
 Hasta los ricos bordes robizada,  
 Al aplicarla al labio transformada  
 La hallase en viva hiel ó amargo acíbar ?

¿ Que este horizonte claro de ventura  
 Que iluminaba el sol de mi esperanza  
 Cambiase de repente su bonanza  
 En negra tempestad y en noche oscura ?

¡ Ai ! del que juzga su ventura cierta  
 Porque la toca ó que la ve cercana ;  
 Duerma feliz, que al despertar mañana  
 La luz de su esperanza hallará muerta.

¡ Ai ! del que alegre canta y loco rie  
 En medio del festin y los amores,  
 Cante, que puede que con cien dolores  
 Un instante fugaz de dicha expie.

¡ Ai ! del mísero sér que se aniquila  
 Llorando un bien que le robó la suerte ;  
 Ese en su corazon lleva la muerte  
 Y negro humor de su úlcera destila.”



Ya preparado estaba  
 Purísimo el altar del himeneo,  
 Y ya alcanzaba mi impaciente mano  
 El límite feliz de mi deseo.  
 Yo me sentí animado  
 De aquel rayo fugaz pero potente  
 Que cuando nos abrasa  
 Parece que se rompe nuestra frente.

En el ardor de mi embriaguez suprema  
 Al templo llevo á la sencilla Elisa,  
 Encantadora en su inocencia extrema  
 Y bella con su púdica sonrisa.  
 Allí de Dios la gracia puso el sello  
 A nuestro ingenuo y sacrosanto voto,  
 Y bendijo en su altar el lazo bello  
 Que iba bien pronto á ser disuelto y roto.

Condúcenme á mi casa los amigos  
 Que fueron de mi dicha transitoria  
 Y santa union los plácidos testigos.  
 Por mi presente y suspirada gloria  
 Alegres, bulliciosos,  
 Antes de retirarse me festejan ;  
 Yo recibo sus candidos abrazos  
 Y solo con Elisa al fin me dejan.

“ Al verme solo allí con la que amaba,  
 En vez de los transportes,  
 En vez de la embriaguez que yo esperaba  
 De mis arterias siento  
 El latido vivaz que se modera.  
 No sé qué celestial recogimiento  
 De mi alma se apodera  
 En tan solemne y critico momento.  
 De pié junto á mi Elisa se dijera  
 Que en lo hondo de mi pecho concentraba  
 Las grandes emociones  
 En que mi ardiente corazon se ahogaba,  
 Temiendo que a una accion, a un movimiento,  
 Mi sin igual ventura se acabara,  
 O que a una leve vibracion del viento  
 Cual vapor invisible se exhalara.  
 Así turbado, trémulo, indeciso,  
 Su linda mano ni a estrechar me atrevo  
 Aunque en sus ojos con delicias bebo  
 Las venturas sin fin del paraíso.

“ De mi éxtasis divino  
 Salido bien no habia,  
 Saboreando el placer de mi destino  
 Mi corazon estaba todavia,  
 Cuando oigo de repente  
 De voces varias el confuso ruido,  
 Y el choque desigual de los aceros  
 Entre amenazas y ayes repetido.  
 Iba á lanzarme á fuera  
 Cuando un mortal gemido  
 Y una voz moribunda y lastimera  
 Me clava y fija en medio de la sala.  
 Un ¡ai! se escucha luego  
 Que de lo hondo del pecho alguien exhala,

Despues un golpe sordo  
 Como de un cuerpo que descende y cae,  
 Y luego en el silencio  
 Vuelve á caer todo y en la paz primera,  
 Miéntas que mi alma de ansiedades llena  
 Ignora si el horror de aquella escena  
 Es una realidad ó una quimera.”

¶ Sin que por esto mi valor desmaye  
 Corro, me precipito,  
 La direccion siguiendo de aquel grito,  
 Y resuelto y audaz salgo á la calle.  
 ¡ Qué miro ante mis ojos, santo cielo !  
 Un infeliz herido cuya sangre  
 Corre á torrentes y empantana el suelo.  
 Otro hombre le acompaña que afligido  
 Se desespera en desconsuelo y llora,  
 Y con acento de mortal tristeza  
 Mi compasion y mi socorro implora.  
 Tomando entre los dos al moribundo  
 En brazos á la casa es conducido  
 Entre un silencio lóbrego y profundo.  
 Mis ojos una lágrima derraman,  
 En tanto que afligido,  
 Lleno de angustia y palpitante el pecho  
 Sin vacilar un punto  
 Al herido infeliz pongo en el lecho ;  
 Y de este modo en fin mi nupcial cama  
 En lugar de servir á los amores  
 Fué el lecho funeral de cien dolores  
 Y espectadora de un sangriento drama.”

“ Así yo lo pensaba, de tal modo  
 Que solo á la piedad mi alma sumisa  
 Mi ventura olvidé, lo olvidé todo,  
 Hasta el susto y los llantos de mi Elisa.  
 Un médico á buscar salgo al instante  
 Que preste alguna ayuda  
 Á aquel sér desgraciado y espirante.  
 Su amigo me acompaña  
 Llevando en su alma la tristeza muda  
 Y en su pupila el llanto que la empaña.”

“ ¡ Traicion, traicion ! . . . Su llanto  
 Era un horrible espectro disfrazado  
 De una Deidad propicia  
 Con el sagrado y esplendente manto.  
 ¡ Ai ! ¿ por qué de sus ojos no salieron  
 De corrompida sangre infectas gotas ?  
 ¿ Por qué como un volcan no consumieron  
 La infame luz de sus pupilas rotas ? ” . . .

“Bondadoso el doctor á mis instancias  
 Sin vacilar se presta  
 Compadecido acaso de mis ánsias.  
 Y sin tener en cuenta  
 La lluvia y lo avanzado de la hora  
 Al infeliz que gime  
 Y su asistencia implora  
 Corre á llevar su ayuda protectora.”

“Recuerdo entónces que mi compañero  
 Á mi lado no está. Le llamo en vano ;  
 Solo del viento el lúgubre gemido  
 Á mi grito responde repetido.  
 Le busco por do quiera,  
 Y es entónces que noto con espanto  
 Que por la densa niebla protegido  
 De aquella noche umbría,  
 Como vision desaparecido habia.”

“No sé qué sensacion desconocida  
 De mi sér se apodera. Avivo el paso,  
 Y llego con el alma estremecida,  
 Ciego, perdido, y con aliento escaso.  
 Al interior me lanzo de la casa  
 Que hallo, al entrar, de par en par abierta ;  
 Busco el bien que dejé, busco á mi Elisa  
 Con vista ansiosa y con pisada incierta ;  
 Ni una ligera sombra se divisa ;  
 Tiendo la vista por do quier.... ¡ ¡ desierta !!! ”

“Un doblado papel sobre la mesa  
 Brillando con la luz á ver alcanzo,  
 Y con el alma opresa,  
 Turbada la razon, sobre-él me lanzo.  
 La mano á su contacto se estremece ;  
 Oscura nube mi mirada empaña ;  
 El pecho se agoniza, desfallece,  
 Y un helado sudor mi frente baña.  
 Rompo el sello fatal, y al destrozarlo  
 Negras fantasmas por do quiera veo  
 Que en danza horrible me escarnecen. Lucho  
 Con mis terrores y entre angustias leo.

“Véngo la desdeñosa indiferencia  
 „ Con que vieron mi amor sus labios rojos,  
 „ Y castigo la indigna preferencia  
 „ Con que te honraron sus divinos ojos.

“Tu gente seducida, sobornada,  
 „ Que compré por amor á precio de oro  
 „ Dejan tu casa sola, abandonada  
 „ Y me entregan á Elisa, tu tesoro.

“Parto vengado. En soledad profunda  
„ Con el bien que amo á sepultarme voi  
„ En alas del contento que me inunda,  
„ Y tú, por siempre, ignorarás quien soi.”

“Desconocido, ¿ alguna vez sentiste  
La rabia, los rencores, los anhelos ;  
En tu pecho un volcan nunca sufriste  
Ni el ódio vengativo de los celos ?

¿ No has sentido las penas homicidas  
De un dolor sin igual, inmenso, eterno,  
Ni tu alma devoraron encendidas  
Las llamas abrasadas del infierno ?

Pues yo sí le sentí. Loco demente,  
Busco el rival que exterminar deseo,  
Y en negro desvarío  
Destruyo y rompo cuanto al paso veo.  
Como loba furiosa  
Que busca sus hijuelos  
Entre la selva hojosa  
Así buscaba á Elisa mi alma ansiosa,  
Bramando de furor y ardiendo en celos.”

“Asombrado el doctor, compadeciendo  
El acceso espantoso que me irrita  
Y por mi vida mísera temiendo  
Sobre mí con ardor se precipita,  
Y moderar pretende  
El fuego que me enciende  
Y en que mi corazon arde y se agita.  
Yo sacudo demente,  
Como gigante fiero  
Que se remueve ardiente  
De aquella mano la presion de acero,  
Y rompiendo los lazos  
Con que me quieren estrechar sus brazos  
Frenético, á la calle  
Me lanzo y sin destino ;  
Penetro por la selva y por el valle  
Sin objeto, sin norte y sin camino,  
Y “Elisa” en mi quebranto yo decia,  
Y solo el eco “Elisa,” respondia.

“Ignoro cuánto tiempo en este estado  
Permanecí sumido  
Por las penas y el hambre aniquilado.  
Idiota, indiferente,  
La conciencia perdí de lo presente  
Y el recuerdo tambien de lo pasado.  
Estaba loco . . . . Imbécil, destituido  
De voluntad, de fuerza y de memoria,  
Era tan solo el héroe divertido  
De una doliente y deplorable historia.”

"De esta manera estuve  
 ¿Quién me dirá las horas ó los años?  
 Envuelto entre una nube  
 De oscuridad y vértigos extraños.  
 Hasta que cierta vez ante mis ojos  
 Una mujer observo  
 De angelical mirada y labios rojos  
 Y en cuya melancólica sonrisa  
 Imaginé reconocer á Elisa.  
 La miro y me estremezco;  
 Inesperada luz brilla en mi mente,  
 Y una lágrima trémula, furtiva,  
 Corre al través de mi mejilla ardiente.  
 La vision busco hermosa y fugitiva  
 Que conmovió mi sér.... ¡inútilmente!....  
 Aquel ángel de paz que en mi agonía  
 Me visitó un instante,  
 Cual sombra vacilante  
 Vana y fugaz desaparecido habia."  
 Aquel sacudimiento inesperado,  
 Aquella sola lágrima vertida,  
 Fué como una señal de nueva vida  
 Para mi entendimiento dislocado.  
 Por la primera vez ruborizado  
 Me toco y me contemplo  
 Y me siento confuso, disgustado,  
 Al verme sucio, roto, destrozado  
 Bajo las naves góticas de un templo."

"Queriendo huir en mi vergüenza extrema  
 Me lanzo hácia la puerta,  
 Pero mi planta trémula no acierta  
 En su tribulacion á hacer su oficio,  
 Y en el augusto altar del Dios propicio  
 En que su imagen brilla,  
 Emblema del amor y el sacrificio,  
 Con vacilante paso  
 Á apoyar voi mi tembloroso brazo."

"Entónces, inspirado,  
 Sobre las gradas del altar me arrojo  
 Y el pedestal sagrado  
 Agradecido con mi llanto mojo.  
 Postrado allí de Dios en la presencia  
 Anímase y revive  
 La luz de mi apagada inteligencia.  
 Se oye en la nave descender del coro  
 En ondas armoniosas  
 El grave son de cántico sonoro.  
 Del consagrado incienso  
 La blanca, tibia y aromada nube  
 En remolino inmenso  
 Desde los piés de los altares sube



Llevándose mi llanto  
 Hasta los senos del Señor; en tanto  
 Que yo, besando el suelo  
 Sumido, absorto en un delirio santo  
 Pido al Dios de bondad y de consuelo,  
 Por su cruz, por su madre, por su gloria,  
 Que rasgue de una vez el denso velo  
 Que ofusca y oscurece mi memoria.  
 La memoria, Señor, la inteligencia,  
 Que puede revelarme  
 En tus mundos que giran eternos,  
 En tus obras sublimes é inmortales  
 La infalibilidad de tu existencia.

“ Cuando hube levantado la cabeza,  
 Cuando me alcé del pie de los altares,  
 El agudo puñal de mis pesares  
 Perdió su fuerte temple y su dureza.  
 ¡ Cuánta felicidad, cuanto consuelo  
 En tal momento el corazón sentía !  
 ¡ Como el alma tomaba un santo vuelo  
 Hacia el gran Sér que tanto bien envía ! ”

“ Yo ví que era preciso, mas tranquila  
 Ya mi pobre razón, buscar el medio  
 De sacudir con valeroso esfuerzo  
 De la miseria el repugnante asedio ;  
 Que era fuerza entregar á eterno olvido  
 La vida abyecta y torpe que llevaba  
 Y arrojar de mi cuerpo embrutecido  
 Los sórdidos harapos que arrastraba ;  
 Y volver á ser hombre, y nuevamente  
 El don precioso honrar de la existencia,  
 Y aproximarme á Dios, lumbrera ardiente  
 De vida, de razón, de inteligencia. ”

“ Agradecido á su bondad divina,  
 Viéndome libre de la densa nube  
 Que con su aliento disipó, sumiso,  
 De fé bendita y de esperanza lleno,  
 Solicité y obtuve  
 La plaza humilde y quieta de sereno. ”

“ Esta es la ocupación mas adaptable  
 Y de menor dureza  
 Á mi pasada suerte miserable  
 Y á mi estado presente de tristeza.  
 Envuelto entre los pliegues de mi capa,  
 Por las sombras amigas protegido,  
 Mi existencia monótona se escapa  
 En la contemplación y en el olvido.  
 El sarcasmo no observo en los semblantes  
 De los que vieron los pesares míos,  
 De los mismos que fueron un poco ántes  
 De mi degradación testigos fríos. ”

“Solo en la soledad hallo el contento  
Y en la paz de la noche silenciosa,  
Y me deleita ver al movimiento  
La quietud suceder dulce y sabrosa.

“Cuando mi quieto oficio desempeño  
Me place ver la claridad menguando,  
Y cómo, cual rendido por el sueño  
El lánguido farol se va apagando.

“Entónces tanto sér que bulle ufano  
Despareciendo va con planta leve,  
Y á una distancia al fin solo se mueve  
Tardo y pesado algun mendigo anciano.

“Cesa el rumor de los humanos pasos;  
Envuélvese la noche en su misterio,  
Y entre sus ruidos mágicos y escasos  
Que forman el encanto de su imperio.

“¡Fantástica, sublime melodía  
Que alza la noche en elevado tono  
Cuando su resplandor la luna envía  
Bajo las colgaduras de su trono!....

“Aquí, inapercibido,  
No seré con el dedo señalado,  
Ni habrá quienes se digan al oído:  
ESTE ES EL POBRE LOCO QUE HA SANADO.  
¡CUÁNTOS RATOS ALEGRES NOS HA DADO!  
¡CUÁNTO CON SU SALUD HEMOS PERDIDO!”

“¡Oh! no: por dicha mía  
Mi situación presente  
Es menos desgraciada.  
No viene, no, la burla despiadada  
Con sus sonrojos á invadir mi frente.  
Del hombre indiferente  
Huyo el contacto helado,  
Estéril ó funesto  
Para el sér sin apoyo ó desdichado,  
Y dejo sus abrazos,  
Sus bienes engañosos  
Y sus livianos lazos  
Para que los estrechen los dichosos.  
No yo, que, sin ventura,  
Sucumbo al peso de tirana suerte,  
Y apurando mi copa de amargura  
Visto en mi corazón luto de muerte.

“A mí, ¡infeliz! me basta,  
En el mar que me inunda de tristeza,  
La calma majestuosa  
O la ira borrascosa  
De la imponente y gran naturaleza.

Cuando el pecho oprimido y contristado  
 Gime con sus recuerdos intranquilo,  
 Busco en la soledad ó en las tinieblas  
 Mi sola distraccion y único asilo.  
 ¿ Me siento fastidiado ?  
 Hallo blando reereo  
 En el eterno asombro con que veo  
 El firmamento azul y constelado.  
 Si el corazon algun pesar encierra,  
 Busco á mi padecer calma ó consuelo  
 En la luz que me lanza desde el cielo  
 La casta luna, hermana de la tierra.  
 Cuando en la noche oscura  
 Alguna estrella observo  
 Que entre sus compañeras  
 Mas viva ó ménos lánguida fulgura,  
 Que es de Elisa la mágica mirada  
 La mente se figura,  
 Que desde su morada  
 Celestial y pacífica, me envía ;  
 Y es tan dulce y feliz la ilusion mia,  
 Tan viva es la vision que se me antoja,  
 Que el llanto que se escapa de mis ojos  
 Mi vista turba y mis mejillas moja.

“ Ahora mismo ¿ no ves aquel lucero  
 Que á pesar de la noche borrascosa  
 Brilla allí sin rival ni compañero ?  
 No hai nube tenebrosa  
 Que en sus senos recónditos le esconda ;  
 No hai sombra que le oculte  
 Ni en sus negros abismos le sepulte.

“ ¿ Por qué la obstinacion de no eclipsarse  
 Bajo la densa niebla  
 Que todo lo confunde,  
 Que rueda inquieta y que los aires puebla ?  
 Vanamente las nubes  
 Confusas vagan en constante giro ;  
 Entre sus torbellinos  
 El astro siempre allí perenne miro.  
 Su luz nunca se esconde ;  
 Siempre brillante y viva está la estrella.  
 Tal vez ese es mi amor, tal vez es ella,  
 Que desde su alto asiento  
 De esperanza, de paz y de inocencia,  
 Del triste que la amaba  
 Oye los ayes y el dolor presencia.  
 ¡ Oh ! si viéndome estás, si eres tú, Elisa,  
 Que de esa tu mansion de dicha y gloria,  
 De tu morada santa á escuchar sales  
 Nuestra funesta y lamentable historia,  
 Recoge el llanto mio

Que desde aquí te envío,  
Y la triste plegaria  
De mi alma consternada y solitaria.”

Al decir esto el Sereno  
En tierra se prosternó  
Y una lágrima se vió  
Salir y mojar su seno.

Al cielo la faz levanta,  
Donde se mira estampada  
De aquella alma resignada  
La expresion sublime y santa.

Su actitud, su rostro anuncia  
La fe de su corazon  
Y la siguiente oracion  
Con voz solemne pronuncia.

“Mujer que yo lloro, mujer que he perdido,  
¡Oh! di, ¿qué se hicieron tus gracias que amaba,  
Tus lánguidos ojos, y el rayo lucido  
Que tu alma por ellos al pecho lanzaba?

“¿Do está tu sonrisa, tu voz argentina,  
Del negro cabello brillante el reflejo,  
Tu aliento fragante, tu frente divina  
De castas virtudes seráfico espejo?

“Acaso la tierra por siempre dejaste  
Por otros contentos, por otras mansiones;  
Como ángel alado tu amante olvidaste  
Y el mundo en que bullen ingratas pasiones.

“Tal vez perteneces al cándido coro  
De vírgenes puras que en el cielo ruegan,  
A donde el engaño, las penas, el lloro  
Y el hondo tormento del hombre no llegan.”

“Acaso en la gloria, cual vívida estrella  
Alumbras y alegras los santos festines;  
Tal vez allí moras, tal vez eres, bella,  
La flor mas hermosa de aquellos jardines.

“No entregues, Elisa, tu amante al olvido;  
A Dios le encomienda si estas en el cielo,  
En ese refugio del pobre oprimido,  
En esa morada de paz y consuelo.

“Mas ¡ai! si en el mundo con llanto de muerte  
Estás, en tu insomnio bañando tu pecho,  
Si errante y proscrita maldices tu suerte,  
Sin padres, ni amigos, ni hermano, ni lecho;

“Que de este infortunio, de tal desventura  
Responda ante el cielo el sér degradado  
Que de tu inocencia castísima y pura  
Las cándidas tocas manchó despiadado.

“Que cual tú perdido y errante, le aterre  
La negra conciencia, le abrume, le acose ;  
Que el sueño precioso sus ojos no cierre ;  
Ya vele ó dormite que el vil no repose.”

SERENO (al desconocido).

¿ Por qué tiembblas ? Te parece  
Mi oracion extraordinaria ?  
¿ Por qué mi santa plegaria  
Te turba ?

DESCONOCIDO.

Me compadece.

SERENO.

Pareciste conmovido ;  
Que cierto estremecimiento  
Involuntario.....

DESCONOCIDO.

Fué el viento  
Que sacudió mi vestido.

SERENO.

Puede ser. Mas ven conmigo  
Que para engañar tus penas  
De cien nocturnas escenas  
Hacerte quiero testigo ;

Que de la noche sorprendas  
Los misterios escondidos ;  
Que sus mil voces, sus ruidos  
Á interpretarlos aprendas:

Todo armoniza y responde  
Á lo tétrico de la hora,  
Ya la indigencia que llora,  
Ya el delito que se esconde.

Mas un ruido escucho leve.  
Detengamonos aquí :  
¿ No ves un objeto allí  
Que en la oscuridad se mueve ?

Es un amante olvidado  
Á quien la muerte no alcanza,  
Que es la muerte una esperanza  
Para un sér desventurado.

De noche á quejarse viene  
Debajo de esa ventana,  
Mas su deidad inhumana  
Ni amor ni piedad le tiene.

Segun entiendo, en la ausencia  
Remedio á su mal buscó,  
Mas aun allí le siguió  
De su ingrata la presencia.

MERCANTILE  
—\*—  
OF NEW YORK

Y de un yugo atormentado  
Que en vano sacudir quiere  
Con su mal que nunca muere  
Vuelve, mas enamorado.

Detente.... Le escucho ya:  
En vano el triste se queja.  
Dentro de la muda-reja  
Quien le consuele no habrá.

EL AMANTE (al pié de una ventana.)

Ángel bello, mujer pura,  
Que has venido á mitigar  
Con tu célica hermosura  
De esta tierra de amargura  
El incesante penar;

Una vez el rostro bello  
Deja ver ¡oh hermosa! Sal.  
No te escondas, que un destello  
De tus ojos pondrá el sello  
Á mi ventura inmortal.

Yo vengo por esos mundos  
En busca de tus dos soles,  
Surcando lagos inmundos,  
De esos montes sin segundos  
Atravesando las moles.

De tus humildes amantes  
Que me admitas en el gremio  
Espero yo, ó márame ántes,  
De mis raptos delirantes  
Y de mi afición en premio.

¡Hermosa ingrata! si vieras  
Cómo me consumo aquí!  
Ya que amarme no pudieras  
Tal vez ¡ai! compadecieras  
Á quien vive solo en tí.

Deja ver un solo instante  
Siquiera por compasión,  
Tu lindísimo semblante,  
Y de tu pelo flotante  
La hechicera ondulación.

No me niegues, por el cielo  
Tu presencia que me encanta.  
Si te pido este consuelo  
Es porque quiero mi duelo  
Mitigar que me quebranta.

¿No me respondes? Así  
Me matas con tu esquivéz?

DE ADENTRO.

Caballero, idos de aquí.



EL AMANTE.

¿ Que me vaya ? Me iré, si,  
Para no volver tal vez.

Mas no me apartaré, no ;  
Y si no me es dado verte  
Me daré la muerte yo,  
Que mi pecho mas temió  
Tus rigores que la muerte.

Y á la insufrible crueldad  
De mi padecer profundo.....

DE ADENTRO.

¡ Qué impertinencia ! Apartad.

EL AMANTE.

¡ Qué ingratitud ! qué crueldad !  
¡ Desventurado Raimundo !

EL SERENO (aparte al DESCONOCIDO.)

¡ Infeliz ! cuánto padece !  
Lástima me da su llanto.  
¡ Cómo se consume ! cuánto  
Su dolor me compadece !

¿ Pero qué tienes ?.... Te agita (al DESCONOCIDO)  
Una convulsion de muerte.  
¿ De ese misero la suerte  
Tanto tu piedad excita ?

EL DESCONOCIDO.

Me destroza su pesar.  
De aquí apartarme quisiera.

EL SERENO.

Guarda silencio y espera  
Que ya vuelve á comenzar.

EL AMANTE.

Adios, por la vez postrera ;  
Adios ! el sol de mañana  
Mui léjos de tu ventana  
Me verá. Debo partir.  
Á una madre, á una familia  
Dejaré en el desconsuelo,  
Encomendaréme al cielo  
Y despues..... sabré morir.

El grito de la discordia  
En la República estalla ;  
En los campos de batalla  
Glorioso fin hallaré.  
El azote de la guerra  
Devasta ya la campiña ;  
Allí yo en sangrienta riña  
A la muerte volaré.

JOSÉ A. MAITÍN.

Yo haré que llores, Señora ;  
Será tanta mi desgracia  
Que habré ante tus ojos gracia  
Que ahora tan secos están.  
Tu llorarás cuando sepas  
Que mi despojo sangriento  
Es el juguete del viento  
Y del rabioso huracan.

Llorarás cuando me sepas  
Extranjero en tierra ajena ;  
Llorarás, pero tu pena  
Nadie podrá mitigar.  
Llorarás cuando mis manos  
Ate cadena pesada ;  
Llorarás desventurada,  
Pero en vano has de llorar.

Y habrá cesado ese encono  
Para entónces, mi enemiga,  
Que á tratarme así te obliga  
Y á arrebatarme tu amor.  
Al destierro y á la muerte  
Deberé tu desagravio  
Que borrarán de tu labio  
Los desdenes y el rigor.

¡ Adios ! Del combate el grito  
En la República estalla ;  
En los campos de batalla  
Glorioso fin hallaré.  
El azote de la guerra  
Devasta ya la campiña ;  
Allí yo en sangrienta riña  
Á la muerte volaré.

EL DESCONOCIDO.

Ya no puedo resistir.  
Ese hombre me parte el alma.

EL SERENO.

Detente y vuelve á la calma,  
Calla y déjalo partir.

EL DESCONOCIDO.

Yo sé que hará lo que dice.

EL SERENO.

¿ Cómo lo sabes ? Conoces  
Á ese jóven ?

EL DESCONOCIDO.

Son atroces  
Los males del infelice.

## EL SERENO.

¿Y podrás tú remediar  
El tormento que le aqueja?  
Con gloriosa muerte deja  
Que fin ponga á su pesar.

Tranquilízate y marchemos,  
Que en esta noche funesta  
La sola escena no es esta  
Que entrambos presenciaremos.

¡No observas allá, á lo léjos,  
Una como sombra vaga  
De aquel farol que se apaga  
A los lánguidos reflejos?

Pienso que es el pobre ciego  
Á quien su perro acompaña,  
Con quien parte el pan que baña  
Con el llanto de los ruegos.

Consumido por la edad  
Arrastra su incierto paso  
Buscando un sustento escaso  
En la ajena caridad.

Ya se sienta. En piedra dura  
El miserable descansa,  
Sin que un rayo de esperanza  
Suavize su desventura.

Hablando está. Sus lamentos  
Procuremos entender.  
Melancólica ha de ser  
La expresion de sus acentos.

## EL CIEGO.

Sol, fanal de brillantez,  
No mas veré tu luz pía,  
Esa luz que engendra el día  
Y espulsa la lobreguez.

Tus luces, que las fatales  
Negras visiones arrojan  
Cual fantasmas que se alojan  
En sus lechos sepulcrales,

Cual sombras que en su capuz  
Al verte ocultan la frente  
Para volver nuevamente  
Cuando retiras tu luz.

¿Por qué ¡oh Dios! tu claridad  
Á mi ancianidad le niegas  
Cuando á torrentes la riegas  
Con soberana bondad?

¡ Ah ! tal vez por que no viera  
La universal amargura  
De tanto sér sin ventura  
Que nada en el mundo espera.

Ó que al guardar en el seno  
El pan duro que recojo  
No me agobiara el sonrojo  
De ver el desden ajeno.

Sol, fanal de brillantez,  
No mas veré tu luz pía,  
Esa luz que engendra el día  
Y espulsa la lobreguez.

EL SERENO.

¿ Buen viejo, ya estáis aquí ?  
De veros hoi no me alegro,  
Revuelto está el cielo y negro.

EL CIEGO.

¿ Quién sois ? el SERENO ?

EL SERENO.

Sí.

Su frente ocultan tambien  
Las estrellas.

EL CIEGO.

¿ Qué me importa  
Su luz abundante ó corta  
Si mis ojos no la ven ?

En ese goce no encierro  
Mi primer contento ya.  
Mi solo consuelo está  
En mi esperanza y mi perro.

Cuando este animal, señor,  
Á echarse viene á mis plantas  
Entónces olvido cuantas  
Angustias me da el dolor.

Y si con tierna inquietud  
Las manos lame del ciego,  
Sobre él mis lágrimas riego  
De amor y de gratitud.

EL SERENO.

Mui abatida ha de estar  
Con los pesares tu mente,  
Pues del modo mas doliente  
Te escuchaba lamentar.

EL CIEGO.

¿ Qué queréis ? Son tan fatales  
Las memorias que me asaltan

Que á mis labios voces faltan  
Para deplorar mis males.

SERENO, no siempre fui  
Ciego, indigente, achacoso ;  
Hubo un tiempo que en el gozo  
Y en la abundancia viví.

Á un rico señor servía  
Que mas que un amo severo  
Un amigo, un compañero  
Bondadoso en él tenía.

¡ Cuánto amor le he consagrado !  
( ¡ Memoria amarga y querida ! )  
Por él con gusto la vida  
Mil veces hubiera dado.

No es extraño. En la niñez  
Tranquila, juntos vivimos,  
Y el amor que nos tuvimos  
Encantó nuestra vejez.

Servir á mi protector  
Con honradez fué mi empeño ;  
Nuestra vida fué un ensueño  
De virtudes y de amor.

Para colmo de ventura  
Su esposa un hijo le dió  
A quien el cielo dotó  
De robustez y hermosura.

¡ Qué dichas, cuando le daba  
Mi primer ósculo ardiente  
De este retoño inocente  
Mí corazon auguraba !

¡ Vano error ! Las propensiones  
Que en él desplegarse veo,  
Lo que en su caracter leo  
Mata mis dulces visiones.

Crece irascible, obstinado,  
Altivo, vano, ambicioso,  
Corrompido, licencioso,  
Seductor y depravado.

Yo no pude refrenar  
Su natural indomable.  
Santo Dios, no fui culpable ;  
¿ Yo qué pude hacer ? llorar.

Su padre murió. El quebranto,  
El pesar mé consumió,  
Y mi seno se inundó  
Con inagotable llanto.

Antes de espirar me dijo :  
Muñoz, te queda mi niño ;  
Le encomiendo á tu cariño.  
Si amaste al padre, ama al hijo.

Su vida extinguirse ví  
Vuelos mis ojos dos fuentes,  
Y entre suspiros ardientes  
Obedecerle ofrecí.

Mas ¡ ai ! ¿ quién podrá los vientos  
Furiosos encadenar,  
Que en los desiertos del mar  
Se entrechocan turbulentos ?

¿ Quién el rápido torrente  
Contendrá que se despeña  
Que plantas, árbol y peña  
Arrebata en su corriente ?

Me afané en vano. El decoro  
Olvidó, y en su demencia  
Ni respetó la inocencia  
Ni de la vírgen el lloro.

De sus indignas acciones  
Una ocasion me quejé ;  
Con acritud motejé  
Sus frenéticas pasiones.

Pues bien : ¿ creeréis que este sér  
Que sustenté en mi regazo,  
A quien di el primer abrazo  
Y á mi lado vi crecer,

Que este jóven, mi pupilo,  
De su casa me arrojó,  
Y que mi vejez dejó  
Sin esperanza ni asilo ?

Desde entónces para mí  
Fué la existencia un suplicio ;  
Cuando víctima del vicio  
Y la ingratitud me ví,

Una aguda enfermedad  
En el lecho me postró,  
Que las fuerzas agotó  
De mi triste ancianidad.

Ignoro el tiempo que estuve  
Entregado á este martirio,  
Y de mi vago delirio  
A la fantástica nube.

Cuando á mi acuerdo volví  
Y á la luz aborrecida,  
Cuando otra vez de la vida  
El duro peso sentí,



Como torrentes saltaron  
Las lágrimas de mis ojos  
Que de tanto llorar rojos  
Para siempre se cerraron.

Desde entónces sin ventura,  
Anciano, débil, enfermo,  
En el duro suelo duermo  
Y cómo un pan de amargura.

Sereno, ya os he contado  
Mi desventurada historia,  
Cuya funesta memoria  
El alma me ha desgarrado.

Ahora, por piedad os ruego  
Que una limosna me déis  
Y que por Dios aliviéis  
La necesidad del ciego.

EL DESCONOCIDO (dándole una bolsa).

Tomad.

EL CIEGO (reconociéndola).

¿Qué me dáis, señor?....

¡Una bolsa!.... ¿qué encierra?

EL DESCONOCIDO.

Oro.

EL CIEGO (tratando de devolverla).

Señor, tanto bien no imploro  
Ni tan inmenso favor.

Recogedla.

EL SERENO.

Buen anciano,  
Toma y guarda ese dinero  
Que es el don de un caballero  
Tan rico como cristiano.

EL CIEGO.

Sereno: un mendrugo es poco  
Para mi extrema pobreza,  
Pero tan grande riqueza  
Temo que me vuelva loco.

EL DESCONOCIDO (al Sereno).

Ven por piedad.

EL SERENO.

Ya te sigo.

Buen viejo, adios.

EL CIEGO.

Que en el cielo  
Os premie Dios, y en el suelo  
La bendicion del mendigo.

JOSÉ A. MAITIN.

EL SERENO (marchándose).

¡Pobre anciano ! ¡Cómo parte  
El alma su situacion !  
¡Oh, cómo mi corazon  
Su pena siente y comparte !

Mas su llanto lastimoso  
El último no será  
Que esta noche engendrará  
En su seno misterioso.

Ven.

DESCONOCIDO.

Detente, ya me creo

Desfallecer.

SERENO.

¿Qué, te pesa  
La magnífica tristeza  
De tu nocturno paseo ?

¿Qué, no es cosa para tí  
De mucha curiosidad  
Contemplar la humanidad  
En su desnudez aquí ?

¿De admiracion no te llena  
Esta, ha poco, alegre calle,  
Cambiada en oscuro valle  
De desolacion y pena ?

¿Por qué así tu alma se aflige ?  
Cuando el ajeno pesar  
Nos lanzamos á estudiar  
¿No recuerdas que te dije :

“ Todo armoniza y responde  
„ Á lo tétrico de la hora  
„ Ya la indigencia que llora  
„ Ya el delito que se esconde ? ”

La vista alza, pues, del suelo,  
La mística frente levanta,  
Que solo al malvado espanta  
La severidad del cielo.

No así el que descansa y fia  
En su tranquila conciencia  
Quien, fuerte con su inocencia  
La adversidad desafía.

La frente alza majestuosa  
Que aun nos falta algo que hacer  
¿No ves aquella mujer  
Que aquí se acerca andrajosa ?

Es una infeliz mendiga  
Que en su abandono profundo  
No encuentra quien en el mundo  
Le tienda una mano amiga.

Ella fué en su juventud  
Mimada por la fortuna,  
Hermosa como ninguna  
Y honrada por su virtud.

Su padre con embriaguez  
La contemplaba, esperando  
Con ella en un sueño blando  
Pasar su dulce vejez.

Mas un mónstruo la engañó  
Sin honor y sin conciencia  
Y de su tierna inocencia  
Con calma estóica abusó.

Este infame del regazo  
De su padre la arrebató  
Y su virgen pudor mata  
Con su sacrilego abrazo.

Con atrevimiento extraño,  
Tal vez prodigando el oro,  
Agotando su tesoro  
Del honor ajeno en daño ;

Con una astucia infernal  
Se roba á aquella inocente  
Y la arrebató inclemente  
Al abrazo paternal.

Mientras duró la embriaguez  
De su dicha mentirosa  
No vió el abismo la hermosa  
Que abierto estaba á sus piés ;

Mas pronto aquella deidad  
Cayó de su régio trono,  
Y al mas completo abandono  
Siguió la mendicidad.

Seducida y engañada  
Con el honor perdió el juicio,  
De la corrupcion y el vicio  
Víctima desventurada.

Una tierna criatura  
Que entre angustias á luz dió  
La infeliz madre perdió  
En un raptó de locura.

Desde entónces no reposa.  
Cual fantasma fugitiva  
Inquieta, vaga y furtiva  
En la oscuridad medrosa.

En su vagar incesante  
 Busca, con afán prolijo,  
 Mansa y cariñosa, al hijo,  
 Y vengativa, al amante.

Y se la ve por las noches  
 Lanzar, solitaria, al viento  
 Para el primero un lamento,  
 Para el otro sus reproches.

Á veces el desvarío  
 De su mente desaparece,  
 Y bajo el peso enmudece  
 De un dolor quieto y sombrío.

Otras entre alegres cantos  
 Ó entre danzas turbulentas  
 Prorrumpe en risas violentas  
 Ó en desesperados llantos.

Así vive errante y loca,  
 Y en su inmenso desconsuelo  
 Contra el seductor, del cielo  
 La eterna venganza invoca.

Ya llega : para su pecho  
 No hai descanso ni ventura.  
 ¡Mísera ! en la sepultura  
 Hallarás descanso y lecho.

¿ Qué buscáis aquí, señora ? (A la loca.)  
 Sois animosa en verdad.  
 ¿ No teméis la soledad  
 Ni la lobrete de la hora ?

LA LOCA.

¡ SEÑORA me habéis llamado !  
 Ese nombre no me toca ;  
 Ahora soi mendiga y loca,  
 ¡ Pobre sér abandonado !

En un tiempo sí lo fuí,  
 Y al contacto de un mal hombre  
 Los respetos de ese nombre  
 Con la inocencia perdí.

Todo me falta ; una cama,  
 Un asilo, un alimento,  
 Mi hijo, que era mi contento,  
 Mi padre que me desama.

Las privaciones me oprimen,  
 Y para no perecer  
 Las debo satisfacer  
 Con la vergüenza ó el crimen.

¿ Me habéis llamado SEÑORA ?  
 Ese nombre no me toca.

Ahora soi mendiga y loca  
Y mi nombre es Eleonora.

EL DESCONOCIDO.

¡ Gran Dios !

LA LOCA.

¿ Quién habló ? es el viento  
Que me remeda su voz ?  
¡ Qué recuerdo tan atroz  
Despierta en mi alma ese acento !

Sigue, déjame gozar  
De ese eco tan conocido.  
¡ Cuánto tiempo ha transcurrido  
Desde que no te oigo hablar !

Díme, Sereno, ¿ no es cierto  
Que un gemido se escuchó  
Que en los aires resonó  
Como celestial concierto ?

EL SERENO.

¿ Otra vez á la locura  
Así te entregas ?

LA LOCA.

No, no,  
Que mi corazon oyó  
De su acento la dulzura.

Él es, él es.... Ven, no temas ;  
Ya mis penas olvidé ;  
Ya para tí no tendré  
Ni reproches, ni anatemas.

Acércate, ven conmigo ;  
Ven, y mi perdon te ofrezco.  
¿ No ves que no te aborrezco  
Y que ya no te maldigo ?

A los brazos de mi padre  
Llévame, Arturo ; aquí estoi.  
Dile que inocente soi  
Y que soi esposa y madre.

Y el pesar, las aflicciones  
Cesarán que padecí  
Y cesarán contra tí  
Mis horribles maldiciones.

EL SERENO.

¡ Qué funesto desvarío !  
Enjuga ese llanto ahora ;  
El que buscas, Eleonora,  
No está aquí.

LA LOCA.

No está ? ¡ Dios mio !

JOSÉ A. MAITIN.

¡ No está, dices, y me ves  
Contenta y afortunada !  
¡ No está, y me ves entregada  
A mi dichosa embriaguez !

¿ No ves que de tierno gozo  
Mi seno en llanto se baña ?  
A una mujer no la engaña  
Nunca su instinto amoroso.

(Dirigiéndose de repente al desconocido.)

Del niño inocente y puro  
Que perdí, tú eres el padre.  
Ven, cruel, abraza á la madre.  
Compasion.... piedad.... Arturo....

(Quiere ir á los brazos del desconocido, este la repele suavemente y ella cae desmayada.)

.....  
.....  
.....

EL DESCONOCIDO (sacando un puñal).

Ya no puedo mas.... Sereno,  
Toma este puñal.

EL SERENO.

¿ Pretendes  
Suicidarte ? Me sorprendes.

EL DESCONOCIDO.

Traspasa con él mi seno.

EL SERENO.

¿ Qué dices ? ¡ funesta idea !  
Contra tu vida conspiras ?  
¡ Desventurado ! ¿ deliras ?  
¿ Tambien tu razon flaquea ?

EL DESCONOCIDO.

En mi entero juicio estoi.  
La muerte dame.

EL SERENO.

No quiero.

EL DESCONOCIDO.

Que me la darás espero  
Cuando te diga quien soi.

Sereno, escucha. ¿ No sabes  
Quién entrega al desconsuelo  
Y expulsa á lejano suelo  
Al amante que lloró ;  
Quién le arrebató el cariño  
De su jóven prometida,  
El contento de su vida,  
El único bien que amó ?



¿Quién hace que busque el triste,  
 Cansado ya de su suerte,  
 En pronta y funesta muerte  
 El descanso que perdió ;  
 Que á la esperanza renuncie  
 Que de su patria se aleje,  
 Y en el abandono deje  
 A su anciana madre ?—Yo.

EL SERENO.

¡ Desventurado !

EL DESCONOCIDO.

¿ No sabes  
 Quién, el término achacoso  
 Agrió del hombre virtuoso  
 Que de su niñez cuidó ;  
 Quién arrojó, duro, ingrato,  
 De su lado al pobre ciego,  
 A su fiel sirviente, luego  
 Que le fué importuno ?—Yo.

EL SERENO.

¿ Qué dices ? ¡ Cielo !

EL DESCONOCIDO.

¿ No sabes  
 Quién, con astucia traidora  
 A la inocente Eleonora  
 Al deshonor condenó ;  
 Quién de un padre que la amaba  
 La arrebató del regazo  
 Y con sacrilego abrazo  
 Le infiltró el oprobio ?—Yo.

EL SERENO.

¡ Miserable !

EL DESCONOCIDO.

¿ Y aun me niegas  
 El pronto fin que apetezco ?

EL SERENO.

¡ Desgraciado ! Me estremezco  
 De horror á un tiempo y piedad.

EL DESCONOCIDO.

Pues bien : veré si resiste  
 A la prueba que te espera,  
 A mi confesion postrera  
 Tu cristiana caridad.

Oye otra vez. ¿ No conoces  
 Al seductor depravado,  
 Al licenciado, al malvado,  
 Al raptor, al criminal,

Que tus bien cerradas puertas  
Pudo abrir con llaves de oro  
Y robarte aquel tesoro  
De virtud angelical?

¿ No conoces al qué á Elisa  
A una muerte prematura  
Entre una atmósfera impura  
De seducción entregó?  
Pues bien: ese depravado,  
Ese raptor opulento,  
Tu verdugo, tu tormento,  
Ese criminal soi yo.

EL SERENO.

¡ Oh maldicion !

EL DESCONOCIDO.

Toma, hiere.

EL SERENO.

¡ Maldicion !.... Dame el puñal.  
Perece, aborto infernal ;  
Mónstruo de perfidia, muere !...

.....  
.....

Pero no: vive sirviendo  
De execracion á la tierra  
Ya que otro mónstruo no encierra  
Tan detestable y horrendo.

Que te siga á todos lados  
El clamor de tu conciencia,  
Vengando de la inocencia  
Los derechos vulnerados.

Que del mendigo los llantos  
El descanso de tu sueño  
Perturben, por mas empeño  
Con que busques sus encantos.

Que de aquella madre loca  
No te desampare el grito,  
Ni la expresion de ¡ MALDITO !  
Que vive siempre en su boca.

Y que nada te liberte  
De tu hondo remordimiento,  
Ni el sueño, ni el movimiento,  
Ni la ausencia, ni la muerte....

.....  
.....

¿ Qué digo ? perdon, Dios mio,  
Si un vengativo despecho  
Pudo á mi ulcerado pecho  
Inspirar tal desvarío.

¡ Perdon !.... Yo sé que condenas  
 Los rencores vengativos ;  
 Que al soberbio, á los altivos  
 Amenazas con tus penas.

Yo sé que una alma encendida  
 En tu fuego soberano  
 En cada hombre ve un hermano  
 Y sus ofensas olvida.

Sé que inquieta la venganza,  
 Y que debo á la paciencia  
 La calma de mi conciencia  
 Y el placer de mi esperanza,

Y que quien manso perdona  
 La injuria que se le hizo  
 Tu bondad un paraíso  
 Le guarda y una corona....

.....  
 .....

Desconocido, á la vida  
 Vuelve que arrancarte quieres.  
 ¡ Ai de tí, infeliz ! si mueres  
 Sin fé, sin Dios y suicida.

A suplicarte me atrevo  
 Que no añadas, desgraciado  
 Á tanto crimen pasado  
 Del suicidio el crimen nuevo.

Vive, y un piadoso llanto  
 Levanta al cielo bendito  
 Y verás que tu delito  
 Lo lava un gemido santo.

Verás cual cesa el dolor  
 Con que amarga tu existencia  
 De tu criminal conciencia  
 El gusano roedor.

Verás que aun su gracia puede  
 Obtener tu corazón  
 Ante el sér que su perdón  
 Á manos llenas concede.

Y verás que el Dios que adoro  
 Tiene para quien le implora,  
 Para el pecador que llora  
 De consuelos un tesoro.

Mi sentimiento feroz  
 De venganzas abandono  
 Te compadezco y perdono.  
 Enmiéndate y llora.... Adios.





## ÍNDICE.

|                                         |     |
|-----------------------------------------|-----|
| JOSÉ A. MAITIN.                         | VII |
| A ZORRILLA.                             | 1   |
| UN ADIOS.=A Catuche.                    | 3   |
| Al Ávila.                               | 5   |
| A la ciudad.                            | 5   |
| LA FUENTECILLA.                         | 6   |
| AL MARINO.                              | 7   |
| EL RELÓ DE CATEDRAL.                    | 9   |
| UN CONVENTO DE MONJAS.                  | 11  |
| RECUERDOS Á LOS LUGARES DE LA INFANCIA. | 14  |
| LA ESPERANZA.                           | 17  |
| LA LUNA.                                | 19  |
| A LA NOCHE.                             | 22  |
| EL TIEMPO.                              | 24  |
| EL SUSPIRO.                             | 29  |
| EL HOGAR CAMPESTRE.                     | 32  |
| JEHOVAH.                                | 35  |
| LAS ORILLAS DEL MAR.                    | 38  |
| LA PALMA SOLITARIA                      | 41  |
| EL AVE DEL VALLE.                       | 47  |
| PARA UN ÁLBUM.                          | 49  |

# ÍNDICE.

|                                                                                                |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| MEDITACION.                                                                                    | 51  |
| IMPRESIONES DE TEATRO.                                                                         | 54  |
| HOMENAJE A BOLÍVAR.                                                                            | 56  |
| LAS ORILLAS DEL RIO.                                                                           | 60  |
| EL PESCADOR Y EL PEZ.                                                                          | 64  |
| A BARÍNAS.                                                                                     | 66  |
| A MI AMIGO T. E. RÓJAS.                                                                        | 67  |
| MI PENSAMIENTO.                                                                                | 69  |
| AL CIUDADANO ESCLARECIDO JOSÉ A. PÁEZ.                                                         | 71  |
| PARA UN ALBUM.                                                                                 | 74  |
| AL JÓVEN GRANADINO QUE PUBLICÓ EN EL DIA DE BOGOTÁ<br>UNA COMPOSICION POÉTICA TITULADA "PÁEZ." | 75  |
| LAS LÁGRIMAS.                                                                                  | 81  |
| CANTO FÚNEBRE CONSAGRADO A LA MEMORIA DE LA SEÑORA<br>LUISA ANTONIA SOSA DE MAITIN.            | 84  |
| PARALELOS.                                                                                     | 95  |
| EL MÁSCARA.=Exposicion.                                                                        | 113 |
| El hombre misterioso.                                                                          | 115 |
| La queja.                                                                                      | 116 |
| La tertulia.                                                                                   | 119 |
| El Máscara.                                                                                    | 121 |
| Conclusion.                                                                                    | 123 |
| EL SERENO.                                                                                     | 127 |









PQ8549. M265A17 851



a39001



004176239b

9/72



